ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



M. V. Carey

Misterio del coleccionista cascarrabias

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 43

ePub r1.1
Titivillus 27.06.2017

Título original: *The Mystery of the Cranky Collector*
M. V. Carey, 1987
Traducción: Conchita Peraire del Molino
Diseño de cubierta: José María Miralles

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




EDICIÓN
CONMEMORATIVA
4º aniversario
Proyecto Scriptorium
Más libros,
más libres

UNAS PALABRAS DE HÉCTOR SEBASTIÁN

¡Saludos, amantes de los misterios!

Una vez más me han pedido que os presente una aventura de los jóvenes y atareados detectives, Los Tres Investigadores. En esta ocasión, los muchachos rescatan al individuo más mezquino de la ciudad de un destino que probablemente merecía. Durante el proceso, descubren un misterio de cuatrocientos años de antigüedad que incluye a un histórico capitán y un tesoro perdido. Emociones suficientes para cualquiera, pero hay más. Una fiesta desastrosa, un ordenador personal y una casa encantada mantienen a Los Tres Investigadores sobre ascuas.

Esto es todo lo que os voy a decir del misterio por ahora. No sería sensato desvelar la historia. Pero aquellos de vosotros que aún no conocéis a Los Tres Investigadores querréis saber algo de ellos.

Jupiter Jones es el jefe del equipo. Es un muchacho metidito en carnes. Algunos incluso dirían que es gordo. No importa. Es inteligente y decidido, y aventaja a cualquiera cuando se trata de deducir el valor de una pista imprecisa.

Pete Crenshaw es el Segundo Investigador. Su armadura es su buena condición física. Es el más atlético de los tres… y el que más teme a los fantasmas.

Bob Andrews, un tipo que sirve para todo, se encarga de los informes y la investigación. A menudo, sus pesquisas las lleva a cabo en la biblioteca, donde consigue algunas informaciones sorprendentes.

Los Investigadores viven en la ciudad costera de Rocky Beach, California, no lejos de mi casa de Malibú, y cerca de Hollywood.

Trabajan en su Puesto de Mando secreto situado en el «Patio Salvaje», la chatarrería de los Jones, negocio regentado por los tíos de Jupe: tía Matilda y tío Titus.

Ahora que ya conocéis a los muchachos, seguid leyendo.

CAPÍTULO 1
EL HOMBRE MÁS MEZQUINO DE LA CIUDAD

—¡Mucho cuidado! —dijo Harry Burnside a los tres muchachos—. Ese viejo cascarrabias caerá sobre vosotros como una tonelada de ladrillos si algo sale mal.

Burnside era habitualmente una persona jovial y bromista, pero ahora había fruncido el entrecejo.

—¡Valiente tacaño! —exclamó—. ¿Acaso no ha amasado la pasta suficiente para que yo pueda proporcionaros unos uniformes decentes? Jupe, ¿te probaste bien esa chaqueta en la tienda de alquiler? ¡Pero si no te cabe!

Jupiter Jones alzó la bandeja de canapés de queso que tenía en la mano para mirarse. Era un muchacho rollizo, y la chaqueta blanca de camarero que llevaba puesta apenas abrochaba sobre su oronda cintura.

—Es lo mejor que pude encontrar —le contestó a Burnside—. Tenían una más grande, pero me cubría las manos. Y pensé que hoy las manos las tendría que usar.

Pete Crenshaw estaba detrás de Jupe con una bandeja de palitos de zanahoria con su correspondiente salsa. Su chaqueta blanca era tan corta que apenas le llegaba a la cintura y sus muñecas asomaban por las bocamangas. Le daban el aspecto de un simpático espantapájaros.

Bob Andrews el más menudo de los tres y, por lo general, el más pulido, llevaba una chaqueta que le sobraba por todas partes. Se había subido las mangas para que sus manos quedaran libres y poder sujetar la bandeja. Por primera vez en su vida, su aspecto era

desastrado.

Harry Burnside suspiró.

—Está bien, ahora ya no tiene remedio. Salid ahora y ofreced los canapés a los invitados y apartaos del camino del viejo Pilcher. ¡Si se os cae algo, es capaz de cortaros la cabeza!

Burnside mantuvo la puerta de la cocina abierta, y Jupiter, Pete y Bob salieron con sus bandejas. Comenzaron a circular entre los invitados por la sala de estar que estaba abarrotada de gente, con muebles de aspecto incómodo y estanterías llenas de curiosidades. Las puertas acristaladas daban a la terraza y dejaban pasar el calor de junio, pero no la brisa. Los tres muchachos se sentían acalorados, envarados y nerviosos. Cada uno de ellos sujetaba su bandeja con gran concentración, cuidando de no derramar nada, ni tropezar con nadie, para no atraer las iras del terrible señor Pilcher.

Los muchachos no le habían visto nunca, pero sí habían oído hablar mucho de él y nada de lo que les habían contado era bueno. Varias publicaciones comerciales le consideraban uno de los hombres más ricos de la costa Oeste, con una fortuna de incontables millones. Sus vecinos de Rocky Beach y los comerciantes que tenían tratos con él le calificaban como el hombre más mezquino de la ciudad. Se decía que era tan tacaño que aún guardaba noventa centavos del primer dólar que ganó.

Cuando Harry Burnside contrató a los muchachos para que ayudasen a servir en la fiesta de Pilcher, vieron que Burnside estaba desesperado. Acababa de montar un negocio de «servicio para fiestas» y la de Pilcher era su primer encargo importante. Tuvo que ingeniárselas para conseguir personal y Pilcher hizo su tarea doblemente difícil. Según Burnside, Pilcher había actuado como si estuviera en una subasta para ver como podía entretener a sus invitados por el menor precio posible. Cuando Burnside protestó, él dijo simplemente que hacerlo por el menor coste era lo bonito del juego. Regateó y discutió los precios e insistió en que no había necesidad de pagar a los camareros y camareras ni un céntimo más del salario mínimo. El resultado fue que las jovencitas que servían las mesas en el jardín era recién graduadas de la Escuela Superior de Rocky Beach, el barman era estudiante de hostelería en la Escuela Bartending de Los Ángeles; y los platos los lavaba un tipo moreno llamado Ramón, a quien Burnside había encontrado en la

Misión Nueva Esperanza.

Los camareros que servían el aperitivo eran Jupiter, Pete y Bob.

Los muchachos se prestaron a ayudar, no porque necesitasen el dinero, que siempre era bienvenido, pero ellos lo hacían más por curiosidad que por interés, pues como miembros de Los Tres Investigadores, la única agencia de detectives *junior* de la ciudad, siempre buscaban misterios que resolver, y Jeremy Pilcher era todo un misterio. Casi una leyenda en Rocky Beach. Y también casi un recluso. Los muchachos no podían dejar pasar la oportunidad de conocerle y ver el interior de su casa. Era un edificio viejo y decrépito de Mockingbird Lane rodeado de un jardín húmedo y enmarañado. El lugar era tan sombrío que la gente decía que estaba encantado.

La fiesta que Burnside servía para Pilcher se daba en honor de su hija, Marilyn. Era hija única, una heredera muy protegida que se educó en internados. Como resultado, los muchachos de Rocky Beach no tuvieron nunca la oportunidad de conocerla. Ahora estudiaba en un colegio mayor del Este, y Burnside había dicho a Los Tres Investigadores que, durante la fiesta, anunciaría su compromiso. También les confió que Jeremy Pilcher no aprobaba al novio de su hija y que no era partidario en absoluto de celebrar la fiesta.

—Dijo que era malgastar el dinero —explicó Burnside a los muchachos—. Al fin consintió, ante la insistencia de su hija. Él se imagina que, si da la fiesta e incluso le permite contratar a unos músicos, ella se dará por satisfecha durante una temporada. Dijo también que piensa influir en ella para ver si al fin se cansa de su prometido y le da el pasaporte antes de que llegue el día de la boda. Entonces Pilcher le buscará un buen comerciante de Wall Street. O quizá la introduzca en su negocio. Tengo el presentimiento que eso es lo que realmente quiere.

Mientras Jupiter pasaba los canapés de queso a la tertulia de invitados, se preguntó cuál de aquellos hombres sería Pilcher. La mayoría era de mediana edad. Jupe no ignoraba que Pilcher era más viejo… por lo menos debía tener setenta años. Y la mayoría iban bien vestidos, daban la impresión de tener peluqueros caros y ser socios de clubes de lujo. Aquello no encajaba con la imagen mental que Jupe tenía de Pilcher.

Pero cualquiera de las jóvenes que reían y gritaban para hacerse oír por encima de las vibraciones y del ritmo sordo del terceto de músicos podía ser Marilyn Pilcher. Tal vez la pelirroja del vestido blanco. O la morena de rosa. O quizá la rubia del vestido azul que charlaba con una mujer que iba de seda gris y tenía mal color. Aquella mujer parecía disgustada. Cuando la rubia se apartó un momento para decir algo al joven bien afeitado que tenía a su lado, la mujer miró hacia el techo y se llevó la mano a la garganta.

Jupe siguió su mirada. Una telaraña colgaba de un rincón. Y también alguien, hacía pocos momentos, había aplastado una cucaracha en la pared.

La mujer de gris frunció el ceño con disgusto y luego apartó la vista rápidamente. Jupiter tuvo que esforzarse para sonreír. El ser camarero era un trabajo más duro que el de Primer Investigador en ciertos aspectos, pero desde luego tenía sus momentos divertidos.

De pronto, en el preciso momento en que los músicos finalizaban una de sus piezas, una camarera dejó caer un vaso en el exterior. Se hizo añicos contra el sendero empedrado del jardín.

Jupe supo inmediatamente quien era Pilcher. Un hombre alto, muy delgado, de cabellos grises mal cuidados y el traje negro reluciente por el uso. Arrancó como un toro desde un rincón y, con un grito de furor, salió al jardín. Por un instante, Jupe pensó que iba a agarrar a la camarera para zarandearla. En el último momento, se contuvo.

—Ten más cuidado con lo que haces, pequeña…

Se detuvo dejando la frase sin terminar mientras la miraba fijamente. Luego dio media vuelta y, tras abrirse paso entre sus invitados, atravesó el comedor para ir a la cocina.

—Papá, tómalo con calma, ¿eh? —le grito la rubia del vestido azul que salió tras Pilcher.

—¿Marilyn? —La dama de gris alargó la mano como si fuera a detener a la joven, pero luego se contuvo y dejó caer el brazo. Miró al joven bien rasurado que estaba junto a ella—. ¡La verdad, Jim! ¡Ese hombre…! —dijo.

El joven fue tras la joven.

—¡Marilyn, espera! Señor Pilcher, esa chica no lo hizo a propósito. ¿Señor Pilcher? Si usted quisiera tan sólo…

Pilcher tampoco le prestó atención. Empujó la puerta de la

cocina para abrirla y se detuvo. La impresión de Jupe fue que estaba recobrando el aliento para protestar por la torpeza de la camarera.

Jupe se detuvo a observar. Vio a Harry Burnside yendo y viniendo de los fogones a la mesa mientras disponía la comida en los platos. Ante el fregadero, el tipo moreno lavaba los platos bajo el chorro de agua.

—¡Burnside, saque de mi casa a esa chica incompetente! —gritó Pilcher sin importar quien le oyera—. Y si usted cree que voy a pagar yo ese vaso que acaba de romper, está muy equivocado. ¡No lo haré!

—Papá, tranquilízate, ¿quieres? —suplicó Marilyn Pilcher—. Empeorarás tu angina de pecho y vas a arruinar mi fiesta. ¡Papá, vamos! ¡Por favor!

Marilyn Pilcher le cogió del brazo y quiso sacarlo de la cocina, pero Jeremy Pilcher no había terminado de gritar ni se dejaba dominar por nadie.

El lavaplatos se volvió para mirar a Pilcher con el entrecejo fruncido como si protestara por el alboroto. Por un instante, Pilcher y él se miraron con fijeza. El plato que tenía en la mano resbaló y se estrelló contra el suelo.

Los invitados habían renunciado a todo intento de conversación. Permanecían desconcertados fingiendo no oír los gritos de Pilcher. En el silencio, el plato roto sonó como una explosión o un choque de automóviles.

Pilcher contuvo la respiración.

—¡Papá, no te enfades tanto! —exclamó Marilyn Pilcher—. ¡Qué importa si… si…! ¿Papá?

Pilcher se dobló de pronto mientras se llevaba las manos al pecho.

—¡Oh, ya te lo dije! —gimió su hija—. ¡Te lo advertí! ¡Ray! ¡Ray, ven deprisa! ¡Se va a desmayar!

Y sostuvo al anciano por la cintura, pero pesaba demasiado para ella. Sus rodillas se doblaron y cayó al suelo.



CAPÍTULO 2
¡ENCERRADO!

Un joven moreno acudió desde la sala de estar. Entre él y Harry Burnside levantaron a Pilcher del suelo. Marilyn trajo una silla del comedor y la puso debajo del anciano.

—¡Oh papá, ya te dije lo que iba a pasar! —La joven casi lloraba de rabia y ansiedad.

—¿Quién es su médico? —Una mujer corpulenta con aire de hacerse cargo de la situación se acercó al grupo que rodeaba a Pilcher y le cogió la muñeca para tomarle el pulso—. ¿Dónde está el teléfono? —preguntó—. Yo avisaré a su médico.

—¡No! —exclamó Jeremy Pilcher—. ¡Nada de médicos! No necesito ningún médico.

El joven moreno se inclinó sobre Pilcher.

—Señor Pilcher, nosotros únicamente tratamos de…

—¡He dicho que no necesito médicos, estúpido!

El joven no reaccionó ante su insulto. Hizo como si no le hubiese oído. Jupiter se preguntaba si Pilcher tenía la costumbre de insultar de aquella manera a sus amigos.

Pero entonces, Jupe oyó como uno de los invitados murmuraba una explicación a un compañero.

—Ese joven es Ray Sánchez. El secretario, personal del viejo Pilcher.

—Los empleos escasean mucho hoy en día —fue el seco comentario de su interlocutor.

—¡Arriba! —ordenó Pilcher—. Quiero ir arriba a descansar. Dentro de unos minutos estaré bien.

Ray Sánchez miró a su alrededor. Sus ojos se posaron en Pete,

que estaba cerca del bufé con su uniforme de camarero pequeño.

—Tú —dijo Sánchez—. Échanos una mano, ¿quieres?

Pete dejó su bandeja y se acercó al anciano. Entre él y Sánchez levantaron a Pilcher de la silla, y comenzaron el lento y dificultoso trayecto hacia el vestíbulo de donde partía la escalera. Marilyn Pilcher iba delante y los invitados retrocedieron para dejarles paso.

Jeremy Pilcher pesaba como un muerto, mientras Sánchez y Pete le subían por la escalera. Al llegar al dormitorio de Pilcher, ambos jadeaban. Estaba en la parte delantera de la casa y las ventanas daban a las montañas.

Sánchez y Pete dejaron a Pilcher sobre la cama, y Marilyn se llegó presurosa hasta el cuarto de baño, para traer un vaso de agua para su padre.

Pilcher lo apartó de un manotazo. El agua se derramó sobre las sábanas.

—¡La nitro! —gritó Pilcher—. ¿Dónde está mi nitroglicerina?

—Aquí. —Marilyn abrió un cajón de la mesita de noche y sacó un frasco de medicamento.

—¡Bueno, ábrelo, ábrelo! —gritó el anciano—. ¡No te quedes ahí como una tonta!

—Papá, un día de estos voy a darte estricnina… ¡Y luego no digas que no te he avisado! —comentó al poner una píldora en la mano de su padre.

—Te tengo bien amarrada para que no lo hagas —replicó el anciano—. Sabes muy bien lo que dice mi testamento… ¡Si algo extraño me ocurriera te quedarías sin nada!

Puso la píldora debajo de su lengua y se tendió.

Pete se sentía violento ante aquel intercambio verbal entre padre e hija y se dispuso a abandonar la habitación, pero Marilyn le agarró de la manga.

—Tú quédate aquí con mi padre —le ordenó—. Yo tengo que bajar para atender a los invitados. Ven conmigo, Ray. Necesito que me ayudes.

Pete se sintió presa del pánico. Él no quería quedarse con aquel viejo enfermo y antipático.

—Señorita Pilcher —protestó—. No puedo quedarme. Tengo que…

—Tú harás lo que se te diga. —En aquel momento Marilyn

Pilcher se parecía mucho a su padre.

—¿Pero y si… y si deja de respirar? Si su corazón…

—No dejará de respirar. No es un ataque al corazón —dijo Marilyn impaciente—. Es sólo angina de pecho. Sus vasos sanguíneos han sufrido un espasmo, nada más. Su corazón no recibe suficiente oxígeno, por eso ahora sufre, pero la pastilla de nitroglicerina lo solucionará todo. No es nada serio.

—¡Ojalá fueras tú la que lo tuviera! —exclamó Pilcher—. No dirías con tanta ligereza que no es nada serio.

—Seguro, papá —dijo la joven antes de dar media vuelta y salir de la habitación.

Ray Sánchez sonrió a Pete, se encogió de hombros y se fue detrás de Marilyn.

Jeremy Pilcher permanecía inmóvil con los ojos cerrados. Pete se sentó en una butaca cerca de la cama y observó al anciano. Pilcher tenía la cara grisácea, excepto en los lugares donde pequeñas venillas moradas se dibujaban bajo su piel. Su nariz era ganchuda y afilada, y tenía las mejillas hundidas. La mirada de Pete se fijó en sus manos. Parecían las de un esqueleto y los huesos se transparentaban visiblemente a través de la piel. Las tenía cruzadas sobre el pecho, casi como si le hubiesen preparado para enterrarlo.

Aquel pensamiento le hizo estremecer. Apartó rápidamente la vista y se dispuso a examinar la habitación donde se encontraba. Vio una chimenea que no había sido limpiada desde el invierno; las grises cenizas se amontonaban detrás de las parrillas de latón. Una cesta, también de latón, contenía varias astillas y un montón de periódicos amarillentos que debían servir para encender el fuego. Un barco en miniatura y un par de velas polvorientas con sus candelabros correspondientes adornaban la repisa.

Pete exhaló un profundo suspiro. Olía a polvo. Lo imaginaba cayendo de las paredes y las cortinas, y alzándose como una niebla de la alfombra manchada y descolorida. «¿Es que allí no se limpiaba nunca?», se preguntó.

El espejo que había encima de la gran cómoda estaba manchado y amarillento. En algunos sitios, el azogue se había despegado del cristal. A cada lado de la cómoda había un sillón con la tapicería descolorida. Lo mismo que las acuarelas de las paredes… cuadros de barcos de vela y de mares turbulentos rompiendo contra la costa

rocosa.

Por todas partes había librerías. Cubrían las paredes entre la cómoda y las butacas. Y todas llenas a rebosar. Pete vio lomos en rústica y en tela, libros pequeños y libros tan grandes que tenían que estar tumbados. Y también papeles, algunos amontonados y otros enrollados en forma de cilindro.

Aquí y allá, carpetas y grandes sobres de papel manila se habían deslizado entre los libros.

Pete miró hacia la cama. El viejo Pilcher parecía dormir. Su respiración era fuerte, pero regular y tranquila. Aquellas manos esqueléticas ya no estaban cruzadas, sino abiertas y relajadas.

Pete se levantó para acercarse a una de la librerías. Leyó varios títulos en los lomos de los libros. Crimen sangriento era uno de ellos. Otro, Tiburón. Había una colección de historias de Edgar Allan Poe y un libro titulado Polaris. Pete lo sacó del estante y lo abrió. Era una guía para navegantes, en la que se decía cómo gobernar un barco guiándose por las estrellas.

Pilcher emitió un sonido mitad gemido mitad ronquido. Pete pegó un salto como si le hubieran pillado haciendo algo malo. Volvió a dejar el libro en su estante y esperó mientras vigilaba al anciano y escuchaba las voces de los invitados que le llegaban desde abajo.

¿Cuánto tiempo iba a durar la fiesta? ¿Cuánto tiempo tendría que quedarse allí vigilando aquel bacalao durmiente y cascarrabias?

Se miró las manos. Las tenía pegajosas y empolvadas.

Probablemente aquella librería no se había limpiado en meses, o quizás años.

Pete entró en el cuarto de baño y cerró la puerta. Allí también había libros. Amontonados encima de una mesita baja entre la anticuada bañera con patas y el lavabo. Uno de ellos era una colección de historietas cómicas; otro, un ejemplar sobre energía atómica. Evidentemente Pilcher lo leía todo. Jupiter Jones también era así. Era un lector voraz que recordaba casi todo lo que leía. Pero resultaba extraño pensar que el señor Pilcher, sin duda un cascarrabias mundano, compartía la misma afición que Jupe. Éste resultaba un poco pedante y dogmático a veces, pero jamás cascarrabias.

Pete abrió el grifo y se dispuso a lavarse las manos con la

pastilla de jabón, casi gastada del todo, de Pilcher.

De pronto, claro y diáfano, se oyó el clic de una llave girando en la cerradura.

—¡Eh! —Pete agarró la toalla y corrió hacia la puerta. Hizo girar el pomo y tiró de él. La puerta no se abrió. Estaba cerrada con llave.

Pete llamó con suavidad:

—¿Señor Pilcher? Señor Pilcher, abra la puerta, por favor. —Nadie contestó.

Pete golpeó la puerta con los nudillos.

—¿Señor Pilcher? —dijo en tono más alto.

Unos pasos se alejaron de la puerta. Pete aplicó el oído al panel de madera. Se oía hablar y reír abajo a los invitados. Los músicos ya no tocaban. Se abrió una puerta por allí cerca y el ruido de la fiesta le llegó con mayor claridad.

—¿Señor Pilcher?

Nadie acudió. Ni nadie respondió.

Pete sintió que se iba acalorando de nerviosismo y temor. ¿Se habría enfadado el señor Pilcher porque usaba su cuarto de baño? Quizás imaginó que Pete iba a hacerle daño. Tal vez se confundió y pensó que Pete era un ladrón. ¿Habría ido a llamar a la policía?

Pete se sentó en el borde de la bañera a esperar. Si acudía la policía le sacarían de allí. En realidad, le encantaría ver a la policía ahora mismo. Pero entonces se oyeron pasos de nuevo. Eran los mismos y volvían a acercarse a la puerta del cuarto de baño.

El viejo Pilcher habría decidido que Pete era inofensivo; iba a abrirle la puerta para dejarle salir.

Pero no tocó la puerta; en vez de eso, contuvo la respiración y Pete oyó un ruido sordo como si Pilcher se hubiera desplomado o estuviera forcejeando con alguien justo detrás de la puerta.

Se oyó un gruñido y un golpe.

Pete se apoyó contra la puerta y tiró del pomo.

—¿Señor Pilcher? —gritó.

En aquel instante el grupo roquero inició un número titulado: «Nena ¿por qué ya no eres mi nena?». Era muy ruidoso, con mucho tambor y batería.

—¿Señor Pilcher? —gritó Pete, aunque apenas él pudo oírse—. Señor Pilcher, ¿está usted bien?

La música seguía atronando.

Ahora sudoroso y presa del pánico, Pete aporreó la puerta.

Pilcher no contestó. ¡Un ataque al corazón! Debía sufrir un auténtico ataque al corazón, y no una especie de espasmo nada importante. Podía estar muriéndose al otro lado de la puerta.

—¡Sáquenme de aquí! —gritaba Pete mientras daba patadas a la puerta.

Nadie le oyó. Nadie acudió.

Nena, ¿por qué ya no eres mi nena? llegó al final, pero no hubo período de silencio. Los músicos atacaron *Rockin, Rockin, Rockin All The Night*.

Pete seguía aporreando la puerta con desespero. «¿Qué puedo hacer? —pensó—. Ahí afuera un anciano enfermo necesita ayuda. ¿Qué puedo hacer yo? ¿Qué haría Jupe?».

¡Cálmate y utiliza la cabeza! En la memoria de Pete resonó la voz del Primer Investigador.

«¡Bien!», pensó Pete mientras examinaba lentamente la reducida habitación. Sus ojos divisaron la ventana.

¡La ventana! Pilcher tenía un cuarto de baño anticuado con una ventana. En el exterior un árbol crecía muy cerca de la casa. Parecía un aliso grande… ideal para trepar o para bajar.

Pete abrió la ventana y luego acercó la mesa donde se amontonaban los libros de Pilcher. Se subió encima y asomó la cabeza y los hombros al exterior.

Miró hacia abajo. Se hallaba en una ala de la casa. Una pared de cemento bajaba directamente hasta el suelo. Si se caía, podría romperse una pierna, como mínimo. O un brazo. O la crisma.

Pero Pete, el mejor atleta de Los Tres Investigadores, era un experto en trepar a los árboles. No era probable que se cayera. No se atrevería a caerse.

«¡Si no bajo enseguida y busco ayuda —se dijo—, el viejo Pilcher puede morir!».

CAPÍTULO 3
EL MILLONARIO DESAPARECE

Pete descendió por el árbol todo lo deprisa que se atrevió, sin apenas detenerse a tantear primero el lugar donde ponía el pie o se agarraba. No había nadie en el patio de abajo cuando salió por la ventana del cuarto de baño, pero al llegar al suelo apareció una joven pelirroja.

—Qué manera tan divertida de bajar —le dijo—. La mayoría de la gente utiliza la escalera.

—Cierto —repuso Pete, sin molestarse en dar explicaciones. Pasó de largo y corrió al otro lado de la casa donde las cristaleras de la sala de estar estaban abiertas.

La música seguía sonando cuando Pete entró por una ventana. Los invitados batallaban por entenderse a pesar de aquel estruendo. Jupe y Bob sudaban ligeramente mientras pasaban las bandejas con valentía.

Pete se abrió paso entre la multitud, para acercarse a Marilyn Pilcher que se hallaba de pie hablando con la dama de gris. Pete le tocó el codo para llamar su atención. Ella se volvió y, al ver a Pete, frunció el entrecejo.

—¿No debías estar con mi padre? —le gritó para hacerse oír.

Pete iba a explicarse, pero meneó la cabeza y le hizo señas para que le siguiera hasta la cocina.

Al pasar por la sala de estar Marilyn vio a Ray Sánchez al otro extremo de la habitación. Vigilaba a Harry Burnside mientras éste colocaba fuentes de jamón cortado fino, pavo y boles de ensalada de pasta, encima del bufé. Marilyn, con un gesto de su dedo, indicó a Sánchez que le siguiera hasta la cocina, y luego cerró la puerta

tras él para amortiguar el estruendo de la música.

—Su padre me encerró en el cuarto de baño —le dijo Pete a Marilyn— cuando fui a lavarme las manos. Un par de minutos después oí un golpe. Creo que se cayó. Grité, pero no me contestó, de manera que me descolgué por un árbol, y yo creo que…

Hasta ahí pudo llegar.

Marilyn Pilcher subió corriendo la escalera y Sánchez salió disparado tras ella.

La puerta del comedor estaba entreabierta y Jupe se asomó. Bob atisbo por encima de su hombro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jupe.

—Yo creo que el viejo Pilcher se ha quedado frito —le dijo Pete y le explicó lo ocurrido—. Su hija ha subido a ver qué le pasa.

Jupe miró hacia el techo y luego hacia la escalera posterior. Echó a andar hacia ellos.

—¿Tú crees que debes acercarte? —preguntó Bob—. Tal vez a Marilyn Pilcher no le guste que intervengamos si su padre está enfermo de verdad.



—Si el señor Pilcher no está bien, es posible que su hija necesite ayuda —replicó Jupe muy serio.

—Entonces, sube si no te importa llevar la cabeza debajo del brazo —le advirtió Pete que al cabo de unos instantes subía detrás de Jupe. Le había visto actuar demasiadas veces como el jefe de los Tres Investigadores. Jupe sabría como arreglárselas si Marilyn Pilcher le desafiaba.

Bob dudaba, pero al fin siguió a Pete.

El pasillo de arriba estaba lleno de plumas. Allí había una almohada desecha. La funda arrugada estaba en el suelo y las plumas revoloteaban por todas partes. Marilyn Pilcher se movía entre ellas, abriendo puertas, mirando el interior de las habitaciones, mientras gritaba. Sánchez no gritaba, pero observaba.

—¡Tiene que estar en alguna parte! —exclamó Marilyn—. ¿A dónde puede haber ido? No hay ningún sitio a donde pudiera ir.

La puerta del dormitorio de Pilcher estaba abierta de par en par. Jupe miró al interior y vio la huella del cuerpo de Pilcher sobre las sábanas arrugadas. Las llamas danzaban en la chimenea lanzando fragmentos de papel quemado. Jupe frunció el ceño. El día era caluroso. ¿Por qué encender la chimenea?

Jupe se apresuró a coger las tenazas que estaban junto a la chimenea, pero sólo quedaban pequeños restos de papel quemado que se hicieron pedazos en cuanto los tocó.

—¿Qué estás haciendo? —Marilyn Pilcher le arrebató las tenazas y su voz estaba llena de furor—. ¿Por qué no estás abajo sirviendo a los invitados? ¡Largo!

—Señorita Pilcher, mis socios y yo podemos serle más útiles si nos quedamos —dijo Jupiter con sus mejores modales de persona mayor. Se puso en pie—. Tenemos considerable experiencia para examinar lugares donde han ocurrido hechos inexplicables —indicó —. Con frecuencia hemos podido reconstruir sucesos y resolver misterios que han confundido a otros investigadores.

Marilyn Pilcher abrió la boca, pero por el momento no supo qué decir. Pete tuvo ganas de aplaudir. ¡Jupe lo había logrado de nuevo!

Jupe miró tranquilo a su alrededor. La puerta del cuarto de baño seguía cerrada y con una llave anticuada en la cerradura. Jupe se acercó para abrirla. El cuarto de baño está tal como Pete lo dejara. Con la mesita debajo de la ventana y ésta abierta.

Jupe sacó la llave de la cerradura y probó si abría la puerta que separaba el dormitorio del pasillo. Encajaba perfectamente.

—Probablemente abre cualquier puerta de la casa —observó Jupe—. Señorita Pilcher, antes de que su padre desapareciera, encerró a Pete en el cuarto de baño. ¿Suele tratar a sus invitados de esta manera?

—Tu compañero no es un invitado —replicó Marilyn Pilcher—. Trabaja aquí, ¿recuerdas?

—Muy bien —dijo Jupe—. ¿Acostumbra su padre a encerrar a sus empleados en el cuarto de baño?

Miró a Pete.

—Después de que te encerrara, oíste un golpe. Algo cayó. ¿Pensaste que era un cuerpo? ¿Pudo ser el señor Pilcher?

—Yo… yo supongo que no podría ser otra cosa —repuso Pete—. Aquí no había nadie más.

—¿Estaba el fuego encendido cuando estuviste aquí sentado con el señor Pilcher? —preguntó Jupe.

—No —Pete lo negó—. No había fuego en la chimenea.

—Hoy hace calor —observó Pete—. ¿Para qué encender el fuego?

Jupe miró hacia la cama.

—Una almohada rota en mitad del pasillo —comentó—. Ninguna en la cama. ¿Estaba rota antes? ¿Y no había dos almohadas en la cama? Por lo general las camas de matrimonio tienen dos almohadas.

Pete arrugó el entrecejo.

—Creo que había dos, pero la verdad es que no me fijé.

—Naturalmente que había dos —exclamó Marilyn—. Mirad, todo este interrogatorio a lo Sherlock Holmes no me impresiona. Id abajo y pasad las bandejas como es vuestra obligación y…

—Hasta cierto punto puedo decirle lo que ha ocurrido hoy aquí —continuó Jupiter haciendo caso omiso de sus órdenes—. Está perfectamente claro. Pete fue al lavabo y su padre se levantó sin hacer ruido y le encerró dentro. A continuación quemó algo en la chimenea.

Ray Sánchez había entrado en el dormitorio.

—Debió ser algo que no quería que viese nadie —dio Ray—. Algo muy reservado.

—¡Ray, no animes a este chico! —gruñó Marilyn antes de volverse a Jupe—. De modo que quemó alguna cosa, luego destrozó una de sus almohadas, se llevó la otra y se escondió. Es muy cabezota. Pudo hacerlo para asustarme. Ha hecho cosas peores cuando no le gusta lo que está pasando… y creedme, lo de hoy no le gusta nada.

—¿Así que intenta asustarla? —exclamó Jupe—. Si es eso lo que quiere, ¿dónde se ha escondido?

Marilyn emitió un sonido de contrariedad y continuó la búsqueda. Ray Sánchez se unió a ella. Tras observarles unos minutos, Los Tres Investigadores también empezaron a abrir puertas. Marilyn quiso protestar, pero luego murmuró:

—¡Está bien! ¡Está bien! Me figuro que debo aceptar toda la ayuda posible.

Los muchachos vieron que los dormitorios cuadrados y espaciosos del caserón tenían la misma capa de polvo uniforme. La mayoría parecían desocupados. Algunas habitaciones estaban amuebladas con camas y tocadores y otras vacías, con excepción de las librerías, desde el suelo al techo atiborradas de libros y papeles.

—Le da a uno un nuevo punto de vista sobre los libros —observó Bob—. Que el coleccionismo puede ser un vicio, como apostar o morderse las uñas.

—Es una enfermedad —replicó Marilyn Pilcher—. Creedme, es una enfermedad.

No eran libros lo único que Pilcher coleccionaba. Había recuerdos de viaje de todas las partes del mundo… un fez de Turquía, una pipa, y un par de zapatillas que según les dijo Marilyn eran de una bazar de Egipto. Había marfil tallado de África y una lámpara de latón bruñido que Pilcher compró en Marrakech. Instrumentos de navegación se apilaban en un estante entre cajas de lápices y revistas antiguas.

—Papá nunca tira nada —gruñó Marilyn—. Y tampoco deja que nadie limpie. Tiene miedo de que se lleven alguna pieza de su preciado tesoro.

Marilyn suspiró y los muchachos sintieron simpatía por ella. Tenía unos modales bruscos; pero, con un padre como Jeremy Pilcher, era más que disculpable. Y era evidente que la propia Marilyn era amante del orden y la limpieza. Su habitación estaba

pulcra y ordenada.

La única otra zona ordenada del piso alto de la casa era la sala de ordenadores, contigua a la habitación de Jeremy Pilcher. Dotada de aire acondicionado, aparecía desnuda y eficiente, con sus paredes blancas, sus sillas metálicas pintadas de rojo vivo y dos ordenadores.

—Uno de ellos está preparado para conectar con el ordenador central de la oficina de la ciudad —explicó Sánchez—. Al señor Pilcher no le gusta salir, y utiliza el ordenador para mantenerse en contacto. Puede dar órdenes a sus empleados con solo tocar las teclas de la máquina y no tiene que molestarse en hablar con la gente. Además, le informa si los empleados no son puntuales, si no siguen sus órdenes o si hacen mal las cosas.

—A mi padre le gusta saber de quién es la culpa —replicó Marilyn muy seria—. Está bien, aquí no está.

—¿Hay buhardilla? —preguntó Pete.

La había. Y contenía más libros, y cajas, y recuerdos del pasado, pero ni rastro de Jeremy. Cuando terminaron de registrar el piso de arriba. Marilyn se volvió a Jupe.

—Está bien —exclamó—. ¿Dónde está? ¡Tu qué eres tan listo, dímelo!

—Hemos eliminado todas las demás posibilidades —contestó Jupiter—. Por consiguiente, debemos llegar a la conclusión de que ha bajado la escalera y ha salido por la puerta sin ser visto, porque los invitados estaban muy entretenidos charlando…

—No lo creo —le interrumpió Marilyn—. Yo podía ver la escalera todo el tiempo. Creo que, si hubiera bajado por ella, le habría visto.

—¿Y la escalera de atrás? —preguntó Ray Sánchez—. Si bajó por la escalera posterior pudo llegar al sótano y salir al patio de atrás.

—¿Llevándose la almohada? —preguntó Jupe.

—¿Por qué te interesa tanto esa almohada? —quiso saber Marilyn.

—Porque puede ser importante —contestó Jupiter.

Bajaron por la escalera posterior. El tipo moreno que habían contratado para fregar los platos seguía muy atareado ante la fregadera.

—¿Ha visto a mi padre bajar por aquí? —le preguntó Marilyn.

El hombre se volvió. Su rostro parecía el de un hombre de unos cincuenta o sesenta años, pero su cuerpo era robusto y musculoso. Llevaba un dragón tatuado en el antebrazo derecho. A Jupe le pareció triste. El hombre respondió a la pregunta de Marilyn negando con la cabeza y volvió a sus platos.

Harry Burnside llegó del comedor.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Parece ser que he perdido a mi padre —le dijo Marilyn.

Los Investigadores miraron en el sótano y encontraron moho, baúles viejos y arañas. Al salir, dieron la vuelta a la casa y vieron los arbustos y las hierbas en total abandono. Los invitados cenaban ahora en las mesas dispuestas en el jardín, pero Jeremy Pilcher no estaba entre ellos.

Al fin, ya no quedó sitio donde mirar.

—De modo que ha debido ser como dicen los muchachos —decidió Marilyn—. Habrá pasado por mi lado, él no quiere que me case, así que intenta fastidiarme. Cree que me preocuparé tanto que olvidaré a Jim, mi compromiso y…

—Supongamos que no sea así —dijo Jupiter—. No olvide la almohada. ¿Un hombre adulto iba a llevarse una almohada si quisiera desaparecer? Y no olvide el golpe que oyó Pete. Un ruido sordo como el de un cuerpo al caer. ¿Y qué me dice del fuego de la chimenea?

—¿Qué pasa con el fuego? —preguntó Marilyn—. Y ese golpe… podría formar parte de su representación. Es muy capaz. Para él todo es un juego. Se imagina que si se enfurece lo suficiente consigue más puntos.

Jupiter meneó la cabeza.

—¿No es más lógico suponer que su padre quemó algo en la chimenea para evitar que cayera en otras manos? ¿Y que ese alguien se lo llevó utilizando esa almohada para ahogar sus gritos?

Marilyn Pilcher le miró con el rostro muy pálido.

—¿Quieres decir que pueden haberle raptado? Jupe asintió.

Marilyn reflexionó unos instantes y al fin exclamó:

—¡Será mejor que avisemos a la policía!

CAPÍTULO 4
LA FIESTA HA TERMINADO

—¿Tu padre ha desaparecido? ¿De verdad? —La joven pelirroja abrió mucho los ojos. Había visto a Pete descender por el árbol, cosa que le encantó. Y ahora le divertía igualmente la declaración de Marilyn Pilcher.

Marilyn estaba en el vestíbulo de la planta baja con el teléfono todavía en la mano. Acababa de llamar al Departamento de Policía de Rocky Beach, y le habían prometido enviar un coche patrulla inmediatamente.

—Es un juego, ¿verdad? —dijo la pelirroja—. Como ese juego de sociedad donde alguien finje ser víctima de un asesinato y los demás han de descubrir quién ha sido.

—¡Oh, cállate, Betsy! —le dijo Marilyn—. Esto no es un juego.

Pero la pelirroja no le escuchaba.

—Hemos de averiguar dónde está tu padre, ¿no? Y quién le hizo desaparecer. Eso es. ¿Quién tenía un motivo?

—Betsy, tienes la cabeza llena de pájaros —le dijo Marilyn.

El joven bien rasurado que antes estuvo hablando con Marilyn llegó de la sala de estar. Parecía acalorado y confuso. Jupe había mantenido los oídos bien abiertos durante toda la tarde y se enteró de que aquél era el prometido de Marilyn. Se llamaba Jim Westerbrook; era uno de los condiscípulos de la señorita Pilcher, y la mujer del vestido de seda gris era su madre. Había volado con él desde Boston para asistir a la fiesta.

Anteriormente, Jupe le había sorprendido pasando un dedo inquisidor por el repecho de la ventana para ver si había polvo, y se preguntó si aquella dama se sentía contenta de haber realizado su

viaje hasta California, y si le agradaba la idea de que su hijo contrajera matrimonio con una Pilcher.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Jim Westerbrook a Marilyn —. Todo el mundo pregunta por ti.

—Estaba buscando a mi padre —repuso ella.

—¡Oh! ¿Por qué? —dijo él—. ¿Sigue enfadado? Olvídalo.

Jupe, que no andaba lejos, pegó un respingo al oir el comentario de Westerbrook.

Marilyn se echó hacia atrás y le miró a los ojos.

—Te guste o no, es el único padre que tengo —exclamó. Y acercándose a la sala de estar gritó a los músicos que dejaran de tocar.

Pero ellos lo hacían con tal entusiasmo que Marilyn tuvo que gritar tres veces antes de conseguirlo.

Sin embargo, al fin lo logró. Los músicos dejaron de tocar inmediatamente.

Marilyn se volvió hacia sus invitados.

—Mi padre… mi padre no se sentía bien hace un rato —les dijo —. Y ahora, bueno, ahora no sé dónde está. No lo encontramos. ¿Lo ha visto alguno de ustedes? Si ha bajado por la escalera, alguien ha tenido que verlo.

Hubo agitación y murmullos. La gente se miraba extrañada. Varios caballeros se encogieron de hombros. Jupe vio algunas sonrisas y más de una mirada de suficiencia. Sin embargo, nadie habló. Nadie había visto a Jeremy Pilcher.

Un coche se detuvo en la avenida. Dos agentes de policía se apearon y en la puerta principal fueron recibidos por Pete. Marilyn y Sánchez acompañaron a los policías hasta la habitación del fondo del vestíbulo.

—Harold, sea lo que sea lo que vayas a decir, no lo digas —le aconsejó la mujer que estaba a su lado.

—¿Que no diga qué? —preguntó Harold mientras sacaba un cigarro puro—. ¿Que no diga que al fin alguien ha acabado con el viejo pirata?

—¡Chisss! —exclamó la mujer—. Y si vas a fumar, sal fuera. ¡Uf! —Y agitaba la mano haciendo espavientos.

Un hombre de cabellos rubios sonrió a la dama.

—¿Duda usted de que Jeremy Pilcher sea un pirata? —preguntó

en tono sarcástico—. ¿O es que no le parece bien admitirlo mientras disfruta de su hospitalidad?

—Cuidado, Durham —dijo un hombre cuyos ojos brillaban detrás de unos lentes sin montura—. Eres su abogado, ¿recuerdas?

—¿Cómo voy a olvidarlo? —replicó el abogado—. Mi mejor cliente. ¿Qué te pasa, Ariago? ¿Sufres un ataque repentino de lealtad? ¿O lo dices para tapar alguna otra cosa?

El abogado arrastraba ligeramente las sílabas. A Jupe le pareció que había bebido demasiado.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Ariago.

—Oh, pues a que lo lamentarías si a Pilcher le sucediera algo, ¿verdad? ¿Y no es probable que le haya sucedido algo? Sólo tienes que tener en cuenta el rastro que deja.

Varias personas contuvieron la respiración. Otras continuaron hablando y al mismo tiempo escuchaban la conversación entre los dos hombres. La madre de Jim Westerbrook se enjugó las sienes con un pañuelo de encaje y exclamó:

—Oh, Jim, querido. Aquí hace calor. Será mejor que salgamos al jardín unos minutos.

Westerbrook pareció no oírla y Harry Burnside sonrió con malicia. Por aquel entonces, los invitados habían consumido la mayor parte del bufé y el joven estaba libre para acercarse a la puerta y participar del jolgorio.

—Cuando eras jefe de operaciones de los almacenes de Especialidades del Sur, tú te encargaste de las negociaciones con el contratista que construyó la nueva sucursal en Pomona —continuó Durham—. Qué buen puesto para quien necesita dinero extra. Tengo entendido que los contratistas son muy generosos con las personas que no se fijan demasiado en los números.

—¡Eso es una mentira asquerosa! —gritó Ariago—. ¿Cómo se te ocurre pensar una cosa así… a menos que sea de las cosas que haces tú? ¿No es así Durham?

Durham se quedó mudo mientras Ariago sonreía de un modo desagradable.

—Has estado haciendo varias operaciones de bolsa en el mercado, ¿no es cierto? Pilcher dice que probablemente has utilizado dinero que se supone ha de reservarse para responder ante nuestros clientes.

—¡Cállate! —le ordenó Durham.

—¿Te acusó Pilcher? —preguntó Ariago—. ¿Estás lo bastante furioso como para… para…?

Ariago se detuvo en seco y miró a su alrededor consciente de pronto de que Durham y él estaban protagonizando una escena desagradable y que todo el mundo había podido oír las acusaciones mutuas.

El hombre del cigarro puro consultó su reloj.

—No tenía idea de que fuese tan tarde —dijo en voz alta. Era evidente que incluso él ya tenía bastante—. ¿Suponéis que la policía va a estar mucho rato con Marilyn? Nosotros tenemos que marcharnos.

Fue como una señal. Los invitados de más edad empezaron a estrecharse las manos y a despedirse. Jupe oyó cómo dos de ellos quedaban citados para comer. Los amigos jóvenes de Marilyn no fueron tan formales. Se limitaron a saltar por las ventanas que daban al jardín y adiós muy buenas.

La fiesta había terminado. Cuando la mayoría de invitados se fueron, Harry Burnside y su equipo empezaron a recoger. El hosco lavaplatos retiró los manteles de color de rosa de las mesas del jardín que luego trasladó en una gran cesta con ruedas a la parte de atrás. El barman guardó sus botellas en cajas de cartón.

Jupiter, Pete y Bob ayudaron a plegar las sillas y mesas, y a llevarlas hasta el camión de Burnside donde el lavaplatos las cargó al lado de la cesta de manteles.

Seguían recogiendo cuando Marilyn y los policías salieron del estudio. Marilyn les indicó la escalera y los agentes subieron acompañados de Sánchez. Marilyn atravesó el vestíbulo para ir a la sala de estar. Allí estaba Jim Westerbrook con aspecto de querer estar en otra parte.

—¿Estás bien? —le preguntó a Marilyn.

—Sí… supongo que sí —repuso ella—. Sólo… sólo que no sé qué pensar. No sé si tengo que estar asustada o no. Mi padre puede haberlo planeado todo. Quiero decir que es tan cabezota, y él no quería celebrar esta fiesta, únicamente cedió para que me callara. Es capaz de entrar aquí en cualquier momento y reírse a gusto por haberme asustado. Pero supongamos que no es así. Suponte que realmente tenga problemas.

—¿Qué dicen los policías? —preguntó Westerbrook.

—Dicen que investigarán. Que no hace tanto tiempo que falta de casa. Me preguntaron si es excéntrico ¡Ja! ¡Vaya si lo es! Y si tiene enemigos. ¡Mi padre! ¡Vaya si los tiene! Me pidieron nombres. ¡Y podría haberles dado la guía telefónica de Los Ángeles!

—Oh, vamos —exclamó Westerbrook—. No puede ser tan malo.

La madre de Westerbrook se acercó a la pareja con la sonrisa de una mujer decidida a hacer lo correcto.

—¡Querida! —le dijo a Marilyn—. Si hay algo que nosotros podamos hacer, por favor, llámanos al hotel.

La señora Westerbrook se calzó los guantes.

—Ha sido una fiesta preciosa —exclamó. Y al darse cuanta de que aquello no era lo más apropiado añadió—: Preciosa hasta que… bueno, querida, no te preocupes. Vamos, Jim. Debemos dejarla descansar.

—Te llamaré —prometió Westerbrook, y se marchó con su madre.

—Sí —murmuró la joven entre dientes—. Apuesto a que llamarás.

Se volvió a Jupe.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Quieres algo?

—Ah… señorita Pilcher… Marilyn… lo siento —dijo Jupiter.

—Claro —repuso ella—. Todo el mundo lo siente. ¿De qué sirve eso?

Jupe comprendió que aquel era el momento que había estado esperando. Ya llevaba preparada su tarjeta de negocios de Los Tres Investigadores en el bolsillo. Se la entregó a Marilyn y le hizo señas a Pete y a Bob para que se acercaran.

—Hemos solucionado algunos casos difíciles —explicó—. Quisiéramos tener la oportunidad de ayudarla si está en nuestra mano.

Ella miró la tarjeta. Decía:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador	Júpiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

Marilyn se echo a reír.

—¡Los Tres Investigadores! ¿Detectives privados? ¿Es una broma? Está bien, supongo que debo decir gracias; pero si necesito un detective privado, lo buscaré… y no será un aficionado, sino un profesional.

Jupe asintió un poco decepcionado. Los adultos rara vez tomaban en serio a Los Tres Investigadores… al principio. Por lo menos Marilyn guardó la tarjeta en el cajón de la mesa de la lámpara, en vez de arrojarla al cesto de los papeles.

Los muchachos se marcharon en el camión de Harry Burnside hasta su establecimiento de Rocky Beach donde le ayudaron a descargar el material. Luego, el lavaplatos se fue de nuevo en el camión para devolver las mesas y sillas a la sociedad de alquiler y llevar los manteles a la lavandería. Los muchachos subieron a sus bicicletas para volver a casa.

Después de cenar Pete tenía que asistir a la celebración del cumpleaños de su abuelo, pero Jupe y Bob estaban libres y se reunieron en la chatarrería de los Jones, negocio regentado por los tíos de Jupe, tía Matilda y tío Titus, que a la vez eran los propietarios. Era muy conocido por todo el sur de California, a causa de la variedad de artículos poco corrientes que podían encontrarse allí. Uno de ellos era un viejo remolque de automóvil que sufrió un accidente. Estuvo mucho tiempo en un rincón del patio hasta que se convencieron de que nadie iba a comprarlo.

Entonces tía Matilda se lo regaló a Jupe para que lo utilizara como club.

Pero no era un club lo que Jupe quería. Pete, Bob y él habían formado la agencia de detectives Los Tres Investigadores, y en el remolque instalaron su Puesto de Mando. Temeroso de que tía Matilda cambiara de opinión y lo vendiera a pesar de todo, los muchachos fueron amontonando chatarra alrededor del remolque para que no se acordara más de él. Instalaron un teléfono que pagaban con el dinero ganado ayudando en la chatarrería. Tenían también un pequeño laboratorio criminalista y una cámara oscura para revelar fotografías.

Cuando Bob llegó aquella noche al «Patio Salvaje», dejó su bicicleta en el taller exterior de Jupe, y luego fue directamente al Puesto de Mando para comentar los acontecimientos de la tarde con Jupe.

—¿Tú qué piensas? —le pregunto Bob—. ¿El señor Pilcher está loco o qué?

—Desde luego, es un excéntrico. Y además, muy cruel. —Jupiter pronunció estas palabras deliberadamente como hacía cuando buscaba la respuesta de algo—. ¿No es una crueldad desaparecer de esta manera y preocupar a su hija?

Jupe empezó a garabatear en un secante.

—Sus invitados son un grupo extraño —comentó—. No creo que ninguno le tenga simpatía. Tengo la impresión de que todos eran empleados o personas que le trataban comercialmente, y que lamentaban haber ido. Aquella discusión entre el abogado y el otro hombre fue… bueno, fue…

—¡Terrible! —Bob terminó la frase por él—. Los condiscípulos de Marilyn parecían bastante normales, lo cual es bastante sorprendente. Ella debe de tener la peor lengua de todo el colegio.

Sonó el teléfono.

Jupe levantó el auricular y preguntó:

—¿Sí?

Bob oyó una voz que hablaba con gran excitación.

—Muy bien —dio Jupe. Y colgó.

—Era Marilyn Pilcher. Ha recibido una nota pidiendo rescate. ¡Quiere que vayamos enseguida!

CAPÍTULO 5
JUPE ES ASALTADO

A los quince minutos, Jupe y Bob llamaban al timbre de la casa de los Pilcher.

Marilyn les abrió la puerta. Todavía llevaba puesto el vestido azul de la fiesta, pero ahora estaba ajado. Se había quitado sus zapatos de tacón alto.

—¿Recibió usted una nota de los secuestradores? —preguntó Jupe.

Marilyn entregó a Jupe una simple hoja de papel.

> *«Padre vendrá a cambio del libro del CAPITÁN.*
> *No llame a la policía. Actúe con rapidez. Retraso peligroso».*

La palabra capitán estaba escrita en lápiz con letras mayúsculas muy grandes. Las demás palabras habían sido recortadas de titulares de periódicos.

—Supongo que los capitanes no suelen salir muy a menudo en los periódicos —comentó Marilyn—. El secuestrador no pudo encontrar esa palabra y por eso la escribió él mismo. No había sobre. Únicamente la nota. Alguien la echó por debajo de la puerta de atrás. Llamó al timbre y escapó.

—¿Y ahora está segura de que se trata de un secuestro? —preguntó Jupe—. Esta tarde parecía dispuesta a pensar que su padre había planeado su desaparición.

—No es tan rápido —le dijo—. No podría llamar al timbre y echar a correr. Lo más que puede hacer estos días es andar cojeando. De modo que me figuro que es un secuestro real y ahora

tendré que encontrar el libro de un capitán. No tengo ni la menor idea de qué libro es. Debe haber por lo menos ocho millones de libros en esta casa. De modo que ahí es donde entráis vosotros. Me ayudaréis a revisarlos para ir apartando los que nos parezcan razonables.

Jupe cogió la nota.

—La policía debe saberlo. ¿Les ha llamado usted?

—No, y será mejor que tampoco vosotros digáis nada. Ese tipo dice que no lo haga, y no puedo correr riesgos. Aunque mi padre no sea «El Padre del Año», no quiero que le ocurra nada. Hay una cláusula en su testamento que dice que, si muere o desaparece en circunstancias extrañas, yo no heredaré ni un céntimo. ¡Aunque a mí no me acusen jamás de ningún crimen, no heredaré!

—¡Oh! —exclamó Jupe.

—No te extrañes tanto —dijo Marilyn—. Papá sólo quiere tener todos los pros a su favor. ¿No es lo que desea todo el mundo? Y ahora vamos a trabajar.

Y, tras dar media vuelta, empezó a subir la escalera. Los muchachos la siguieron asombrados por lo que acababa de decirles.

En el rellano del piso superior había una aspiradora. Marilyn había intentado deshacerse de las plumas de la almohada rota, pero aún quedaban plumones blancos por todas partes. Los muchachos no hicieron caso y empezaron a revisar metódicamente las librerías del dormitorio de Jeremy Pilcher. Encontraron libros sobre pájaros, libros sobre filosofía, textos sobre química y ciencia ficción. Diccionarios, tratados sobre piedras preciosas y una colección de Dickens encuadernada en piel.

—Aquí hay algo —exclamó Jupe mientras les mostraba un ejemplar en cartoné lleno de polvo de *El Capitán Tormenta*. Era una novela de aventuras de Emilio Salgari.

Marilyn lo cogió para hojear sus páginas amarillentas.

—No creo que nadie sea capaz de cometer un delito por conseguir esto —exclamó—. Podemos ver si es lo que quiere el secuestrador, pero sigamos buscando.

Bob estornudó mientras sacaba los libros de los estantes empolvados, los miraba, y los volvía a dejar en su sitio.

—Su padre lee mucho, ¿verdad? —preguntó.

—Pues no —admitió Marilyn—. Sólo compra libros. Dice que los

leerá algún día cuando tenga más tiempo. Entretanto, compra más y más, los coloca en las librerías y ahí se quedan. Le gusta tenerlos. Le hacen sentir como si supiera lo que contienen, y una vez ha comprado un libro nunca se desprende de él. No se desprende de nada jamás.

Se volvió hacia el gran escritorio.

—Ahora veamos lo que hay ahí —murmuró al abrir uno de los cajones. Había calcetines, una bufanda y un montón de papeles. Los sacó para examinarlos—. Recortes de periódicos —dijo—. Una receta que nunca se hizo y varios folletos de viajes.

Arrojó los papeles encima del escritorio.



—Sería una gran ayuda saber lo que estamos buscando —se lamentó—. No puedo creer que se trate de ese viejo libro de aventuras.

—¿Y este otro? —Bob le mostró un libro titulado *El perro diabólico*. Su autor era el Capitán Marryat.

—No es probable, pero sepáralo —dijo Jupe.

—Quizá se trate de una edición rara —opinó Marilyn—. O de algo que ni siquiera se ha publicado… un manuscrito. O algunas notas sobre experimentos científicos. O el diario de alguien con secretos terribles en su pasado, como el jefe de un campo de concentración nazi. Algo así.

—Lo revisaremos todo —repuso Jupe.

Los muchachos terminaron de examinar la librerías de la habitación y sacaron las cajas de cartón y las carpetas de los estantes del armario del anciano coleccionista. Encontraron cheques cancelados atados en paquetes. Facturas de teléfono antiguas y postales de sitios tan lejanos como Gibraltar y El Cairo. Ninguna de las postales había sido enviada por correo. Era evidente que sólo eran recuerdos.

—Papá navegó cuando era joven —explicó Marilyn—, antes de convertirse en… bueno, en «un caballero industrial», como lo llamaríais vosotros. En Wall Street les llaman piratas. Quizá lo sea. No se puede partir de cero, como hizo él, y llegar a tener una naviera, varios almacenes comerciales, una fábrica de papel y dos o tres bancos sin ser más listo que los demás.

«O quizá menos escrupuloso», pensó Jupe.

De repente sonó el teléfono. Marilyn se sobresaltó. Fue a contestar, pero no dijo nada durante unos segundos, luego exclamó:

—¡Lo estoy intentando! Escuche, he encontrado algo que se titula *El Capitán Tormenta*, y un libro de un tipo llamado Capitán Marryat.

Se detuvo con el entrecejo fruncido y luego dijo:

—Pero si no le doy largas al asunto. ¡Escuche, no sé lo que estoy buscando y… y… espere! ¡Oiga!

Se detuvo, apartó el teléfono y lo miró.

—¿Era el secuestrador? —preguntó Jupe.

—Sí. Cree que me burlo de él. No quiera ninguna historia de crímenes, sino el libro del capitán, y ha colgado sin dar más

detalles.

—¿Podría decirme cómo era su voz? —quiso saber Bob. Ella meneó la cabeza.

—Ronca —dijo—. O ese tipo está resfriado o es que habla a través de un pañuelo para disimular su voz. Tenía cierto acento, pero podía ser fingido.

Y se volvió para continuar registrando el buró. Cuando abrió el último cajón y los muchachos acabaron de bajar la última caja del armario, estaban todos cansados. Y Marilyn hambrienta.

—No he cenado y no hay gran cosa en el frigorífico —les dijo—. Papá encargó la cena para esta fiesta, de modo que podéis estar seguros que logró que Burnside le cobrara lo justo. ¿Queréis compartir una *pizza*?

—Estupendo —replicó Bob—. Pero sin anchoas, ¿eh?

—Y con mucho queso —solicitó Jupe—. Y una cola sin azúcar.

—De acuerdo. ¿Quiere venir alguno de vosotros conmigo para ayudarme?

Bob acompañó a Marilyn, y Jupe se quedó para continuar la búsqueda. Se dirigía a la habitación contigua, cuando vio la puerta de la buhardilla. Habían subido allí aquella tarde cuando él y sus amigos buscaban a Pilcher. No estaba tan revuelta como las habitaciones que no se utilizaban del segundo piso. Tampoco se utilizaba tanto como los dormitorios. Sería un lugar ideal para ocultar un tesoro.

Jupe abrió la puerta y, tras encender la luz desde el pie de la escalera, comenzó a subir.

Había varios baúles adosados a los rincones, y también cajas y librerías, pero no en exceso. Jupe se acercó a la primera estantería y sacó un volumen delgado. Se titulaba *El secreto para escribir a máquina con rapidez*. Tenía fecha de 1917.

Iba a poner de nuevo el libro en su sitio, cuando oyó cerrar la puerta de la casa.

—¿Bob? —gritó—. ¿Eres tú?

No hubo respuesta. Jupe se volvió para escuchar consciente de que no podían ser ni Bob ni Marilyn. Todavía no. No habían tenido tiempo suficiente para haber comprado la *pizza*.

Pero alguien había entrado en casa del coleccionista.

Jupe no volvió a gritar. Ni se movió. La puerta de la buhardilla

estaba abierta y podía oír los pasos. Alguien subía al primer piso.

El crujido de un zapato. Ahora el intruso estaba al pie de la escalera de la buhardilla. Jupe le oyó respirar entrecortadamente.

¿Quién era? ¿Sabía que Jupe estaba allí? ¿Le habría oído llamar a Bob cuando abrió la puerta?

Se oyó un clic y la luz de la buhardilla se apagó.

La repentina oscuridad era tan intensa que impresionó a Jupe. Se sentía impotente.

¡El intruso subía por la escalera de la buhardilla!

Jupe se apartó de la librería. ¡Esconderse! ¡Tenía que esconderse! Se ocultaría en un rincón, fuera de su alcance.

Los pasos se oían ya en lo alto de la escalera. Jupe empezó a retroceder detrás de una librería, pero fue sorprendido de pronto por un rayo de luz. ¡El recién llegado tenía una linterna!

Jupe trató de apartarse, pero la luz le siguió. El intruso avanzaba por la buhardilla. Jupe no veía mas que el haz de luz. ¡No podía escapar! ¡Ni esconderse!

Se abalanzó contra la linterna y golpeó con fuerza. Se oyó un gemido de sorpresa y otro de dolor cuando el codo de Jupe aterrizó sobre el brazo del invasor. La linterna cayó al suelo y rodó por él. El cristal se hizo añicos y la buhardilla quedó a oscuras.

Ahora estaban en igualdad de condiciones. Y ahora comenzó un peligroso avance a tientas en la oscuridad, mientras el intruso intentaba echar el guante a Jupe. Jupe iba retrocediendo y dando tumbos, mientras se abría camino en aquella oscuridad total.

El asaltante tocó el hombro de Jupe que se hizo a un lado. Pero él le siguió dando manotazos en el aire intentando agarrar el brazo de Jupe.

Jupe cerró los puños y golpeó sin acertar. Recibió un empujón y, tras tambalearse, cayó.

Abajo, se abrió la puerta de la calle.

—¿Jupe? —Era Bob, quien gritaba—. ¡Baja a comer la *pizza*!

Una voz murmuró algo que Jupe no supo entender. El asaltante bajó a oscuras por la escalera de la buhardilla y desapareció.

Jupe se puso en pie para seguirle. Casi se cayó mientras corría detrás del intruso. Al llegar al primer piso, le oyó bajar por la escalera de atrás.

Bob volvió a llamarle:

—¡Eh! ¿Qué te pasa? ¿Jupe?

Jupe llegó a la cocina, justo a tiempo de oír cerrar la puerta de golpe. Cuando la abrió de nuevo, el desconocido ya había atravesado el patio y desapareció por el callejón.

CAPÍTULO 6
PASOS EN LA NOCHE

Marilyn telefoneó a la policía. Acudieron enseguida, registraron la maleza que rodeaba la casa y el garaje de la parte de atrás. Luego dijeron a Marilyn que, si el intruso volvía, les llamase de nuevo.

También preguntaron si había tenido noticias de su padre y le aseguraron que la mayoría de las personas desaparecidas regresaban sin más problemas. Marilyn no dijo nada a los policías de la nota del secuestrador. Desde la puerta vio alejarse el coche patrulla y luego suspiró.

—¿Quién sería el asaltante? ¿Un ladrón vulgar? ¿El secuestrador? Esto se está complicando.

—Yo voto por el secuestrador —declaró Bob—. Quizá se impacientó esperando el libro del capitán.

—Tal vez —repuso Jupe—. Aunque nosotros tenemos más posibilidades de encontrar ese libro que un intruso. Pero eso me hace pensar que alguien ha estado vigilando la casa.

Marilyn tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Creo que iré a casa de mi madre a pasar la noche —dijo—. Este sitio me da miedo.

—¿Vive su madre cerca de aquí? —preguntó Jupe.

—En Santa Mónica —contestó Marilyn—. Mis padres están divorciados. Sí, eso es lo que haré. Iré allí. Sólo que… tal vez no debo hacerlo. Si el secuestrador llama otra vez, no estaré aquí para contestar. ¿Y si telefonease a Ray Sánchez y le pidiese que viniera? Es el secretario de papá, de modo que creo que lo hará. Se lo pagaré como horas extras.

—¿No podrían venir su prometido y su madre? —preguntó Jupe.

—Podrían… si no me hubiese telefoneado antes para decir que había surgido una emergencia en su familia y que esta noche se iban a Boston en avión. —La joven hizo un mohín—. Apuesto a que la emergencia era alejarse de los Pilcher.

—Bob y yo podemos pasar aquí la noche —sugirió Jupe.

Marilyn parpadeó y, por un instante, pareció luchar consigo misma como si no quisiera demostrar que le complacía la idea, pero al final dijo:

—¡Pues claro! Soy vuestra cliente. ¿Por qué no podéis ser mis guardaespaldas? ¿Os dejarán quedar vuestras familias?

—Es probable —replicó Jupe—. Son muy comprensivos para estas cosas.

Jupe tenía razón. Bob y él telefonearon a sus casas y enseguida obtuvieron permiso para pasar la noche en casa de los Pilcher, para que Marilyn no estuviera sola. Después de llamar, Bob recalentó la *pizza* que compraron Marilyn y él. Después de comer, reanudaron la búsqueda del libro del capitán. Registraron las librerías de las habitaciones del primer piso y encontraron más libros, más papeles y más reliquias de cuando Pilcher era un marino que viajaba a países lejanos.

—Su padre debía ser un poco aventurero cuando era joven —comentó Bob al tropezarse con un elefante de marfil que Marilyn le dijo que era de la India—. Debió pasarlo muy bien navegando y viendo tantas cosas.

—Entonces podía permitirse ser aventurero —dijo Marilyn con pesar—. Cuando era más joven, no tenía nada que perder, por eso iba a donde le apetecía. Pero luego, de algún modo consiguió reunir lo suficiente para comprar la Compañía Vapores Comet. No era gran cosa… tan solo un par de buques de carga que partían de Houston hacia los puertos del Caribe. Eran barcos mercantes que iban donde los necesitaban. Papá era listo y ganó lo suficiente para hacer construir un tercer barco. Con él, hizo aún más dinero. Luego compró un pequeño banco en Visalia e hizo algunas operaciones en el mercado de valores.

»Mamá dice que, justo después de entrar en la Bolsa le entró el afán de hacer dinero. Dice que fue como observar a alguien que se convierte en un jugador empedernido. Yo… yo no creo que mamá le comprenda.

—¿Y usted sí? —le preguntó Bob.

Ella se encogió de hombros.

—Creo que puedo entenderle, como cualquiera. Pero ojalá no fuera tan acaparador. No es que él sea así en los negocios. En los negocios hay que saber cuando hay que parar. Esa es una de las cosas que me enseñó papá. Hay que ser listo, porque si no lo eres, los fracasos te hunden.

»Yo tenía cinco años cuando mamá y él se divorciaron La mayor parte del tiempo vivo con mi madre cuando no estoy en el colegio. Sin embargo, últimamente, paso más tiempo con papá. No quiero que se olvide de que tiene una hija.

Era tarde cuando terminaron de registrar las habitaciones del primer piso. Marilyn les dio las buenas noches y desapareció en su dormitorio. Bob y Jupe decidieron establecer turnos para vigilar desde el pasillo del piso de arriba. Así estarían lo bastante cerca de Marilyn para oír si algo la asustaba durante la noche y, además, desde allí podrían vigilar las dos escaleras, la de la entrada y la posterior. Así nadie podría sorprenderles.

Bob montó la primera guardia. Sacó una butaca de uno de los dormitorios y se acomodó con un refresco de cola en la mano.

Jupe sacó una manta del armario de la ropa blanca de uno de los armarios y se tumbó en una de las camas de una habitación desocupada, pensando que no pegaría ojo después de las emociones de aquel día.

Pero ya no se enteró de nada más hasta que Bob le zarandeó.

—Son las tres de la madrugada —le dijo Bob—. Estoy agotado. Ahora te toca a ti vigilar.

Jupe salió de debajo de la manta y Bob se acostó en su lugar.

—¡Ummmmmm! —exclamó Bob—. Gracias por calentarme la cama.

—Qué gracioso —gruñó Jupe. Fue a ocupar su puesto. Se sentía deprimido. Sin duda, las tres de la madrugada era su hora más baja del día. En comparación, las doce de la noche resultaba una juerga.

—¿Cuánto tiempo tardará en amanecer? —se preguntó.

Mientras lo pensaba, algo se movió encima de su cabeza. Alzó la misma sin atreverse a respirar, y escuchó.

¡Nada! Silencio absoluto. Aquella casa antigua y siniestra le alteraba los nervios. Imaginaba cosas.

Pero entonces lo oyó otra vez. Era un movimiento muy leve, como si alguien caminara por la buhardilla descalzo… alguien menudo y de poco peso.

¡Pero allí arriba no podía haber nadie!

Jupe se levantó de la butaca y, muy despacio y sin hacer ruido, se acercó a la puerta de la buhardilla. Y, muy despacio y sin hacer ruido, hizo girar el pomo y la abrió.

Miró la oscuridad total y percibió el olor acre de aquel espacio deshabitado.

Allí había alguien. En lo alto de la escalera había alguien. No podía ver nada, pero sí oír el ligero roce de la ropa y su respiración. Y comprendió que el otro sí podría verle a él desde lo alto de la escalera.

Por un instante, Jupe lamentó amargamente no haber apagado la luz del pasillo antes de abrir la puerta. Si el intruso tenía un arma, Jupe sería para él un blanco de primera.

¿Era el mismo que le había atacado antes? De ser así, ¿por qué había vuelto? ¿Y por dónde había entrado? ¿Qué estaba haciendo en la buhardilla?

Jupe retrocedió para cerrar la puerta del desván.

—¿Qué es eso? —susurró alguien a su espalda.

Jupe pegó un salto como si le hubiesen disparado.

—Eh, soy yo.

Allí estaba Bob descalzo y despeinado. Señaló hacia lo alto.

—Alguien anda por ahí arriba —dijo en un susurro.

—¿Tú también lo has oído?

Una tabla crujió sobre sus cabezas. El intruso había abandonado la escalera de la buhardilla y se dirigía a la puerta delantera de la casa.

—Te quedaste dormido —Jupe acusó a su compañero—. Y ese tipo entró y pasó por delante de ti, y tú estabas tan dormido que no le viste.

—¡Mentira! —exclamó Bob—. No me dormí ni un segundo. Tuve que levantarme un par de veces y andar para mantenerme despierto, ¡pero no me dormí!

Jupe miró hacia el techo con el ceño fruncido.

—Bueno, entrara por donde entrase, no hay duda que sabe que no está solo. Sabe que estamos aquí y que sabemos que él está ahí, y

por eso…

Jupe abrió la puerta de la buhardilla y gritó:

—¿Eh? ¿Quién anda ahí?

Nadie contestó, pero los pasos se detuvieron.

Jupe volvió a gritar.

Tampoco hubo respuesta.

Jupe encendió la luz.

—¡No irás a subir ahí! —exclamó Bob—. ¿Y si tiene una pistola?

—Si hubiera querido dispararme ya lo hubiese hecho —contestó Jupe.

Su tono denotaba confianza… más confianza de la que sentía en realidad.

Subió la escalera corriendo. Deseaba llegar a lo alto antes de que la persona que deambulaba por la buhardilla pudiera volver a la escalera.

Llegó arriba ileso, ¡pero allí no había nadie! La buhardilia estaba vacía. Jupe vio librerías, baúles y cajas, pero nada más.

Se quedó quieto para escuchar. Ni un ruido.

Volvió a la escalera y miró hacia bajo. Bob levantó la cabeza para mirarle.

—Nada —le dijo Jupe—. Debemos haber compartido una especie… de… de alucinación.

—¡Yo no creo en ésas cosas! —exclamó Bob.

—Aquí arriba no hay nadie —insistió Jupe—. ¡A menos… a menos que exista un medio para entrar y salir de aquí sin tener que bajar la escalera! ¡Eso es! Esta es una casa antigua. ¡Podría haber un pasadizo secreto… que nadie conoce!

Marilyn apareció en el pasillo de detrás de Bob. Llevaba una bata acolchada y parecía furiosa.

—¿Qué os pasa a los dos? —preguntó—. Jupe, ¿qué haces ahí arriba?

—Marilyn, ¿puede haber un pasadizo secreto es esta casa? ¿Has oído hablar alguna vez de alguno? ¿Algún rumor quizás?

—No. —Ella negó con la cabeza.

Jupe se puso a buscar. Miró detrás de las cajas y los baúles. Quitó las cosas que había cerca de la chimenea, pensando que una puerta podía disimularse junto a los ladrillos. Fue a la cocina a por una linterna y luego a gatas examinó la zona abierta, entre el final

de las tablas de madera del suelo y el lugar donde el tejado descendía hasta encontrarse con las vigas. Desde allí, vio un palmo o dos de los traveseros y el yeso de los techos de los dormitorios. Dirigió el haz de luz hacia el espacio situado debajo de las tablas, pero allí no había nada más que mugre acumulada durante años, aparte de algunos cachivaches que la gente había arrojado, olvidándolos después. Recuperó una vieja pelota de golf, una botella vacía de cola y unos cuantos papeles arrugados.

Cuando hubo examinado la buhardilla centímetro a centímetro y quedó satisfecho, Jupe bajó al vestíbulo donde esperaban Marilyn y Bob.

—¡Es fantástico! —exclamó Bob.

—¡Vosotros imagináis que oís cosas! —les acusó Marilyn.

Al entrar en su habitación, cerró la puerta.

Bob fue a buscar la manta, se envolvió en ella y se acostó en el suelo al lado de la butaca.

—¿Es que no vuelves a la cama? —le dijo Jupe—. Ya sabes que ahora me toca a mí la guardia.

—No quiero estar solo —confesó Bob—. Me quedaré aquí y te haré compañía.

De modo que los dos investigadores pasaron las horas restantes hasta el amanecer vigilando las escaleras, mirando el techo y escuchando… siempre escuchando.

Una vez Bob creyó oír pasos de nuevo, pero el ruido era tan leve que no pudo asegurarlo.

Por fin, un tenue resplandor gris comenzó a entrar por las ventanas. El sol no iba a tardar en salir. La larga y penosa guardia había terminado.

Pero Jupe se puso tenso. ¡Se oía una llave en la cerradura! ¡En la puerta de la cocina! Alguien estaba detrás de la puerta de la cocina. Alguien que tenía llave.

Jupe saltó de la butaca. ¡Un arma! ¡No podía bajar sin un arma!

Bob se despojó de la manta.

Jupe se llevó el índice a los labios para imponer silencio y agarró un plato de latón bruñido que estaba colgando en la pared cerca de la escalera de la buhardilla. Fue lo único que pudo encontrar a mano. Sería un arma un tanto primitiva, pero serviría.

Bajo por la escalera de atrás seguido de Bob.

Al pie de la escalera, ambos miraron hacia la cocina. La parte superior de la puerta era de cristal, pero estaba tapada por una persiana. No había manera de saber quién estaba allí.

Jupe avanzó con el plato de latón en ristre.

El ruido en la cerradura cesó. La puerta se abría.

¡Jupe levantó el plato dispuesto al ataque!

CAPÍTULO 7
LOS ARCHIVOS SECRETOS

—¡Dios nos asista!

Una mujer de cabellos grises retrocedió ante Jupe llevándose el brazo a la cara para protegerse.

Jupe estaba paralizado por la sorpresa y, por un instante, se quedó petrificado con el plato de latón en alto. Luego cayó en la cuenta de que aquella pobre mujer de cabellos grises con la bolsa de la compra no podía ser una amenaza.

—Lo siento mucho —le dijo mientras bajaba el brazo,

—¡Policía! —gritó la mujer—. ¡Socorro! —Y tras dar media vuelta salió disparada hacia el callejón.

—¡No! ¡Espere! —voceó Jupe—. ¡Por favor! ¡Aguarde un momento!

Marilyn Pilcher bajaba la escalera en bata y descalza.

—¡Señora McCarthy, espere! —exclamó. Y luego de adelantar a Jupe alcanzó a la mujer que ya estaba en mitad del callejón.

—¡Espere! Son Jupe y Bob. Son de fiar, de verdad.

La mujer se dejó llevar hasta la cocina.

—Bob, Jupe, ésta es la señora McCarthy, la asistenta de mi padre —dijo Marilyn—. Jupe y Bob son mis guardaespaldas, señora McCarthy.

La señora McCarthy miró a los muchachos. Jadeaba. Jupe supuso que aquella carrera por el patio posterior había sido su mayor hazaña atlética en muchos años.

—Guardaespaldas, ¿eh? —dijo al fin—. ¿Desde cuándo tienes un tesoro para necesitar guardaespaldas? ¿Y dónde está tu padre? A mí me parece que es guardaespaldas suficiente para cualquiera. Ese

viejo condenado es capaz de asustar al propio diablo si se le ocurriera asomar la cabeza.

—Papa no está —repuso Marilyn—. Ha desaparecido. Desde ayer. Le han secuestrado.

—¿Secuestrado? ¡No lo dirás en serio!

Marilyn insistió en que sí era cierto. Le contó su misteriosa desaparición y le enseñó la nota del raptor.

—Estos muchachos me están ayudando —le explicó—. Buscamos el libro del capitán, aunque no sabemos lo que es. ¿Ha oído alguna vez hablar a mi padre del libro del capitán?

—No —replicó la asistenta—. Tu padre y el ejército no se llevan muy bien, ya sabes. ¿Y estás segura de que no se ha ido por su cuenta y luego te envió la nota? Ya sabes que ese pobre y pálido noviucho con el que se te ha metido entre ceja y ceja casarte le gusta tan poco como a mí. Y tu padre hizo una tontería al dar esa fiesta. Pero tú te empeñaste, ¿no? Y en domingo, cuando yo no trabajo. Y ahora tu padre puede que pretenda asustarte para que olvides la idea de la boda.

—No es eso —dijo Marilyn—. Por lo menos yo no lo creo. No puedo arriesgarme, ¿no le parece? El secuestrador podría hacerle algo espantoso.

La señora McCarthy meneó la cabeza.

—Un mal asunto —exclamó. Y tras rebuscar en su cesta sacó un delantal, se lo puso y preparó el desayuno sin dejar de hablar.

—Es esta casa —opinó—. Esta casa trae mala suerte. Siempre ha sido así. La construyó un hombre llamado Harrison Reeves hace mucho tiempo. Oí contar la historia a mi vecina Dolly Jessup. Reeves era un hombre rico, pero el día que se terminó la casa, lo perdió todo. La Bolsa quebró… ya sabéis, en 1929. Reeves nunca vivió aquí, y la casa permaneció deshabitada durante años. Luego, poco después de que yo viniera aquí desde Nueva York, una familia llamada Whitney la compró. Los recuerdo muy bien. Él era un hombre fornido, antes del año se rompió la cadera y ya no volvió a andar bien, después del accidente.

»Después de los Whitney vino la señorita Jensen. Una vieja solterona con más dinero del conveniente, y cómo le gustaba. Tenía una sobrina que se vino a vivir con ella. La recuerdo… muy bonita, pero triste. La señorita Jensen era tan dura con ella… Tenía que

volver a casa inmediatamente después de salir del colegio y ayudarla a preparar la cena. La señorita Jensen decía que así se formaba el carácter. Lo que yo pienso es que así se ahorraba la criada. Era una vergüenza, cuando todas las demás jovencitas de vecindad jugaban en la calle.

»Cuando la niña tuvo catorce años, a la señorita Jensen le desapareció un broche. Dijo que debía habérselo llevado su sobrina, y la devolvió a sus padres con semejante acusación. Me enteré que, años después, se fugó de su casa con un sinvergüenza que más tarde la abandonó. Lo último que he sabido de ella es que vivía en San Francisco y trabajaba en un mercado.

La señora McCarthy puso huevos con jamón y tostadas delante de Marilyn y los muchachos, y luego se sentó para tomar una taza de café.

—¿Oyó usted decir alguna vez que esta casa estuviera encantada? —le preguntó Jupiter—. Con tantos problemas, ¿no circuló nunca ese rumor?

—Bueno, la gente habla —respondió la asistenta—. Pero es lo que se dice siempre de las casa viejas. No sé. Yo jamás he visto nada, pero este sitio trae mala suerte. Y algunas veces, en los días nublados, tengo la sensación de que hay algo… algo que me observa. Es… ¡No sé cómo explicarlo, pero no me quedaría aquí por la noche, os lo aseguro!

—¡Oh, tonterías! —exclamó Marilyn.

—¿Ha oído alguna vez pasos en la buhardilla? —le preguntó Bob.

—¿En la buhardilla? No, nunca he oído nada… ni en la buhardilla ni en ninguna otra parte. Pero tengo… la sensación de que aquí hay algo.

Sorbió un café con aire preocupado.

Los muchachos abandonaron el tema. La señora McCarthy no podía ayudarlos. Pero sí quedaba bien claro que el incidente de la noche anterior era algo nuevo en la casa.

Cuando terminaron de desayunar, los muchachos se fueron al «Patio Salvaje», la chatarrería de los Jones y hablaron con tía Matilda.

Jupiter esperaba que su tía sintiera curiosidad por los Pilcher, pero aquel día tía Matilda no tenía tiempo para chismorreos. En

Pasadena, habían demolido un edificio de ladrillos y tío Titus había traído toda un carga de derribo. Tía Matilda pidió a los muchachos que limpiaran los ladrillos y les quitaran los pegotes de cemento que tenían adheridos. Pete se reunió con Bob y Jupe poco después de las once y les ayudó a amontonar los ladrillos limpios cerca de unos tablones viejos.

Cuando terminaron con los ladrillos, los muchachos cruzaron la calle para ir a casa de los Jones. Después de lavarse, prepararon bocadillos para comérselos en el taller de Jupe.

El taller estaba en un rincón del patio de la chatarrería, lejos de la oficina y de la puerta principal, resguardado por un voladizo en el interior de la cerca. Jupe tenía allí su banco de trabajo y una pequeña impresora que él había reparado cuando entró allí como chatarra.

Los Tres Investigadores estaban comiendo cuando una luz situada encima del banco de trabajo empezó a parpadear, señal de que el teléfono del Puesto de Mando estaba sonando. Jupe se apresuró a retirar una reja apoyada contra uno de los extremos del banco. Detrás de la reja, había una tubería enorme galvanizada Era el Túnel Dos, uno de los pasadizos secretos que los muchachos utilizaban para entrar en su oficina sin ser vistos.

Jupe era un muchacho rollizo, no apto para moverse en lugares estrechos. Pero era capaz de pasar por la tubería en un abrir y cerrar de ojos, cuando había una llamada para Los Tres Investigadores. Se agachó, se metió en la tubería y gateó tan deprisa que el teléfono aún daba un quinto timbrazo cuando empujó la puerta de madera de la trampilla del final del Túnel Dos. Después de levantarla, entró en el Puesto de Mando.

Cogió el teléfono, cuando Pete y Bob entraron en el remolque detrás de él. El que llamaba era Raymond Sánchez, el secretario de Jeremy Pilcher.

—Marilyn me ha pedido que os llamara —dijo Sánchez—. Hemos estado buscando ese libro misterioso toda la mañana, y no lo hemos encontrado. Marilyn cree que, si utilizo el ordenador de su padre para tener acceso a sus archivos, tal vez averigüemos algo. Pero no conocemos la palabra clave de acceso. Marilyn quiere que vengáis. Quizá vosotros podáis adivinar lo que el viejo chivo… er, lo que el señor Pilcher utilizó como clave de acceso.

Jupe se volvió hacia Bob y Pete para repetirles el mensaje de Ray.

—¿Qué decís? ¿Queréis ir a casa de Marilyn a ver si podemos encontrar la clave?

—Sí —contesto Pete—. De acuerdo, iremos.

Bob asintió.

—Iremos enseguida —le dijo Jupe a Sánchez y colgó—. Parece que nuestra cliente nos ha aceptado —comentó.

—Pues yo no estoy seguro de aceptarla a ella —replicó Pete—. Es casi tan desagradable como su padre.

Mas Pete siguió a Jupe y a Bob al salir del Puesto de Mando. A los pocos minutos, llamaban a la puerta de la casa de los Pilcher. La señora McCarthy les abrió con un *spray* de limpiacristales en una mano y un rollo de toallas de papel debajo del brazo.

—Voy a limpiar unas cuantas cosas ahora que no está el viejo cascarrabias —les dijo muy animada—. Cuando él está, no puedo hacerlo. Venid conmigo. Marilyn y Ray están en la sala de ordenadores.

Subieron la escalera detrás de la señora McCarthy y, una vez arriba, ella les hizo una seña para que siguieran adelante y entró en uno de los dormitorios.

En la sala de ordenadores, Ray Sánchez se hallaba sentado delante de la más pequeña de las dos pantallas pulsando teclas.

Marilyn estaba de pie, detrás de Sánchez, y observaba el monitor.

—Este es el ordenador personal de papá —dijo a los muchachos —. El mayor es parte del sistema que ha sido instalado en su oficina de la ciudad, pero éste más pequeño no forma parte del sistema. No tiene módem, de manera que nadie desde el exterior puede acceder a su memoria. Si lográsemos encontrar la clave, podríamos ver los archivos privados de mi padre, y tal vez descubrir si «libro del capitán» es tan solo el código de alguna cosa.

Sánchez meneó la cabeza.

—Todo este asunto del libro es una tontería —dijo—. Apuesto a que algún resentido contra Pilcher, ha organizado el secuestro. Muchísima gente estaría encantada si Pilcher desapareciera. O quizás él mismo haya decidido desaparecer una temporada. Es un tipo muy astuto. Puede tener sus razones.

—Es tu jefe —exclamó Marilyn—. ¡Ten más respeto!

—Lo siento —replicó Sánchez, que volvió a dedicar su atención al teclado—. El señor Pilcher recoge información sobre sus asociados —les dijo a los muchachos—. Investiga su pasado, su vidas privadas, todo. Lo sé. Algunas veces, para investigar su pasado, recurre a un investigador privado. Yo me he encargado de pagarle las facturas, pero nunca conseguí ver el informe final. Sé que algunos de estos informes son demasiado comprometedores para estar en los archivos del ordenador de la compañía en la ciudad. Quizá los introduce en este ordenador personal. ¿Pero un libro del capitán? Él no conoce a ningún capitán.



—Una clave —insistió Marilyn—. Podría ser una clave.

—Bien, sabemos que no es la clave para acceder al ordenador —dijo Sánchez—. Lo he probado y nada.

Reflexionó unos instantes y luego tecleó la palabra *PARDILLO*.

—¿Pardillo? —preguntó Pete.

—Ya sabéis lo que son pardillos, ¿no? Finjen no saber jugar y consigues puntuaciones muy altas cuando juegas con ellos por primera vez ¡Y luego… zas! ¡Ganan, ganan y ganan! Esa es la clase de astucia que le gusta al señor Pilcher. Por esa razón a veces emplea a personas que tienen un pasado dudoso. Se siente más cómodo cuando puede dominar a la gente.

—Eso es ser listo, ¿no? —dijo Marilyn Pilcher. Nadie le respondió.

El ordenador emitió un bip intermitente y en el monitor apareció un mensaje: CLAVE PERSONAL INCORRECTA, INTÉNTELO OTRA VEZ.

ESTAFADOR, tecleó Sánchez.

De nuevo la máquina encendió su luz intermitente y apareció el mensaje: CLAVE PERSONAL INCORRECTA, INTÉNTELO OTRA VEZ.

—¡Eres… una rata! —exclamó Marilyn.

—Podemos dejarlo cuando quieras —dijo Sánchez sin inmutarse—. ¡Fue idea tuya!

—¡No podemos dejarlo! —insistió Marilyn—. Tenemos que averiguarlo. Pero no es preciso que seas tan insultante. Ya sabes que los negocios son un juego para él. Es como un entrenador de fútbol presionando siempre. ¿Preferirías que dijera eso tan vulgar de que hay que jugar siempre limpio? ¡No! Pensarías que era un hipócrita y tendrías razón. ¡Ganar! ¡Eso es lo que cuenta y tú lo sabes!

Jupe había escuchado en silencio con los ojos semicerrados y, ahora, de pronto, tomó la palabra:

—Un juego —dijo—. ¿Su padre habla siempre de los negocios como si fueran un juego? ¿No podría ser esa la palabra?

Sánchez tecleó la palabra *JUEGO*. La máquina emitió su bip descorazonador.

—Pruebe distintos juegos —sugirió Bob—. Fútbol, para empezar.

«Fútbol» no era la respuesta. Ni tampoco «béisbol», «baloncesto» ni «*hockey*».

—A mi padre en realidad nunca le interesaron los deportes —

dijo Marilyn—. Prueba en otra dirección. Sánchez tecleó *MONOPOLIO*.

—Es un juego que le gustaba al señor Pilcher.

«Monopolio» no era la clave.

Sánchez probó «*poker*», «*bridge*», «canasta» y «*black jack*».

—Nombres de naipes —dijo Jupe—. Pruebe «As» o «Rey».

Sánchez lo intentó. «As» y «Rey» no sirvieron; pero, cuando el secretario tecleó *COMODÍN*, la máquina emitió un bip triunfante, y en la pantalla apareció un mensaje distinto. ¡ADELANTE, JUGUEMOS!, invitó el ordenador.

—¡Bingo! —gritó Pete.

Sánchez pidió al ordenador el directorio.

Una larga lista de nombres apareció en el monitor. Pilcher tenía una ficha de Ariago, y otra de Durham, el abogado. Sánchez reconoció el nombre del director del Banco de Pilcher, en Visalia, así como los nombres de otros empleados clave. Incluso había una ficha para la señora McCarthy, la asistenta.

Y otra para Sánchez.

—También le investigó a usted —dijo Bob al secretario.

—Naturalmente —contestó Sánchez—. Él investiga a todo el mundo.

Pero Jupe vio que el rostro de Sánchez se humedecía. El secretario estaba sudando.

Marilyn Pilcher también lo vio.

—¿Qué dice tu ficha? —quiso saber.

—Probablemente, lo de costumbre —replicó Sánchez—. Ya sabes, edad, estudios, cosas así.

—Quiero verla. —El tono de Marilyn era seco.

—Marilyn, por amor de Dios…

—¡Quiero verla!

Sánchez se encogió de hombros y pulsó una tecla. El cursor buscó su nombre en la lista. Apretó otra tecla. La lista desapareció y en el monitor apareció: SÁNCHEZ, RAYMOND, seguido de: NOMBRE VERDADERO: LUIS ESTAVA. HIJO DE JORGE ESTAVA. PROBABLEMENTE INTENTA SACARME ALGO. LE TENDRÉ A MI LADO UNA TEMPORADA. BUEN TRABAJADOR. ES DIVERTIDO VERLE SUDAR Y TARTAMUDEAR.

Sánchez se levantó de un salto y se dirigió a la puerta.

—¡Me marcho! —exclamó—. ¡Y no volveré!

CAPÍTULO 8
EL MENSAJE MISTERIOSO

—¡Cielo Santo! —Marilyn se llevó una mano a la garganta—. ¡Ray es hijo de Jorge Estava! ¡Vaya, podría ser él! ¡Ray puede ser el secuestrador!

Jupe enarcó una ceja.

—¡Podría ser el instigador, pero no pudo cometer el delito personalmente! Recuerde que estuvo en la fiesta todo el tiempo. Pero ¿por qué iba a querer raptar a su padre? ¿Quién es Jorge Estava?

—Un hombre que posee… que poseía un negocio de neumáticos en Los Angeles. Estaba muy bien situado en una esquina. Papá quería esa esquina para levantar un edificio de oficinas. Estava no quiso vender ni siquiera cuando papá subió su oferta, así que papá abrió un negocio de neumáticos al lado mismo de Estava y vendía más barato que él. Quiero decir que de verdad vendía más barato que él. Estava intentó hacerlo también, pero no podía permitirse vender perdiendo dinero, y papá sí. A los seis meses Estava cerró.

—Así que su hijo buscó trabajo aquí utilizando un nombre falso —concluyó Bob—. Quiere vengarse de su padre, pero éste descubre quien es realmente. Me pregunto cómo pensó Sánchez que podría salir adelante al descubrir que su padre lo investiga todo.

—Quizá pensó que su tapadera era lo bastante buena como para engañar a un investigador —replicó Jupe que se sentó ante el teclado y pidió al ordenador que imprimiera la ficha completa de Ray Sánchez. La impresora entró en acción y al medio minuto la copia estaba lista. Jupe se la leyó en voz alta a sus amigos.

Sánchez había utilizado la dirección y el teléfono de un amigo

de la escuela superior cuando solicitó un empleo a Jeremy Pilcher. La investigación rutinaria no reveló nada sospechoso, pero Pilcher hizo que un detective privado siguiera al joven a pesar de todo. Así se enteró de que Sánchez iba a casa de los Estava en Ocean Park cada noche al salir del trabajo. El detective de Pilcher habló con los vecinos fingiéndose empleado de una compañía de seguros, y se enteró de la verdad.

—Bien, seguro que Sánchez/Estava tiene un motivo para el secuestro —dijo Bob—. Pero… pero a mí no me parece un sujeto violento.

—No lo es —replicó Marilyn—. Y eso del libro del capitán… no tiene sentido. Ni nada que ver con Ray Sánchez y… y no me encuentro bien.

Se sentó delante del ordenador grande y cerró los ojos.

—No puedo creer que fuera Ray. Si lo hubiera hecho Ray, hubiese encontrado el medio de sabotear el ordenador. Tiene que haber sido otra persona.

Jupe asintió.

—Está bien. Miremos otras fichas. —Solicitó la de Ted Ariago.

Al principio, la información sobre Ariago parecía mera rutina. Ariago era viudo. No tenía hijos y vivía en una casa de la ciudad en el barrio Larchmont. Antes de ocupar el cargo de director de la sucursal de Santa Mónica de los Almacenes Becket, Ariago había sido director de los Almacenes Sur, un negocio que no era de Pilcher.

El informe de Ariago se convirtió rápidamente en algo más que rutina. El hombre había sido detenido en cierta ocasión acusado de intento de estafa a una compañía de seguros; hubo un incendio en un edifico propiedad de Ariago y la compañía aseguradora sospechaba que fue provocado. Los cargos fueron retirados por falta de pruebas. Luego, Ariago abandonó los Almacenes Sur entre rumores de que había aceptado adelantos de constructores y suministradores que trabajaban sobre proyectos para la compañía. Había también una nota escueta al final de la ficha: mujeriego.

La ficha de Chuck Durham, el abogado de Pilcher, era casi tan interesante como la de Ariago. Durham era un jugador, aficionado a las carreras de caballos, al *poker*, y también a correr grandes riesgos en la Bolsa. Pilcher sospechaba que utilizaba fondos que le

confiaban algunos clientes que le habían amenazado con solicitar una investigación de sus cuentas al colegio de abogados. Pilcher consideraba que la amenaza «le mantendría a raya».

En la ficha del hombre que dirigía el Banco de Pilcher, en Visalia, constaba que había sido expulsado de la Marina y degradado. Pilcher lo sabía y dejaba que el hombre lo supiera.

Jupe siguió solicitando ficha tras ficha. Y un secreto tras otro iba apareciendo en el monitor. Incluso la señora McCarthy tenía un fallo. Era adicta al juego del bingo dominical de la parroquia de San Atanasio.

—No creo que esto nos lleve a ninguna parte —dijo al fin Marilyn—. Todo lo que demuestra es que ayer teníamos la casa llena de gente que odia a papá. No tiene ningún amigo. Todo esto me contraría. Y aborrezco el que se haya tomado la molestia de averiguar tanta basura.

Casi se le saltaban las lágrimas. En aquel momento no defendía a su padre.

Jupe tuvo que reconocer que los archivos secretos no resultaban muy esperanzadores. Todos los encartados tenían motivos para querer quitar de en medio a Pilcher, pero ninguno más que los demás. Todos eran sospechosos, o ninguno.

—Hay otra ficha —dijo Jupe—. Veámosla. Dice: «Mujer Vieja» y está en español.

—¡Buena idea! —exclamó Pete—. Probablemente será algo más sobre la señora McCarthy. ¡Debe de estar conspirando para conseguir ganar en el bingo!

—¿Por qué iba a estar en español la ficha de la señora McCarthy? —dijo Jupe muy sensatamente y la solicitó.

Era distinta de las otras fichas. Era una carta y estaba dirigida a Marilyn.

EMPIEZA POR SOGAMOSO, apareció en la pantalla del ordenador. VE A LA MUJER VIEJA. A LA PUESTA DEL SOL DEL SOLSTICIO DE VERANO SU SOMBRA TOCA LAS LAGRIMAS DE LOS DIOSES. TODO PARA TI, PERO VIGILA A NAVARRO, ¿ES LEGAL? AVERIGÚALO EN EL SIN.

—Vaya —dijo Jupe mientras ordenaba una copia de aquel extraño mensaje. Y cuando la cabeza impresora volaba sobre el papel, miró a Marilyn esperanzado. Ella meneó la cabeza.

—¿No significa nada para usted? —le preguntó Jupiter.

—Nada.

—Se supone que ha de vigilar a Navarro —insistió Jupe—. ¿Conoce usted a algún Navarro? Marilyn se encogió de hombros.

—Será otro de los encantadores socios de papá, supongo. En la fiesta no había ningún Navarro. Me imagino que papá pasó por alto a algunos de sus enemigos más temibles cuando hizo la lista de invitados.

Los muchachos vieron que lloraba. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas y ella no se molestaba siquiera en enjugarlas.

—Está bien —declaró Jupe—. Quizás encontraremos alguna pista en otro lugar.

Se apartó del ordenador.

Bob alzó una libretita que acababa de encontrar en un cajón.

—Una libreta de direcciones —dijo—. Escritas a mano.

Los muchachos fueron pasando las páginas una por una, pero allí no había ningún Navarro.

—Mi madre puede que lo sepa —observó Marilyn ya recobrada de sus ataque de llanto silencioso—. Mamá y papá ahora no se hablan, pero quizás ella recuerde a alguien de los viejos tiempos cuando estaban juntos.

—¿Va usted a llamarla para preguntárselo? —quiso saber Pete.

—Ah… es tan violento. Ahora también está enfadada conmigo. No le gusta que venga aquí con papá, ni tampoco mi novio y… bueno, no importa, la llamaré.

Marilyn cogió el teléfono y marcó un número. Cuando le contestaron, una voz dijo bastante más que «diga».

—Ha salido —explicó a los muchachos—. Es su contestador automático. Se oyó un bip por el teléfono.

—Madre, soy yo —dijo Marilyn—. Escucha, creo que han secuestrado a papá. Tengo aquí a unos muchachos que intentan averiguarlo con seguridad. Mamá, Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews irán a verte, ¿querrás hablar con ellos? Quieren averiguar todo lo posible respecto a un tal Navarro. Y también Sogamoso. Si se te ocurre algo, díselo, ¿quieres? Yo volveré pronto a casa, pero no puedo marcharme hasta que averigüe lo de papá. Adiós, mamá.

Y colgó.

—Ya está. Mi madre es una buena persona, de veras. No desearía mala suerte a nadie… ni siquiera a papá.

Los muchachos recogieron las copias que Jupe había hecho y Marilyn les anotó la dirección de su madre. Tras una breve conferencia, se decidió que Pete se quedara el resto del día con Marilyn y también aquella noche, puesto que la señora McCarthy tenía marido y pensaba ir a sus casas a pasar la noche.

Bob anunció que tenía que hacer algunas tareas en su casa y se ofreció para ir a la Biblioteca de Rocky Beach después de cenar. Buscaría libros que hicieran referencia a Sogamoso.

—No tendría sentido buscar Navarro en la guía telefónica —le dijo a Jupe—. Debe de haber un millón de Navarros aquí en Los Angeles. Pero Sogamoso no es un nombre que se oiga todos los días. Puede ser una pista.

—Tal vez no se trate de una persona —le hizo observar Jupe—. Puede ser un lugar o incluso una compañía.

Jupiter fue elegido para visitar a la señora Pilcher. Se despidió de Marilyn y sus compañeros, y se dirigió por la autovía hasta Santa Mónica.

La casa de la señora Pilcher resultó ser una residencia de distribución irregular y una sola planta en una calle tranquila. Al contrario de la abandona mansión de Pilcher en Rocky Beach, resplandecía recién pintada. El césped estaba bien cuidado y muy verde. El camino que llevaba hasta la casa parecía acabado de barrer.

La propia señora Pilcher le abrió la puerta. Era una mujer de aspecto agradable y cabellos color de miel que hacían juego con sus ojos. Era demasiado gruesa para estar a la moda, pero su cutis era terso y sin arrugas. Era mucho más joven que Jeremy Pilcher.

—Supongo que debes ser uno de los muchachos de los que me habló Marilyn por teléfono —dijo la señora Pilcher—. Yo estaba ausente cuando llamó. No puedo dedicarte mucho tiempo. Estoy esperando una… una visita. Pasa.

Acompañó a Jupe hasta una sala de estar con una alfombra verde claro y los muebles tapados con lienzos blancos.

La señora Pilcher ocupó una butaca grande cerca de la chimenea.

—¿Marilyn está bien? —preguntó—. ¿Por qué no viene a casa?

—Quiere estar allí por si llamara el secuestrador —repuso Jupe.

—Yo debería ir, pero aborrezco aquella casa —dijo la señora Pilcher—. La odio. Las cosas empezaron a irnos mal el día que nos trasladamos allí. Marilyn no estará sola, ¿verdad?

—Mi amigo Pete está con ella —contestó Jupiter.

—¿Tu amigo? Un muchacho, supongo. ¿Dónde está la policía? Mi hija no debiera estar allí con un muchacho únicamente para protegerla.

—Pete es un atleta —replicó Jupe—. Es mas rápido y más fuerte que muchos adultos. Y además, entre los intereses del secuestrador, no entra el hacer daño a Marilyn. Quiere que le entregue el libro del capitán.

—¿El libro del capitán? —La señora Pilcher se había inclinado hacia adelante tensa y escuchando. Jupe tuvo la sensación de que apenas le oía. Estaba pendiente de algo que podía estar sucediendo en algún otro lugar de la casa.

Por unos instantes, Jupe no dijo nada, él también escuchó. Pero nada se movía por allí cerca. La casa estaba sumida en silencio.

—¿Sabe usted algo del libro del capitán? —le preguntó Jupe.

Ella meneó la cabeza.

—No, no, en absoluto. Pero no sé gran cosa de lo que Jeremy hace actualmente. Llevamos años divorciados. ¿Es por eso que querías verme? ¿Para ver si conozco ese libro? Jeremy tiene toneladas de libros. ¿Los has mirado?

—Sí, señora —contestó Jupiter—, pero no hemos podido encontrar el que quiere el secuestrador. Señora Pilcher, ¿conoce usted a alguien que se llame Navarro? ¿O Sogamoso?

—¿Soga… qué?

Jupe suspiró.

—No soy una gran ayuda, ¿verdad? —dijo la señora Pilcher—. Lo siento. Si lo supiera te lo diría. ¿Cómo es ese nombre? ¿El que no es Navarro?

—Sogamoso —dijo Jupe.

Ella meneó la cabeza.

—No. Lo siento.

—¿Oyó usted hablar alguna vez al señor Pilcher de una mujer vieja? —le preguntó Jupe—. Mujer vieja, tal como se dice en español.

No. Ella no recordaba tampoco haberle oído hablar de lágrimas de dioses. Le contestaba con frases breves y era evidente que estaba ansiosa por deshacerse de Jupe.

—Lágrimas de los dioses suena a poesía —le dijo ella—, pero Jeremy no es una persona poética. Lo siento. Pero no lo sé. ¿Has mirado a bordo del *Bonnie Betsy*? Algunas veces Jeremy guardaba cosas allí.

—¿*Bonnie Betsy*? —preguntó Jupiter.

—Es el yate de Jeremy. Le puso *Bonnie Betsy* por mí. Me llamo Elizabeth. Nuestras relaciones eran más cordiales cuando Jeremy bautizó el barco.

Se puso en pie. La visita había terminado. Jupe la siguió hasta la puerta, donde le entregó una de las tarjetas de Los Tres Investigadores.

—Si se le ocurre algo que pueda ayudarnos, llame a este número —le dijo.

Ella le prometió hacerlo y Jupe se marchó.

Jupe montó en su bicicleta y, al llegar a la esquina, allí se detuvo para dejar pasar a un autobús. Se volvió a mirar la casa de la señora Pilcher.

Una figura corpulenta bajaba por el sendero en dirección a la calle. Era un hombre que Jupe había visto antes… un hombre que estuvo como invitado en la fiesta de Marilyn.

—¡Ariago! —Jupe estaba tan sorprendido que pronunció el nombre en voz alta.

Ariago tenía un motivo para desear quitar de en medio a Pilcher. ¿Qué estaba haciendo en casa de la señora Pilcher?

Debía estar allí mientras él hablaba con la señora Pilcher. ¿Escondido en alguna parte y escuchando la conversación de Jupe y la señora Pilcher? Jupe se lo imaginó acurrucado en la cocina con la oreja pegada a la puerta.

No era de extrañar que la señora Pilcher estuviera tan tensa y que deseara que Jupe se fuera cuanto antes. No esperaba a una visita… la visita ya estaba allí. Una visita que ella deseaba ocultar.

¿Acaso Ariago y la señora Pilcher eran conspiradores? No parecía cosa propia de una mujer de aspecto tan agradable. Sin embargo, era posible; cualquier cosa era posible.

Jupe observó a Ariago mientras cruzaba la calle y subía a un

automóvil aparcado a cierta distancia de casa de la señora Pilcher. Vio encenderse las luces del freno. Una bocanada de humo salió por el tubo de escape. Dentro de un segundo Ariago se marcharía.

Obedeciendo un impulso, Jupe dio la vuelta a su bicicleta y, mientras Ariago se apartaba de la acera, Jupe esta ya a unos doscientos metros detrás de él, pedaleando furiosamente.

CAPÍTULO 9
EL INTRUSO VUELVE

Bob llegó a la biblioteca más tarde de lo que esperaba, y decidió rápidamente que las guías telefónicas de la biblioteca no le servían. Había columnas y columnas de Navarro en los listines de teléfonos de Los Ángeles, pero ni un solo Sogamoso.

Bob suspiró mientras extendía la copia del mensaje de la computadora para estudiarlo.

MARILYN… EMPIEZA POR SOGAMOSO —decía el mensaje—. VE A LA MUJER VIEJA. A LA PUESTA DEL SOL DEL SOLSTICIO DE VERANO SU SOMBRA TOCA LAS LAGRIMAS DE LOS DIOSES. TODO PARA TI, PERO VIGILA A NAVARRO. ¿ES LEGAL? AVERIGÚALO EN EL SIN.

«Y ahora qué», se preguntó Bob. Los nombres de Navarro y Sogamoso eran las únicas pista reales contenidas en el mensaje. Las iniciales SIN probablemente correspondían al Servicio de Inmigración y Nacionalización, y Navarro pudiera ser un inmigrante ilegal. No le servía de mucho saberlo. A menos que Pilcher quisiera que su hija llevase a Navarro al SIN, si el hombre aparecía. Entretanto el mensaje resultaba tan extraño como enloquecedor.

¿Y por qué dejó una nota en clave Jeremy Pilcher en el disco duro de su ordenador? Marilyn no parecía muy aficionada a los ordenadores. Pilcher no pudo tener la seguridad de que llegase siquiera a ver el mensaje.

Mas tal vez Pilcher no tuviera tiempo de trazar un plan más sensato. Pudo darse cuenta de repente de que estaba amenazado. Si la persona que le amenazaba no sabía nada de ordenadores, el mensaje estaría bien escondido en su ordenador personal. Pero si

Marilyn no entendía ni palabra, tampoco serviría de nada.

Bob trabajaba por horas en aquella biblioteca y sabía bien como funcionaba. Fue a las estantería de referencia donde estaban las direcciones de los hombres de negocios. Jeremy Pilcher era uno de ellos, de manera que cabía la posibilidad de que Sogamoso tuviera relación con algún negocio. Bob buscó Sogamoso en un libro grande donde estaba la relación de compañías americanas. Revisó el índice de *The Wall Street Journal* y la revista *Forbes*. En ninguno se mencionaba Sogamoso. Ni el nombre aparecía en ninguna edición de *Quién es quién*.

«Bien —se dijo Bob—. Sogamoso no es una persona importante. Ni un negocio. Sogamoso tiene que ser algo completamente distinto».

La idea le impulsó a buscar un diccionario Español-Inglés. Al no encontrar la palabra allí, pasó a buscarla en el gran atlas del último estante de la sección de referencias. Y al fin lo encontró… en el índice.

Sogamoso era una ciudad de Colombia.

«La biblioteca se cerrará dentro de diez minutos» —advirtió una voz al público por el sistema de altavoces.

Bob buscó frenéticamente el número de la página que constaba en el índice. En ella aparecía un mapa del extremo noreste de Sudamérica. Allí estaba Colombia con sus fronteras marcadas en rojo, y las altas montañas de los Andes representadas por crestas blancas que cruzaban la página.

Bob se apresuró a leer. Sogamoso. El índice daba como población del lugar poco más de 49.000 habitantes. No era una ciudad grande.

Resultó ser un mancha en las montañas al noroeste de Bogotá. ¿Por qué diantres querría Pilcher que Marilyn fuera a un lugar tan remoto a buscar a una mujer vieja? ¿O tenía que ser una en particular?

Una breve descripción de Colombia aparecía junto al mapa. «Colombia está poco poblada —leyó Bob— con excepción de la estrecha franja entre la costa y las colinas del oeste al pie de los Andes. En las tierras bajas y húmedas de la costa se cultiva caña de azúcar y cacao. En las altitudes desde 3.000 a 6.500 pies los colombianos cultivan una de las mayores plantaciones de café del

mundo. En las depresiones de las montañas crecen el trigo y la cebada, y las ovejas pacen en los prados alpinos. En el valle de Antioquía se fabrican tejidos. Existe una industria siderúrgica de hierro y carbón en el área cercana a Sogamoso, y también hay minas de oro y esmeraldas en las montañas. La mayoría de colombianos viven del café».

Las luces parpadearon.

«La biblioteca se cerrará dentro de cinco minutos» —se oyó nuevamente por el altavoz.

Bob dejó el atlas y corrió a las estanterías donde se alineaban las enciclopedias. El artículo sobre Colombia en la Americana ocupaba varias páginas. La Británica también le dedicaba mucho espacio. No había tiempo para leerlo todo, y no podía sacar de la biblioteca los libros de consulta. Las luces oscilaron otra vez. Bob corrió a los estantes donde estaban los libros de América del Sur y seleccionó dos volúmenes. Uno titulado Colombia, país de contrastes. El otro era Colombia, desde Nueva Granada a Bolívar.

Bob agarró su copia impresa y corrió al escritorio de la biblioteca para que anotase la salida de los libros. Instantes después, cogía su bicicleta ante la entrada de la biblioteca. Ojalá hubiese tenido tiempo de hojear los libros sobre Colombia. Probablemente no habría elegido los más útiles. O tal vez sí. ¿Los libros que había escogido contenían las pistas que Los Tres Investigadores necesitaban para resolver el misterio del coleccionista cascarrabias?

Ansioso por empezar a leer, Bob pedaleó rápidamente hacia su casa.

Eran casi las diez cuando Pete Crenshaw oyó los pasos. Marilyn Pilcher y él se hallaban en la sala de estar de la casa. Habían cenado pollo frito que compraron en el Pollo Alegre de la autovía, y encendieron fuego en la chimenea. La habitación estaba casi demasiado caldeada, pero el fuego irradiaba un alegre resplandor y sólo quedaban en la sombra los rincones.

Luego empezaron los pasos.

Estaban jugando al Trivial y Marilyn ganaba, cuando se oyeron los rimeros pasos en el piso de arriba. Pete comprendió al punto que alguien se movía por la buhardilla. En el silencio de la casa, el

sonido penetraba hasta la planta baja.

A Pete el corazón le dio un vuelco. Él no quería subir. La casa de los Pilcher no le gustaba en absoluto. Era fría y húmeda. Necesitaba limpieza y ventilación, y tenía la clase de buhardilla que nadie necesitaba… una buhardilla donde un ser invisible había estado anoche. Cierto, Pete no estuvo allí de guardia la noche anterior, ni oyó los pasos, pero Bob y Jupe se lo contaron.

Y ahora empezaba otra vez. Marilyn levantó la cabeza.

—¿Has oído? —dijo en un susurro.

Pete deseaba decir que no, pero no pudo. Apartó la mirada de Marilyn y no dijo nada.

—¿Cerraste la puerta de atrás? —preguntó Marilyn.

—Yo… yo creo que sí —contestó.

Ella se levantó para mirar hacia la cocina.

—Alguien puede haber entrado.

—Lo habríamos oído —replicó Pete—. Hubiéramos oído abrir la puerta.

Pero fue a la cocina. La puerta estaba cerrada, y el pestillo corrido. Nadie había entrado.

¿O acaso el intruso al entrar volvió a echar el pestillo desde el interior?

Marilyn vino también a la cocina para examinar la puerta con el ceño fruncido. Luego volvió a salir. Pete la siguió al vestíbulo, desde donde ella miraba hacia lo alto de la escalera.

—¡Escucha! —exclamó.

Los pasos eran ahora más fuertes. Producían un ruido sordo en las tablas desnudas del suelo de la buhardilla.

—¡Maldita sea! —Marilyn fue hasta el teléfono y marcó el número de la policía—. Quiero denunciar a un intruso que ha entrado en mi casa —dijo.

«¿Pero era un intruso?», se preguntó Pete. Jupe había dicho que anoche nadie subió por la escalera ni la bajó. Y sin embargo alguien anduvo por la buhardilla… y anduvo… y anduvo…

—¡Espeluznante! —exclamó Pete en voz alta.

Marilyn no le hizo caso. Estaba dando la dirección por teléfono.

Pete comenzó a subir la escalera. Temblaba y su garganta estaba tan seca que no podía tragar, pero continuó subiendo peldaño tras peldaño.

Los pasos en la buhardilla continuaban. ¿Un fantasma? ¿O algo más peligroso que un fantasma?

Marilyn colgó el teléfono y siguió a Pete. Ya no era la arrogante niña rica. Tenía miedo y se mantuvo cerca del muchacho alto y atlético.

—Cuando era pequeña —dijo—, tuvimos una cocinera que disfrutaba asustando a los niños. Ella me dijo que esta casa estaba encantada.

—¿Y tiene usted que recordarlo ahora precisamente? —se lamentó Pete.

Ambos se detuvieron en el rellano del piso superior. Los pasos también se detuvieron. Escucharon.

¿Quién estaba arriba escuchando a la vez? ¿Alguien que esperaba en lo alto de la escalera de la buhardilla, inclinado sobre el pasamanos, dispuesto a atacar si alguien abría aquella puerta?

—Creo que debemos quedarnos aquí —decidió Pete. Sacó una silla de la sala de ordenadores, la puso en el pasillo e invitó a Marilyn a sentarse.

—Cuando llegue la policía, si no hemos encontrado nada como hasta ahora, ¿sabes qué pasará?

—Pensarán que está usted loca —replicó Pete.

—Cierto. Y, más pronto o más tarde, dejaran de venir. Les llamaré y ellos dirán: es la Pilcher, «esa chalada», y no vendrán.

—Yo creo que tienen que venir —insistió Pete—. No pueden correr el riesgo de que usted pueda estar en peligro. Sólo que la mirarán con sorna cuando aparezcan.

Reflexionó unos instantes. ¿Qué haría Jupe de estar allí? Buscar alguna prueba tangible para poder mostrarla a los policías… algo que no pudieran negar. ¡Como una cerradura forzada o… huellas!

¡Eso es! ¡Huellas!

Pete recordó algo que había visto en el cuarto de baño de Jeremy Pilcher. Cuando estuvo encerrado allí durante la fiesta, vio un bote de polvos de talco en el estante encima del lavabo.

Pete fue corriendo por el dormitorio del coleccionista hasta el cuarto de baño y encendió la luz. Los polvos seguían allí. Cogió el bote y, una vez en el pasillo, espolvoreó el suelo cerca de la puerta de la buhardilla.

Marilyn le miró con aire interrogador.

—Si es una persona real, no puede salir si no es por aquí —dijo Pete—. Si es como los demás, le veremos… eso espero. Y tendrá que pisar el talco. Dejará huellas y los policías las verán.

—Oh, está bien —contestó Marilyn—. Pero ¿qué vamos a decir si pasa por aquí y no deja huellas?

Pete no contestó. Oyó detenerse un coche ante la casa, y el ruido de las portezuelas al cerrarse. Los policías rodearon la casa para asegurarse de que no había nadie escondido entre la maleza.

Marilyn Pilcher bajaba ya la escalera cuando sonó el timbre. Al abrir la puerta, entraron dos agentes uniformados del Departamento de Policía de Rocky Beach.

Pete la oyó decir:

—Arriba. En la buhardilla. Esta allá arriba.

—De acuerdo —replicó uno de los policías que empezó a subir la escalera.

En aquel momento Pete oyó como el intruso desconocido bajaba la escalera de la buhardilla.

Pete se volvió para mirar hacia la puerta que cerraba dicha escalera. De un instante a otro se abriría. El que bajaba de la buhardilla estaba ya muy cerca de la puerta.

El agente que subía por la escalera principal debió oír al intruso porque sacó la pistola.

Pete oyó abrir una puerta. Sin embargo, la de la buhardilla no se movió, aunque se oía girar el pomo.

El intruso salió al pasillo sin ser visto. Pasó junto a Pete que sintió frío… mucho frío. El paseante incansable bajó la escalera y al pasar al lado del policía, éste miró desesperado a la derecha y a la izquierda como si esforzándose pudiera ver el autor de las pisadas.

El policía se estremeció. Había sentido el mismo frío intenso que Pete.

Pete miró al suelo donde había espolvoreado el talco. Allí estaba, como una ligera nevada sin la menor marca que indicase el paso de nadie por allí.

—¡Encantado! —exclamo Pete—. ¡Este lugar está realmente encantado!

Abajo en el vestíbulo, Marilyn Pilcher se echó a llorar.

—Quédate si quieres —gritó—. ¡Yo me voy a casa de mi madre!

CAPÍTULO 10
JUPE SE EXHIBE

Jupe estaba a tres manzanas de distancia, cuando el automóvil de Ariago giró a hacia el este en el bulevar de Santa Mónica. Y a cuatro cuando Ariago aminoró la marcha para entrar en el aparcamiento de una zona comercial. Los Almacenes Becket estaban en la parte oeste del complejo. Esa podía ser la sucursal que Ariago dirigía para Pilcher, pensó Jupe. Dejó su bicicleta sujeta con candado muy cerca de los almacenes y entró en el establecimiento.

Estaba sólo a unos minutos de la casa de la señora Pilcher. ¿Por qué iría allí Ariago durante las horas de trabajo? —se preguntó Jupe—. ¿Se encontraba muy a menudo con la señora Pilcher? El pasado de Ariago era turbio. ¿Por qué visitaba a la exmujer de Jeremy Pilcher? ¿Conspiraban ambos contra Pilcher? Y en ese caso, ¿qué esperaba ganar ella?

Jupe frunció el ceño. De nada servía hacer cábalas sobre la escasa información que tenía. Decidió ver a Ariago, o por lo menos intentarlo. Le explicaría que él y sus amigos querían ayudar a Marilyn Pilcher y le preguntaría si sabía algo del libro del capitán, de Sogamoso y de Navarro. Claro que Ariago esperaría estas preguntas; sin duda escuchó la conversación que Jupe sostuvo con la señora Pilcher. Pero, de todas maneras, su reacción podría resultar interesante. Cabía también la posibilidad de que estuviera en posesión de alguna información que condujera a Jupe hasta la verdad.

Las oficinas de los ejecutivos de los Almacenes Becket se hallaban en la tercera planta, detrás de la sección de niños. Una joven sonrió a Jupe detrás de un escritorio y le preguntó en qué

podía servirle. Él le entregó una de las tarjetas de Los Tres Investigadores anunciando que era Jupiter Jones y que necesitaba hablar con el señor Ariago.

La joven miró la tarjeta y dijo:

—¿Oh? ¿Investigadores? —Su tono era irónico.

—Es respecto a la desaparición de Jeremy Pilcher —añadió Jupe —. Ayer estuve en la fiesta de compromiso de su hija. Allí conocí al señor Ariago.

—¿El señor Pilcher? —De pronto la mujer dejó de sonreír—. ¿Ha desaparecido?

—El señor Ariago conoce la situación —dijo Jupiter.

Ella cogió el teléfono y por la extensión anunció que Jupiter Jones estaba allí para ver al señor Ariago.

—Es respecto al señor Pilcher añadió.

Escuchó unos instantes y luego dejó el teléfono.

—El señor Ariago está muy ocupado. Hoy no podrá recibirte.

—¡Oh! —En el pasado, muchas personas se habían negado a recibirle, y Jupe no aceptaba las negativas con facilidad. Por lo general, encontraba el medio de conseguir la entrevista deseada, y hoy también lo intentó. Quizás Ariago ignorase la existencia de los archivos secretos del ordenador de Pilcher y se mostrase más razonable al saberlo—. Sé que el señor Ariago es un hombre muy ocupado —dijo Jupe—, pero creo que me recibirá cuando conozca la información que tengo para él. Es de los archivos secretos del señor Pilcher.

La mujer sonrió cortésmente y dijo:

—¿Por qué no le doy tu recado y tu tarjeta y le pido que te llame?

Jupe vio que estaba decidida a amparar a su jefe y a echarle a él. Consultó su reloj. Más de las cinco. Las horas de oficina terminarían pronto.

—Esperaré y le abordaré cuando salga —dijo Jupe.

—Vas a tener que esperar mucho —replicó la joven con una carcajada—. Se queda hasta las nueve después de cerrar los almacenes al público.

Jupe abandonó las oficias de los ejecutivos y bajó por la escalera mecánica sin saber qué hacer. ¿Volver a casa? ¿O esperar a que apareciera Ariago a la hora de cerrar? Jupe sopesó ambas

posibilidades mientras pasaba por las secciones de ropa y perfumería de la segunda planta, y luego por la de mobiliario y accesorios de la primera.

Al fin Jupe decidió esperar a Ariago. Cuando el establecimiento cerrase, el hombre ya habría visto el mensaje de Jupe en el que mencionaba los archivos de Pilcher. Estaría nervioso y deseando hablar. Y si no, entonces Los Investigadores podrían mantener a Ariago bajo vigilancia. Había algo entre él y Elizabeth Pilcher. Tal vez relacionado con el secuestro de Jeremy Pilcher.

Salió de Becket para pasear por las galerías. Tenían horas por delante. Estuvo mirando discos, cassettes y equipos estéreo. Se comió un par de salchichas. Se probó ropa deportiva. Deambuló por una librería y consiguió leer medio libro que le interesaba antes de que el empleado empezase a mirarle con recelo.

Jupe miró su reloj por enésima vez. Todavía faltaba más de una hora para que Becket cerrase. Volvió a los almacenes y descubrió un sofá enorme tapizado de piel en un rincón de la sección de mobiliario. Se sentó a esperar.

Se estaba bien y tranquilo en aquel rincón… muy tranquilo. No había muchos clientes y un dependiente solitario paseaba por los pasillos. Sus pies no hacían el menor ruido sobre el suelo enmoquetado. Al cabo de un rato a Jupe se le caía la cabeza. Estaba cansado. El intruso de la buhardilla le mantuvo despierto y sobre ascuas la anoche anterior, y ahora pagaba las consecuencias.

La buhardilla… aquel era otro misterio. ¿Qué pasaba en aquella buhardilla? ¿Paseaba un fantasma por ella?

Jupe se recordó con severidad que él no creía en los fantasmas. La gente no regresaba de la tumba. Los ruidos que oyera debieron ser crujidos de la casa vieja que protestaba del viento que por la noche soplaba desde el océano.

Por unos instantes… apenas un minuto… Jupe se durmió. Luego se despertó sobresaltado y abrió los ojos.

Estaba oscuro. Jupe miró a sus alrededor y vio formas extrañas… y oscuras. Le costó trabajo reconocerlas. Eran escritorios, mecedoras y armarios.

Jupe alarmado, se puso tenso. ¡Era tarde! Los almacenes habían cerrado y él, dormido, no se había dado cuenta.

Se levantó con el oído atento. Debía haber una brigada de

limpieza, pero no los oía. Y también guardas de seguridad que patrullaban de noche por los almacenes. ¿Cómo no le habían encontrado y despertado?

Pero no le habrían visto a menos que tuvieran un cuidado especial en asegurarse de que no había nadie acurrucado en aquel sofá en particular. Estaba de espaldas al pasillo. Cualquier vigilante hubiera podido pasar a tres palmos de Jupe sin darse cuenta de que estaba allí. Y los de la limpieza podían pasar muy cerca sin verle.

Jupe se frotó los ojos. Más allá de los escritorios y las mecedoras había una luz que emitía un resplandor rojizo. Un letrero debajo decía: SALIDA.

Jupe se dirigió en la oscuridad hacia el letrero. Al llegar allí vio otro letrero: SALIDA DE EMERGENCIA. SONARA LA ALARMA SI SE ABRE ESTA PUERTA.

Jupe se imaginó abriendo la puerta para salir de las galerías. Timbres. Luces intermitentes. Sin duda habría una pantalla de TV que los hombres de seguridad podrían ver. La pantalla se iluminaría. Los hombres acudirían corriendo pistola en mano. Antes de que Jupe pudiera salir del edificio sería detenido.

Jupe se estremeció. Pocos meses antes, un joven de Pasadena fue descubierto en un comercio después de la hora de cerrar. Le acusaron de allanamiento e intento de robo. La historia se publicó en todos los periódicos.

Jupe no quería aparecer en los periódicos locales. ¿Qué impresión causaría que el jefe de una firma investigadora fuese detenido de noche en unos almacenes vacíos?

Jupe se apartó de la salida de emergencia y se dirigió a través de la oscuridad hacia la puerta principal de los almacenes, pero estaba bloqueada por una gigantesca persiana de acero.

Siguió moviéndose con cuidado para no hacer ruido, y encontró la salida de empleados. También en aquella puerta se advertía que sonaba la alarma al abrirla.

Un reloj situado cerca de la salida de empleados marcaba las once. Tía Matilda estaría furiosa.

Buscó hasta encontrar un teléfono automático. Echó dos monedas por la ranura y marcó el número de su casa. Tía Matilda contestó. Parecía nerviosa y preocupada.

—Jupiter Jones, ¿dónde estás? —le preguntó.

—Marilyn Pilcher nos necesita —repuso Jupe. Y era bastante cierto.

—Bien, algunas veces también te necesito yo —dijo tía Matilda —. Y eso nunca lo recuerdas. ¿Estás en casa de los Pilcher con esa pobre chica? ¿Se sabe algo de su padre?

—No, todavía no. Escucha, tía Matilda, ¿te importaría que durmiera fuera esta noche? La verdad es que creo que debo hacerlo.

—Me importa, pero probablemente lo harás. Está bien, Jupiter. Pero ten cuidado.

Tía Matilda colgó.

Jupe dejó el teléfono y se dispuso a volver al departamento de mobiliario y a su sofá. Empezaba a considerarlo su base. Se sentó dispuesto a dejar transcurrir las largas horas hasta la mañana.

No tardó en darse cuenta de que tenía apetito. Recordaba haber leído una historia de unos chicos que quedaron encerrados en unos almacenes durante la noche. Habían arrasado el frigorífico del restaurante. Pero Jupe no había visto ninguno cuando estuvo paseando por los almacenes aquella tarde. No debía haberlo. Becket no necesitaba restaurante; había cantidad de cafeterías en las galerías.

¿Y si buscaba algo de comer? Debe haber una sección de pastelería o un departamento que vendiera alimentos para *gourmets*.

Decidió no hacerlo. Demasiado arriesgado.

Sus ojos se cerraron. Volvió a dormirse, y soñó que estaba en casa de Pilcher y que alguien llamaba a la puerta con los nudillos. En su sueño sabía quién era… Jeremy Pilcher. El viejo coleccionista quería entrar.

—¡Ya voy! —gritó Jupiter—. ¡No se vaya! ¡Ya voy!

Con un esfuerzo poderoso se incorporó. ¡Era de día! Y vio gente delante de él que le miraba, le señalaba y reía. Era gente mañanera con trajes de ejecutivos y periódicos debajo del brazo. Uno de ellos golpeaba continuamente el cristal del escaparate.

¿Qué escaparate? Allí no había ningún escaparate cuando se sentó por la tarde en el sofá. ¿Por qué lo había ahora?

Cayó en la cuenta de que en la oscuridad se había confundido de sección de mobiliario. No estaba en el sofá que escogiera ayer, sino en otro distinto. ¡La gente se había congregado en el exterior para ver a Jupe durmiendo en un escaparate de los Almacenes Becket!

Jupe se levantó de un salto. De un momento a otro, los guardas de seguridad vendrían a detenerle. ¡Llamarían a la policía! Avisarían a tía Matilda y tío Titus.

Ahora oía a los guardas. Estaban abriendo la entrada de empleados.

Jupe corrió a esconderse detrás de un buró americano.


TEXACO

Alguien llegaba presuroso por el pasillo.

—¡Estaba aquí! —dijo un hombre—. Aquí mismo. ¡Se habrá escondido en alguna parte!

Otro hombre pasó muy cerca del buró.

—¿Cómo es que su equipo de limpieza no lo descubrió anoche? —preguntó una voz ronca.

—No podemos registrar todas las butacas una por una —contestó el primero.

Cuando los hombres pasaron de largo, Jupe asomó la cabeza y les vio cerca del escaparate. Miraban el sofá como si éste pudiera decirles dónde estaba.

Detrás de Jupe se oyó otro ruido. Se volvió. Un hombre delgado con un mono verde oliva accionaba el panel de control cerca de la entrada principal de los almacenes que elevaba la gran persiana metálica que cerraba la entrada.

El camino estaba libre.

Jupe pegó un salto y pasó como una exhalación junto al hombre del mono verde. Alguien gritó mientras salía de las galerías por una puerta automática para dirigirse a la zona de aparcamiento.

Su bicicleta seguía allí con el candado puesto. Casi se le cayeron las llaves con el nerviosismo, pero consiguió abrirlo. Sacó su bici y pedaleó mientras seguían gritando tras él.

Jupe no se volvió a mirar. ¡Algunas veces lo más sensato es correr para salvar el pellejo!

CAPÍTULO 11
EL LIBRO DEL CAPITÁN

—Yo no creo en fantasmas —declaró Jupiter con el ceño fruncido.

—De acuerdo, continúa diciéndolo —replicó Pete—. Pero si no era un fantasma, ¿qué fue? Pasó por mi lado en el pasillo, y le oí aunque no pude verle. Y sentí frío cuando pasó. He oído esas historias de que las habitaciones se enfrían cuando hay un fantasma. Creo que el policía que estaba en la escalera lo sintió también. Le vi estremecerse.

—Lo que sintió fue una corriente de aire —intervino Bob—. Lo mismo que tú. La casa Pilcher es vieja y tiene muchas rendijas.

Los Tres Investigadores se hallaban en el Puesto de Mando. Jupe estaba sentado detrás de su escritorio, con aspecto desaliñado y ojos de sueño después de aquella noche pasada en los almacenes. Pete estaba despierto, pero tenía los ojos demasiado abiertos, como el que está demasiado excitado para poder relajarse. Únicamente Bob parecía haber pasado una buena noche de descanso.

Bob había llevado consigo los libros de la biblioteca al Puesto de Mando y ahora abrió uno de ellos.

—¿Os preocupa de verdad que fuera un fantasma? —dijo—. Cualquier encantamiento que pese sobre la buhardilla de los Pilcher llevará allí mucho tiempo, y no habrá decidido de pronto llevarse al señor Pilcher a la Zona de las Tinieblas. Se supone que hemos de encontrar al viejo o al libro del capitán. Tal vez podamos hacerlo si sabemos algo más del mensaje del ordenador. Y ahora, camaradas, no quiero vítores ni aplausos ni nada, ¡pero he encontrado Sogamoso!

Jupe se espabiló al instante.

—¿Tú sabes quién es Sogamoso?

—No quién es —replico Bob—, sino qué es. Es una pequeña ciudad de Sudamérica… en Colombia. Sólo tiene cuarenta y nueve mil habitantes, poco más o menos, de manera que, si Marilyn fuese allí y preguntara por la vieja mujer… bueno, alguno de los ciudadanos de la localidad podrían saber de qué se trata.

—De acuerdo, ella pregunta por la mujer vieja. Pero tiene que asegurarse de que no se lo pregunta a nadie que se llame Navarro —dijo Bob.

—No —Jupe meneó la cabeza—. Navarro no está en Colombia. Por lo menos no estaba allí cuando Pilcher introdujo el mensaje en el ordenador. Pilcher no estaba seguro de que Navarro fuese legal y mencionó el SIN… cuyas iniciales casi siempre corresponden al Servicio de Inmigración Nacional. Así que Navarro puede ser un extranjero indocumentado, lo cual significa que está aquí en Estados Unidos.

—De acuerdo —contestó Bob—. De modo que, hasta que se marche a Sogamoso, Marilyn tiene que buscar a un inmigrante ilegal llamado Navarro. Eh, quizá fue ese Navarro el que te asaltó en la buhardilla, Jupe. No el invisible sujeto que pasó junto a Pete. El otro.

—Desde luego, ése no era ningún fantasma —replicó Jupe—, sino una persona de carne y hueso.

Sonó el teléfono.

—Probablemente será Marilyn para preguntar qué estamos haciendo —dijo Pete—. Anoche se fue a casa de su madre. No quiso quedarse más tiempo en casa de su padre.

—No se lo reprocho —fue el comentario de Jupe.

Pero, cuando cogió el teléfono, no era Marilyn Pilcher quien llamaba, sino Luis Estava, el hombre que los muchachos conocieron como Ray Sánchez.

Jupe había instalado un altavoz que permitía a todos los que estuvieran en el Puesto de Mando oír la conversación telefónica. Ahora colocó el aparato encima del altavoz para que Pete y Bob pudieran escuchar.

—Me sorprende oírle, señor Estava —le dijo Jupe—. Ayer huyó de nosotros.

—Llámame Ray, ¿quieres? —dijo Estava—. Es mi diminutivo, y

así es como me llaman mis amigos. Y ayer me pareció que largarme era lo más sensato. Hoy no estoy seguro. Acabo de recibir la visita del Departamento de Policía de Rocky Beach. Ignoraba que estuvieran tan preocupados por la desaparición de Pilcher, pero parece que se están moviendo. Y también parece que yo soy sospechoso.

—Usted tenía un motivo para hacerle daño —dijo Jupe.

—Pues, sí —admitió Estava—. Yo quería que el viejo tunante pagara por arruinar el negocio de mi padre, pero que pagara con la misma moneda… con su negocio. Tendría que estar más enfermo que él para hacerle daño físicamente. ¡Es un viejo!

En su tono había una sincera indignación. Jupe miró a sus amigos.

—Parece que lo dice en serio —murmuró Bob. Jupe asintió.

—De acuerdo, le creemos. ¿Pero por qué llama? No puede importarle tanto lo que nosotros pensemos.

—Sí me importa —replicó Estava—. Marilyn tiene fe en vosotros, y supongo que yo también. Quiero deciros que, si puedo ayudar a encontrar al viejo Pilcher, lo haré. A menos que alguien localice al viejo pirata, puedo pasarme el resto de mis días siendo un sospechoso. De manera que, si se os ocurre algo que yo pueda hacer, me llamáis.

—Se me ocurre una cosa ahora mismo —contestó Jupiter—. ¿Sabe usted algo de Sogamoso?

—¿Soga… soga quién? —dijo Estava.

Jupe repitió el nombre. No significaba nada para Estava. Ni tampoco Navarro.

—Conozco a varios Navarro —admitió el secretario—. El algunas zonas es como llamarse Pérez. No obstante, ninguno de mis amigos conoce a Pilcher.

—¿Oyó usted al señor Pilcher mencionar alguna vez las lágrimas de los dioses? —preguntó Jupe.

—¿Lágrimas de los dioses? Tú bromeas.

—No. Esas lágrimas, sean las que sean, parece que eran muy importantes para el señor Pilcher.

—Lo siento —dijo Estava—. No recuerdo nada.

—Una pregunta más —dijo Jupe—. Sogamoso está en Colombia, y Colombia es una de las mayores productoras de cocaína. ¿Cabe la

posibilidad de que el señor Pilcher estuviera metido en el tráfico de drogas?

—Rotundamente no. Se oponía violentamente a las drogas —contestó Estava—. Pilcher solía despedir a sus empleados si se rumoreaba que consumían drogas ilegales. Pregunta a Marilyn si no me crees.

Jupe le dio las gracias. Estava hizo que Jupe anotara su número de teléfono y colgó.

—Este caso está lleno de cabos sueltos —comentó Jupe—, y ninguno nos lleva a ninguna parte. No creo que estemos más cerca de encontrar al señor Pilcher de lo que estábamos hace dos días.

—Apuesto a que Sogamoso tampoco no va a servir de ayuda —observó Pete—. Para cuando Marilyn llegue allí y encuentre a la mujer vieja, su padre puede estar muerto.

—De muerte natural —convino Bob—, por ejemplo, de viejo. De acuerdo, ¿qué hacemos ahora?

—La señora Pilcher sugirió que registrásemos el *Bonnie Betsy* —contestó Jupiter—. Ya hemos pasado toda la casa por un tamiz, ¿por qué no probar en el yate? Marilyn debe saber dónde está amarrado.

—Y si encontrásemos el libro del capitán, ello podría rescatar a su padre —continuó Bob—. Entonces él le diría directamente lo que significa la mujer vieja y las lágrimas de los dioses.

Jupiter telefoneó a la casa de la señora Pilcher en Santa Mónica. Marilyn contestó al teléfono. Les dijo que el yate de su padre estaba en el dique seco del Club Marítimo de la Costa Central.

—Es ese puertecito de Bowsprit Drive —les dijo—. Telefonearé para decirles que iréis y que os dejen subir a bordo del yate.

Rápidamente los muchachos subieron a sus bicicletas para enfilar la autovía de la costa. Les costó veinte minutos de pedaleo rápido llegar hasta el desvío de Bowsprit Drive.

Bowsprit era una lengua de terreno que se adentraba en el océano más de un kilómetro. Un club de yates y una serie de tiendas de náutica ocupaban el lado sur de esta escollera. En el lado norte había varios atracaderos. El Club Marítimo de la Costa Central estaba a medio kilómetro de la autovía, protegida por una verja gigante donde unos guardas de seguridad uniformados montaban guardia en una pequeña caseta.

Jupiter y sus amigos se detuvieron delante de la verja y Jupe se identificó.

—Oh, sí, la señorita Pilcher ha telefoneado —dijo el guarda—. Yo esperaba a alguien de más edad, pero si la señorita Pilcher dice que os deje pasar, no hay inconveniente. Firmad aquí.

Y les entregó una libreta. Firmaron y él anotó la hora al lado de sus firmas, luego cogió un manojo de llaves de una tabla colgada detrás de él y se las entregó a Jupe.

—Los camarotes y la timonera del *Bonnie Betsy* están cerrados con llave. Las necesitaréis.

Señaló hacia la derecha.

—Bajad por ahí, pasad la goleta… ésa a la que le están limpiando el casco, y veréis al *Bonnie Betsy*. Está en el dique seco. No os podéis equivocar. Es un barco grande con el casco negro y el nombre en letras doradas en la popa.

Los muchachos le dieron las gracias y siguieron pedaleando contra la brisa fresca que les llegaba del océano. Las gaviotas describían círculos sobre sus cabezas con sus agudos chillidos. El aire estaba impregnado de olor de las algas y las redes puestas a secar sobre los cascos de las barcas que habían sido sacadas del agua para ser reparadas.

La mayor parte de las embarcaciones eran grandes veleros de recreo, de madera o fibra, de veinte o treinta metros de largo. El *Bonnie Betsy*, cuando lo encontraron, resultó ser totalmente distinto. Era como un transatlántico en pequeño. Tenía el casco de acero negro y una superestructura pintada de blanco que le daba el aspecto de un crucero de lujo.

—¡Uau! —exclamó Pete—. ¡El viejo Pilcher no se anduvo con bromas cuando compró este barco!

—Aquí sí que no ahorró ni un céntimo —añadió Bob.

El barco no había sido sacado del agua como los yates pequeños que los muchachos habían visto, sino que estaba en un recinto de cemento llamado dique seco. Unas compuertas gigantes cerraban el acceso al mar. El agua había sido bombeada para dejar al *Bonnie Betsy* en seco, descansando sobre unos picaderos de acero en el interior del dique.

Una pasarela llevaba del embarcadero al barco. Jupe fue el primero en cruzarla. Al pisar la cubierta del barco de Pilcher, dejó

escapar una ligera exclamación de sorpresa y también de decepción.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Bob.

—Nada, supongo. Pero esperaba sentir lo que suele sentirse cuando se sube a un barco. ¿Verdad que parecen vivos? Todo se mueve. ¡Y éste está… tan muerto!

—Sí —convino Pete—, como si estuviera construido sobre terreno firme con unos cimientos de diez metros.

Los muchachos subieron por una escalera para llegar al puente, y Jupe sacó las llaves que le entregara el guarda de seguridad. Cuando encontró la adecuada, abrió la puerta de la timonera. Entraron y vieron los cristales de las ventanas empañados y manchados de salitre. Debajo de las ventanas había armarios con cajones. La timonera estaba muy pulcra y ordenada.

—Yo esperaba más desorden —comentó Bob—. El señor Pilcher tiene tantos trastos por todas partes…

—Tal vez piense de un modo distinto respecto a los barcos —repuso Jupe—. Los barcos no suelen llevar demasiados cachivaches.

—O quizás haya encontrado a algún capitán que no le permite desordenar el puente —sugirió Pete.

Jupe abrió un cajón de uno de los armarios. Vio mapas bien colocados unos encima de otros. Los revisó. Eran cartas marinas de los arrecifes y hondonadas. Varios eran de las aguas de la costa de América del Sur.

—Me pregunto si va con mucha frecuencia a Colombia —dijo Jupe.

—Sogamoso no es una ciudad portuaria —le dijo Bob—. Para ir allí tiene que viajar desde la costa… o quizá desde uno de los puertos de Venezuela.

—Eh, yo creí que habíamos venido a buscar el libro del capitán —dijo Pete—. ¿Dónde está?

—Buena pregunta. —Bob empezó a abrir un cajón tras otro y rebuscó entre los mapas. Jupe se puso a registrar los armarios y Pete los estantes abiertos. Los muchachos encontraron libros e instrumentos de navegación, pero nada que pudiera tener relación con un capitán del ejército.

Cuando hubieron registrado hasta el último rincón de la timonera, Jupe cerró la puerta con llave y bajaron a la cubierta principal. Los camarotes daban a las cubiertas de ambos costados

del barco, y se dispusieron a registrarlos.

La mayoría no habían sido utilizados. Las literas y camas aparecían sin sábanas y con los colchones levantados. Había señales de que las dependencias de la tripulación habían sido ocupadas recientemente. Uno de los hombres había dejado una camiseta arrugada debajo de su litera. Había paquetes de cigarrillos vacíos y pedazos de papel en las papeleras.

Los Investigadores llegaron al fin a un camarote más grande que los demás. Las persianas estaban echadas y se veía muy poco. Cuando Jupe accionó el interruptor de detrás de la puerta, la luz no se encendió.

—Supongo que no debe haber energía a bordo del *Bonnie Betsy* —dijo Jupe—. Está muerto de verdad.

Dejó la puerta abierta para tener algo de luz antes de entrar en el camarote. Una cama grande estaba cubierta por una funda de plástico, lo mismo que las sillas y mesas. En el otro extremo, había muchos estantes, todos con una pequeña barandilla para evitar que los objetos se cayeran cuando hubiera oleaje.

Jupe vio una linterna en uno de los estantes. Fue a cogerla y, una vez encendida, la dirigió a un lado y a otro.

—¡Sí, éste debe ser el camarote del viejo Pilcher! —exclamó Pete.

Los estantes estaban revueltos con el estilo que ahora los muchachos asociaban con el viejo coleccionista. Libros y papeles por todas partes. Un par de pelotas de tenis usadas revueltas entre los libros. Un guante de piel descansaba cerca de un trofeo de bolos con el que el Club Westside Keglers había premiado a Ernesto J. Krebs.

—¿Por qué tendrá Pilcher un trofeo que ha ganado otro? —preguntó Bob.

—Porque estaba ahí —contestó Pete.

Jupe dio un paso hacia adelante para acercarse al trofeo y casi se cayó al tropezar con un montón de cosas que había en el suelo. Uno de los estantes se había partido separándose de la mampara, y los libros y papeles se habían caído sobre la alfombra. Jupe se inclinó para recoger un libro que estaba encima de aquel montón. Era un volumen extremadamente viejo con las cubiertas de piel sujetas con un cierre que lanzó un destello metálico cuando Jupe lo

iluminó con la linterna. La encuademación era tan antigua que dejó fragmentos de cuero en los dedos de Jupe.

Jupe contempló con el ceño fruncido el dibujo repujado en la parte delantera del libro. Dos espadas cruzadas sobre un escudo.

Jupe miró a sus amigos.

—¡Creo que hemos encontrado el libro del capitán!

Se volvió hacia la puerta dispuesto a salir a cubierta, pero le bloqueaba el paso un hombre robusto, de hombros anchos, enfundados en una camisa azul.

—¿Qué tienes ahí? —dijo el hombre, alargando una mano callosa—. ¡Tú no vas a ninguna parte con eso! ¡Dámelo!

CAPÍTULO 12
LÁGRIMAS DE LOS DIOSES

Jupe intentó defender el libro, pero no pudo. El hombre de la camisa azul le sacó en volandas a cubierta y se lo arrebató. A Jupe no le fue posible hacer nada. Aparecieron otros dos hombres fornidos. Uno de ellos llevaba un trozo de cañería en una mano y lo golpeaba contra la otra, mientras miraba a Jupe como si de verdad quisiera golpearle con él.

—Estamos hartos de que saltéis por la verja para robar —dijo—. Esta vez no vamos arrojaros por la puerta. Os vais a quedar un rato para que sepáis lo que les ocurre a los gamberros.

—¡Nosotros no somos gamberros! —exclamó Jupe indignado—. Estamos aquí por orden de la señorita Marilyn Pilcher. Hemos firmado en la entrada. Pregúntele al guarda.

Los hombres se miraron dudando, ninguno de ellos estaba dispuesto a reconocer que podían haberse equivocado.

—Si algo malo nos ocurre tendrán que responder ante la señorita Pilcher —dijo Jupe.

—Y eso para empezar —declaró Pete.

—Somos amigos del comisario de policía Reynolds —añadió Bob —. ¡Adelante! Llamen al Departamento de Policía de Rocky Beach y díganles que tienen a Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. ¡Ya verán lo que les dicen!

—¿Qué opinas, Bo? —dijo uno de los hombres.

—Tratan de engañarnos —respondió el hombre que tenía el libro. Pero miró hacia la verja donde los muchachos habían firmado —. Voy a asegurarme —dijo el tercer hombre, que salió corriendo hacia la puerta.

Los otros esperaron y a los pocos minutos regresaba acompañado del guarda. Miró a los muchachos, hizo un gesto de asentimiento y dijo:

—Sí, son ellos. Yo les dejé pasar no hace ni media hora.

—Oh. —El individuo del libro pareció muy decepcionado—. Está bien, podéis volver a lo que estabais haciendo —les dijo.

—Quisiera ese libro, si no tiene inconveniente —le pidió Jupiter.

El hombre se lo entregó.

—Lo siento, chico, pero hemos tenido muchos problemas aquí.

Los hombres se marcharon y el guarda regresó a su puesto. Jupe y sus amigos le vieron marchar. Cuando hubieron desaparecido entre la jungla de yates atracados que llenaban el puerto, Jupe exhaló un profundo suspiro y miró el libro que tenía en la mano.

—Estás temblando —le acusó Pete.

—¡Tonterías! —replicó Jupiter mientras ordenaba mentalmente a sus manos que se estuvieran quietas—. Esos hombres no hablaban en serio. No nos hubieran hecho nada.



Levantó el cierre que mantenía el libro cerrado y alzó la cubierta. El lomo crujió como si fuera a partirse lanzando las hojas por el suelo. Mas el libro no se partió y Jupe fue pasando las páginas. Eran frágiles como las hojas de otoño, secas y propensas a quebrarse. En mitad del libro varias páginas habían sido cortadas.

—Es un diario, o algo parecido —dijo Jupe—. Está manuscrito, y hay varias fechas. Empieza en «Enero». Así es como se llama en español el primer mes del año. El día primero de enero, el capitán… si fue él quien escribió el libro… estaba en… en un lugar llamado Santa Fe de Bogotá.

—¡Bingo! —exclamó Bob—. Bogotá está en Colombia. Así que tiene relación con Sogamoso. Sogamoso también está en Colombia.

—¡Cierto! —Jupe quería parecer tranquilo, pero le brillaban los ojos—. De modo que hemos de suponer que el mensaje del ordenador está relacionado con el secuestro de Jeremy Pilcher. En realidad, puede estarlo del todo.

—¿Pero y el libro? —dijo Pete—. Jupe, tú sabes español. ¿De qué trata?

Jupe frunció el entrecejo. Muchas palabras le eran desconocidas, y la tinta era de color marrón y descolorida. La escritura era enrevesada y las páginas estaban atestadas de caracteres antiguos… hasta el punto de que las líneas se juntaban.

—No sería capaz de leer esto —confesó Jupe—. Ni aunque estuviera en inglés.

Bob miró por encima de su hombro.

—¡Sí! —dijo—. Parece uno de esos documentos antiguos donde todas las eses parecen efes.

—¿Y qué estamos esperando? —preguntó Pete—. Apuesto a que si le preguntamos al doctor Barrister, él conocerá a alguien que lo sepa leer.

Se refería al Dr. Henry Barrister, un profesor de antropología de la Universidad de Ruxton, en el cercano Valle de San Fernando. El Dr. Barrister había ayudado a los muchachos en anteriores ocasiones cuando necesitaron información sobre medicina popular, magia y brujería. Tenía muchos amigos en la facultad de Ruxton, y sus concimientos especializados eran una bendición para los jóvenes investigadores.

—El doctor Barrister puede ahorrarnos muchísimo tiempo —

concedió Jupe—. Sin embargo, no podemos llevar el libro a Ruxton sin hablar antes con Marilyn Pilcher. Ella nos pidió que buscásemos el libro del capitán para poder rescatar a su padre. Quizás a ella no le importe saber para qué quería el libro el secuestrador, con tal de que su padre esté a salvo.

—Oh sí —contestó Pete—. A veces me olvido del secuestro. Quiero decir, que cuesta trabajo creer que alguien quiera de veras al viejo Pilcher. ¡Es fácil dejarse llevar por el interés de resolver un rompecabezas y olvidar por qué nos ocupamos del caso!

Jupe asintió mientras cerraba la puerta del camarote de Pilcher. Luego los muchachos devolvieron las llaves al guarda de la entrada y buscaron un teléfono. En primer lugar intentaron hablar otra vez con Marilyn Pilcher en casa de su madre en Santa Mónica, pero sólo les respondió el contestador automático. Jupe dejó recado, y luego telefoneó a la casa de los Pilcher en Rocky Beach.

La señora McCarthy se puso al teléfono.

—Espera un momento que voy a buscarla.

Cuando Marilyn se puso al aparato, Jupe le habló de su hallazgo que al parecer era el diario de un capitán. Marilyn no dijo nada de momento, pero Jupe oyó cómo exhalaba un profundo suspiro. Como el del nadador que lleva mucho rato debajo del agua. Ahora ella había subido a la superficie y respiraba de nuevo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó al fin.

—Queremos saber si desea averiguar por qué es tan importante ese libro, o quiere entregárselo al secuestrador y no preocuparse más por él.

Marilyn vacilaba.

—Tenemos bastante tiempo —dijo—. Ese hombre volvió a llamar. Yo le dije que seguíamos buscando el libro, que era difícil por qué no sabíamos con exactitud lo que buscábamos, y él respondió: «Un día más. Tiene usted un día más, pero ya no esperaré más tiempo».

—De manera que tenemos hasta mañana —exclamó Jupe, que a continuación le explicó lo del doctor Barrister—. Él debe conocer a gente que pueda leer manuscritos antiguos. ¿Quiere que llevemos el manuscrito a Ruxton?

—Quizá será lo mejor —respondió Marilyn después de una pausa—. Si entregamos algo que mi padre desea de veras, puede

darle un ataque. Aunque salvásemos su vida, le daría el ataque. Él es así. Adelante. No tenemos nada que perder, porque yo no tengo contacto con ese individuo, quienquiera que sea, para hacerle saber que ya lo hemos encontrado.

Se detuvo unos instantes antes de continuar:

—De todas maneras yo no debo tener el libro en mi casa. Alguien estuvo aquí anoche cuando me fui con mi madre y han registrado mi habitación. Pude ver que los cajones de mi escritorio no estaban como yo los había dejado. Alguien lo sacó todo y luego volvió a meterlo. Si ha sido el hombre que tiene a papá, también tiene sus llaves, ¿no? Puede entrar y salir cuando le plazca.

—Avise a un cerrajero —le aconsejó Jupe—. Cambie las cerraduras. De acuerdo, nos pondremos en contacto con el doctor Barrister y le comunicaremos lo que haya.

A continuación, Jupe telefoneó al doctor Barrister en Ruxton. Tuvo suerte. Aunque habían empezado las vacaciones de verano, el profesor seguía acudiendo a su despacho cada día. Prometió esperar a los tres amigos.

Los Investigadores volvieron corriendo a la chatarrería y suplicaron a tío Titus que les llevara a Ruxton.

—¿Necesitáis que os lleve a Ruxton? —dijo tío Titus. Sonriente se retorció un extremo de su bigote—. Prometí a tía Matilda ir a entregar unos ladrillos a un hombre que vive al norte de Hollywood —dijo—. Tendré que pasar por Ruxton. El camión ya está cargado. Vamos. No nos entretengamos. ¡Vamos!

Los tres muchachos subieron a la parte posterior del camión más pequeño de la chatarrería y partieron hacia la autovía. En menos de una hora tío Titus les dejó en el campus de Ruxton prometiendo recogerles más tarde.

El doctor Barrister estaba en sus despacho con un amigo… un hombre flaco con una calva reluciente.

—Este es el doctor Eduardo Gonzaga —dijo el doctor Barrister —. El doctor Gonzaga dirige nuestro departamento de Lenguas Romances. Siente un especial interés por los manuscritos españoles.

Jupe sacó el libro del capitán con una sonrisa, para entregárselo al doctor Gonzaga.

El Dr. Gonzaga lo abrió para mirar la primera página.

—¡Ah! —exclamó. Y pasó la página, y otra, y otra. Una gran

sonrisa iluminó su rostro—. ¡Increíble! —fue su exclamación.

—¿De qué se trata? —preguntó Jupe.

—Uno de enero, en Santa Fe de Bogotá —leyó el Dr. Gonzaga mientras volvía a la primera página—. El autor escribe que, después de oír misa y haber rezado por el pueblo de Nueva Granada para que Dios premie sus esfuerzos, en el palacio le esperaba una carta de Su Graciosa Majestad el Rey Don Carlos.

El Dr. Gonzaga alzó los ojos del libro.

—Es posible que aquí tengáis un tesoro auténtico —les dijo—. El autor de este diario probablemente era un capitán. Menciona una residencia de oficiales y Su Majestad le escribió, por lo cual no es probable que fuera un simple soldado raso. Tendrá que verificarse, por supuesto. Existen medios para conocer la antigüedad de los libros. Podemos analizar el papel, la tinta y demás, pero a mí me parece que éste es el diario desaparecido de Alfonso Jiménez de Quesada.

—¿Desaparecido? —repitió Jupe como un eco.

Pete tragó saliva.

—¿Por… por qué desaparecido? ¿Qué le ocurrió?

—Alguna vez, hijo mío, a todos nos ocurre algo —contestó el Dr. Gonzaga—. La vida tiene un término y nadie vive eternamente. El capitán pilló un resfriado. En la antigüedad, podía ser algo serio, convertirse fácilmente en neumonía, cosa fatal. Hubo rumores de que uno de los sirvientes de infortunado capitán le descuidó durante su enfermedad y apresuró su muerte. Nadie podía tener plena certeza de ello, pero lo único que se supo entonces fue que el asistente del capitán desapareció después de su fallecimiento. Varios miembros de su compañía contaron que el capitán Jiménez escribía cada día su diario, pero ese diario jamás fue encontrado.

El Dr. Barrister sonrió a Los Tres Investigadores.

—Aquí tenéis un misterio —les dijo—. ¡Os encantará! Claro que ocurrió hace cuatrocientos años y ahora las pistas ya están frías.

—También puede haber oro por medio —continuó el doctor Gonzaga—. Cuando los españoles avanzaron a través de América del Sur reclamando tierras a diestro y siniestro para su rey y su reina, se llevaron el oro. Cargamentos de este precioso metal partían del Nuevo Mundo para España. Los españoles se apoderaban de todo lo que encontraban y luego hacían trabajar a los indios para

obligarles a que sacasen más de las minas. El capitán Jiménez quiso aliviar a los indios que trabajaban en las minas de oro de la crueldad con que eran tratados. Remontó el río con sus hombres y tuvo que luchar contra varias tribus. Sólo le quedaron 166 hombres y 60 caballos. Con estas fuerzas, conquistó un vasto imperio y descubrió el rico templo de Sogamoso. Llegó a ser mariscal y todos recuerdan al buen reformista.

Los muchachos guardaron silencio unos instantes, pensando en los acontecimientos del pasado, mientras se preguntaban cómo se relacionaban con el secuestro.

—Si este libro es realmente el diario desaparecido del capitán Jiménez, ¿será muy valioso? —preguntó Jupe al fin.

El Dr. Gonzaga pareció dudar antes de responder.

—¿Valioso? Bueno, ése es un término relativo. Podría tener interés para los académicos e historiadores, pero no sería un descubrimiento fabuloso… como el borrador de la Carta Magna o una carta de la Reina Isabel a Cristóbal Colón, por ejemplo. Nadie pagaría una fortuna por este libro.

El Dr. Gonzaga se puso el libro bajo el brazo.

—¿Pero para un estudioso? —exclamó—. ¡Fascinante! No veo el momento de sentarme a trabajar en la traducción y…

—¡Oh, no! —dijo Bob.

—¡No hay tiempo! —añadió Pete.

—¿Perdón? —La sonrisa del Dr. Gonzaga desapareció.

—El propietario más reciente del libro ha sido secuestrado —explicó Jupe—. El secuestrador pide el libro del capitán como rescate. Si este libro no es entregado mañana al secuestrador, no sabemos lo que podría pasar.

—Oh —replicó el Dr. Gonzaga—. Comprendo. ¿Yo… yo supongo que tampoco habrá tiempo para sacar fotocopias? No, claro que no. Esta clase de libros hay que enviarlos al laboratorio para que los fotografíen adecuadamente. Una máquina Xerox no puede hacerlo.

El Dr. Gonzaga se sacó el libro de debajo del brazo y durante unos segundos lo contempló como si fuese un tesoro incalculable.

Luego se lo entregó a Jupe con un suspiro.

—Espero que no vuelva a desaparecer —dijo—. Si por alguna remota posibilidad pudierais conservarlo…

—Naturalmente —contestó Jupiter—, usted sería el primero en

saberlo.

Los muchachos se dirigieron a la puerta, pero Jupe se volvió de pronto:

—¿Sabe usted algo de las lágrimas de los dioses? —le preguntó.

—¿Lágrimas de los dioses? —repitió el Dr. Gonzaga—. Ese es el nombre que algunos indios de Colombia dan a las esmeraldas. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tiene algo que ver con el libro?

—¡Es posible! —replicó Jupiter.

CAPÍTULO 13
TENDIENDO UNA TRAMPA

—¡Esmeraldas! —Bob se reclinó en su silla y sonrió al techo en el Puesto de Mando—. ¡Conquistadores españoles! ¡Un diario robado! ¡Un hombre que desaparece! ¡Vaya caso! Esperad a que se entere Héctor Sebastián.

El señor Sebastián era un escritor de novelas de misterio amigo de los muchachos. Siempre se tomaba un vivo interés por sus casos.

Jupe rió.

—Probablemente el señor Sebastián querrá que esperemos —dijo—, por lo menos hasta que encajen todas las piezas del rompecabezas.

Tenía la copia impresa del mensaje del ordenador encima de su mesa.

—Lágrimas de los dioses —exclamó—. Y todo para Marilyn, según este mensaje. ¿Pero dónde están las lágrimas? ¿Y qué tiene que ver el capitán Jiménez con ellas?

—Hay muchísimas esmeraldas en Colombia —dijo Bob—. Según esos libros de la biblioteca que leí, Colombia es el país con mayor producción de esmeraldas del mundo. Y parece que Marilyn tiene que ir a Sogamoso para encontrarlas. Quisiera saber si ese capitán tuvo algo que ver con las minas de esmeraldas o sólo con las de oro.

—Si Pilcher va a entregar a Marilyn un puñado de esmeraldas, será realmente una mujer rica —comentó Pete.

Jupe consultó su reloj.

—Es tarde. El día se acaba. Será mejor que la llame para contarle lo que sabemos hasta ahora —dijo. Se acercó al teléfono para marcar el número de la casa de Pilcher.

Marilyn contestó al segundo timbrazo.

—Soy yo —le anunció Jupe. Parecía nerviosa—. ¿Ha sabido algo más del secuestrador?

—No, pero no me aparto del teléfono. ¿Has averiguado algo por tu amigo de Ruxton?

—Sí. El libro que encontramos puede ser el diario de un capitán que vivió en Colombia hace varios cientos de años. Se dedicó a mejorar las condiciones de vida de los indios que trabajaban en las minas de oro. El diario desapareció al morir el capitán. No podemos tener la certeza absoluta de nada de esto sin dejar el libro al Dr. Gonzaga, amigo del Dr. Barrister, para que sea analizado. Pero no quisimos dejárselo.

—Hicisteis muy bien —dijo Marilyn.

—Una cosa más —continuó Jupiter—. Sabemos lo que son las lágrimas de los dioses. Así es cómo los indios de los Andes llaman a las esmeraldas.

—¿Esmeraldas? ¡Umm! —Marilyn guardó silencio un segundo y luego exclamó—: ¡Bien! Esmeraldas. Me pregunto qué habrá querido decir papá. ¿Acaso me deja un puñado de esmeraldas? ¿Y qué es todo ese enredo de la mujer vieja y el solsticio de verano? Suena a brujería… ya sabes, eso de que hay que ir a un cruce de caminos a la luz de la luna y enterrar una pata de conejo… cosas así.

—Después de que rescatemos a su padre, todo se aclarará —le dijo Jupe—. Ahora lo importante es que tenemos el libro y podemos pagar el rescate. ¿Va usted a pasar la noche en casa de su padre? ¿Quiere que alguno de nosotros se quede para acompañarla?

—Mi madre dijo que vendría, de manera que no es necesario —replicó Marilyn—. Ya os daré noticias en cuanto las tenga.

Y colgó.

Casi inmediatamente sonó el teléfono. Era Harry Burnside quien llamaba.

—Marilyn Pilcher me ha pagado la factura de su fiesta —le anunció—. Puedo pagar mis deudas, por lo menos de momento, y estoy saldándolas. ¿Queréis pasaros por la tienda para que os pague lo que se os debe?

—Pues claro —contestó Jupe.

Y después de colgar, guardó el libro en el archivador. Los

muchachos salieron al taller por el Túnel Dos y luego montaron en sus bicicletas.

El negocio del «servicio para fiestas» de Burnside se hallaba en una calle lateral de Rocky Beach. Al llegar los muchachos no había nadie en la tienda, de manera que pasaron a la cocina. Allí encontraron a Harry Burnside, sentado ante la mesa de cortar carne con el bolígrafo en la mano y un libro de cuentas abierto ante él. Una de las muchachas que había servido a los invitados en la fiesta de Marilyn Pilcher se disponía a marcharse. Les dijo adiós con la mano.

Burnside sonrió.

—Hola —les dijo—. Ya tengo preparado vuestro dinero y será mejor que lo recojáis enseguida. He calculado que os debo cuatro horas y media de salario mínimo, más un plus.

Y les entregó un sobre a cada uno.

—Así que ya he pagado a todos, excepto a Ramón, pero le pagaré en cuanto regrese de hacer una entrega.

—¿Ramón? —exclamó Jupe—. ¡Oh, Ramón es el lavaplatos que usted contrató! ¿No?

—Sí. Me ha estado ayudando durante una par de semanas de vez en cuando.

Bob abrió el sobre y contó los billetes.

—Eh, me ha dado demasiado —dijo.

—El salario mínimo más un plus —replicó Harry Burnside—. Yo no puedo pagaros el mínimo. Me haría sentirme tacaño y explotador. ¿Queréis un pedazo de pastel de chocolate? Ha sobrado de la fiesta de un niño que serví esta tarde y no me atrevo a comérmelo. Mi novia me dejará si engordo un kilo más.

—Es curioso, tía Matilda me dijo algo parecido esta mañana durante el desayuno —comentó Jupe—, aunque espero que no lo haya dicho en serio.

—El pastel está en la despensa —dijo Burnside—. En un estante detrás de la puerta.

Jupe fue a la despensa, una habitación pequeña y cuadrada que daba a la cocina. Las paredes estaban cubiertas de estanterías desde el suelo al techo, y allí Burnside guardaba las tabletas de chocolate, y tarros de harina y azúcar, latas de caviar y de aceitunas.

Jupe tuvo que cerrar casi la puerta para alcanzar el pastel de

chocolate. Mientras alargaba el brazo para coger el cuchillo que Burnside había dejado en el plato del pastel, su pie tocó algo blando.

Miró hacia abajo y vio una bolsa de plástico que habían dejado detrás de la puerta. Era de color rosa con grandes letras en rojo brillante. Una de las bolsas de los Almacenes Becket.

Jupe la contempló durante unos segundos. De modo que Harry Burnside había estado en Becket, pensó. Bueno, ¿por qué no? ¿Por qué no pudo ir a los almacenes a comprar algo que necesitase… una camisa o un par de zapatos? ¿Y qué si Ariago dirigía uno de los almacenes Becket para Jeremy Pilcher? Eso no significaba que Burnside y Ariago hicieran negocios juntos.

Pero mentalmente Jupe vio a Ariago salir corriendo de casa de la señora Pilcher. Volvía una y otra vez a su memoria. ¿Dónde estuvo Ariago mientras la señora Pilcher hablaba con Jupe? ¿Acaso estaba escondido escuchando?

¡Escondido! No había otra palabra. Si Ariago hubiese sido una visita ocasional hubiera estado en la sala de estar. Jupe no le vio, luego estaba escondido.

¿Por qué?

¿Podía estar Harry Burnside relacionado con él? ¿Era posible que aquel hombre tan simpático hubiera tenido parte en el secuestro de Pilcher? Era una posibilidad remota. Cierto que el nombre de Burnside no estaba en la lista del ordenador de Pilcher; eso significaba que Pilcher no conocía lo suficiente a Burnside para pedir información sobre él, pero no que Burnside no sintiera interés por Pilcher. Podía tener algún pariente a quien Pilcher hubiera perjudicado. O saber algo respecto al capitán y su misterioso diario. O quizás Ariago le sobornara. Burnside necesitaba dinero; tal vez no tuvo inconveniente en aceptar un soborno.

Había algo azul en los alto de la bolsa de plástico. Jupe se inclinó para tocarlo. Era un anorak. La bolsa cayó de costado. El anorak se salió.

Debajo había un periódico doblado. Jupe no lo tocó, se limitó a mirarlo.

Habían recortado algunos trozos de periódico. ¡Palabras! ¡Alguien había recortado algunas palabras de los titulares de la primera página!

EL ALCALDE DE TOKIO A HUNTINGTON HARBOR CON SALUDOS PARA LA CIUDAD HERMANA

Ese era un de los titulares y mentalmente Jupe puso la palabra que había sido recortada.

Era «vendrá». La segunda palabra de la nota del secuestrador.

—¡Eh, Jupe! —gritó Burnside desde la cocina—. ¿Vas a emplear todo el día en cortar ese pastel?

Jupe pegó un respingo. Volvió a meter el anorak en la bolsa y la apoyó contra la pared. Se apresuró a cortar tres pedazos de pastel, lo puso en un plato de papel y lo llevó a la cocina.

—No he cortado ninguno para usted —le dijo a Burnside.

—Gracias —repuso Burnside—. Mis buenos propósitos no duran mucho tiempo sin ayuda.

Bob y Pete se sirvieron su pastel. Jupe sacó un taburete de debajo de un mostrador y se sentó para comerse el suyo.

—¿Qué tal os va con la heredera, muchachos? —preguntó Burnside—. ¿Tenéis ya alguna pista? ¿Conseguirá que su padre vuelva?

—Va a intentarlo, pero es un trabajo difícil —contestó Jupe—. El secuestrador quiere una cosa llamada libro del capitán, como rescate, y Marilyn ni siquiera sabe lo que eso significa.

Bob y Pete dejaron de comer por un instante y Pete estuvo a punto de exclamar:

«¡Pero si nosotros lo sabemos!». Pero no lo dijo, sino:

—Podría apostar que hemos mirado más de siete billones de libros.

—Y unas cuantas toneladas de papeles antiguos —intervino Bob —. El señor Pilcher iba acumulando cosas que nunca desechaba.

Burnside se echó a reír.

—Apuesto a que la mayoría no valen un comino —exclamó.

—Más tarde iremos al Club Marítimo de la Costa Central —prosiguió Jupe—. ¿Conoce ese puerto deportivo de Bowsprit Drive? Pilcher tiene allí un yate en el dique seco: el *Bonnie Betsy*. La señora Pilcher ha sugerido que busquemos allí el libro. Me imagino que el barco estará tan lleno de cachivaches como la casa.

—Lo contrario sería una sorpresa —dijo Burnside que miró hacia la puerta—. Pasa, Ramón. Ya tengo tu dinero preparado.

Jupe, al volverse, vio al individuo de cabellos oscuros que

lavaba los platos en la fiesta de los Pilcher. Saludó a los muchachos con una inclinación de cabeza y fue a recoger el sobre que le entregaba Burnside.

—¿Habéis terminado? —preguntó Jupe a sus amigos. Acabó su pastel y Pete y Bob se apresuraron a dar cuenta de los suyos. Se despidieron de Harry Burnside y Ramón que estaba en la despensa, cortándose también, para sí mismo, un pedazo de pastel.

Los Tres Investigadores salieron por la puerta de atrás. Pasaron junto al camión de Burnside que estaba aparcado en el callejón y siguieron andando hasta salir a la calle. Una vez allí, Jupe se volvió a mirar.

—¿Qué significa todo lo que has dicho? —quiso saber Bob.

—¿Sí? ¿Por qué te enrollaste con eso del libro del capitán y de que vamos a ir al puerto más tarde? —preguntó Pete—. ¿Sabes algo que nosotros ignoramos?

—En la despensa había una bolsa de plástico —respondió Jupe —. Era de Becket. Ariago es el director de los Almacenes Becket. Eso podría no significar nada, pero había un periódico en la bolsa con algunas palabras recortadas de los titulares.

Bob contuvo el aliento.

—¡La nota del secuestrador!

—Exacto —replicó Jupe.

—¿Burnside? —dijo Pete—. ¿Burnside un secuestrador? No puedo creerlo. ¡Antes creería que tu abuelito es Drácula!

—Lo sé. —Jupe estaba ceñudo—. Parece imposible, pero yo vi el periódico. Tengo que creer lo que he visto.

—De modo que le has tendido una trampa —exclamó Bob.

—Exacto, él cree que el libro puede estar en el barco. Veamos lo que hará ahora.

Pete parecía preocupado.

—¡Si hemos de seguirle, necesitaremos un automóvil… enseguida!

Jupe asintió.

—Ray Estava dijo que quería ayudarnos. ¡Démosle una oportunidad!

CAPÍTULO 14
JUPE REFLEXIONA DE NUEVO

Ray Estava llegó en quince minutos. Conducía un coche sedán gris de aspecto deplorable con parachoques oxidados y abolladuras y arañazos en los costados.

—Se lo pedí prestado a un vecino —explicó mientras montaban los muchachos—. Con este coche nadie se fijará en nosotros. ¿A quién hemos de seguir?

—A Harry Burnside —le dijo Jupe—. Su tienda está allí. Saldrá de un momento a otro.

—¿Burnside? —Sánchez se extrañó—. ¿Está metido en este lío? ¡Pero si es la bondad personificada!

—Sé que cuesta creerlo —admitió Jupe—, pero he encontrado ciertas pruebas. ¡Mire! ¡Ahí está!

Jupe señaló la puerta posterior del establecimiento. Harry Burnside la estaba cerrando con llave.

Ray Estava puso el coche en marcha.

Burnside subió a su camión y se alejó.

Los muchachos se agacharon para que no les viera.

Burnside frenó al final del callejón para mirar a derecha e izquierda. Luego partió en dirección de la autovía de la Costa.

Estava le dio una manzana de ventaja antes de seguirle.

Burnside tuvo que parar ante un semáforo en el cruce de la autovía. Estava aminoró la marcha para que un camión cargado con tablas de surf le pasara y le separara del camión de Burnside.

—Sabe usted mucho —comentó Pete con admiración.

—He visto muchas películas de espías —contestó Estava.

La luz cambió y enfilaron la autovía en dirección a Bowsprit.

Jupe se puso tenso al aproximarse al desvío. Pero la camioneta de reparto pasó Bowsprit y siguió adelante por la autovía.

—¡Eh! —exclamó Bob—. ¡Eso no estaba en el guión!

Jupe no contestó.

En el Cañón Chaparral, Burnside frenó para girar a la derecha. A tres manzanas de la autovía había un edificio de apartamentos. Burnside aparcó delante y se acercó a la entrada donde llamó a un timbre.

Estava pasó la camioneta de Burnside y aparcó en la manzana siguiente desde donde los muchachos podían mirar por la ventanilla de atrás. Vieron a Burnside entrar en el edificio y, a los pocos minutos, salir de nuevo acompañado de una joven… una joven muy bonita con larga melena oscura. Ambos subieron a la camioneta y, tras dar la vuelta en redondo, volvieron a la autovía.

—No se dirigía al puerto —vaticinó Bob—. Por lo menos esta noche.

Y así fue. Tomó la dirección sur hasta la Marina del Rey, donde la joven y él entraron en un restaurante.

—Lo imaginaba —dijo Ray Estava—. Lleva a su chica a cenar. No me sorprende… él no es un delincuente. ¡Creo que si llega a ir a ese barco me da un ataque al corazón!

Mientras Estava hacía estos comentarios, Burnside se detuvo un segundo ante la puerta del restaurante aguantando la puerta abierta para que la joven pudiera pasar antes que él. Tenía la cabeza vuelta y por un instante a Jupe le recordó a Jeremy Pilcher de pie ante la puerta de su cocina con la cabeza vuelta hacia Burnside y el lavaplatos, Ramón. Por un breve segundo Jupe vio otra vez el rostro de Ramón mientras éste miraba a Pilcher, y las palabras «ataque al corazón» de Estava resonaron en su mente.

—¡Oh! —Jupe se golpeó la frente con el puño—. ¿Cómo puedo ser tan torpe? ¡Claro que no fue Burnside! No podía ser él. Ahora lo recuerdo. Pilcher fue a la cocina porque una de las camareras había roto un vaso… ¡en ese momento empezó todo!

Guardó silencio unos instantes para concentrarse con los ojos cerrados.

—Harry Burnside estaba allí —dijo—. Colocaba la comida en las bandejas y ese individuo llamado Ramón estaba ante la fregadera con las manos mojadas y llenas de jabón. Hasta aquel instante no

hubo complot para secuestrarle. Apostaría mi vida. Pilcher no corría peligro… y luego de repente estaba en peligro mortal, y él lo sabía. Yo vi cómo ocurría, pero no lo comprendí.

Bob se inclinó hacia adelante.

—¿Qué es lo que no comprendiste? —le preguntó—. ¿Qué ocurrió?

—¿Recuerdas lo furioso que estaba Pilcher? Gritaba y Marilyn trataba de calmarlo. Entonces Ramón le miró y dejó caer un plato. A Pilcher casi le dio un ataque al corazón.

—Eso no tiene nada de extraño —dijo Ray Estava—. Cuando las cosas se rompían se ponía a morir… especialmente cuando era él quien debía pagar los platos rotos.

—¡No fue eso! —insistió Jupe—. En el instante en que se rompió el plato, Pilcher se fijó en Ramón por primera vez. Ramón le estaba mirando. Yo no pude ver la cara de Pilcher, pero sí vi a Ramón y tenía una expresión extraña en el rostro. Entonces pensé que era miedo, pero me equivoqué. No fue miedo lo que vi… sino odio. ¡Miraba a Pilcher como se mira a un gusano que hay que pisar! Ramón reconoció a Pilcher. Le conocía. Y Pilcher reconoció a Ramón. ¡Por es casi le dio un infarto!

Bob contuvo el aliento.

—¡Entonces Ramón debe ser… ese Navarro! —exclamó.

—Podría ser —contestó Jupe—. Podría ser la persona contra la que Marilyn Pilcher debía estar prevenida. Y, a menos que me equivoque, ahora está en el Club Marítimo de la Costa Central registrando el *Bonnie Betsy*. Volvió a la tienda de Burnside a tiempo de oírme hablar del yate.

—¡Vamonos! —Estava puso el coche en marcha, pisó el acelerador y volvieron a Bowsprit.

Era casi noche cerrada cuando se apoximaron al Club Marítimo de la Costa Central.

Pete temía que el guarda de seguridad no les dejara cruzar la verja.

—No es necesario que entremos por ahí. ¡Mirad! —exclamó Jupe.

Los otros lo vieron. El indeseable lavaplatos de Burnside quedó iluminado por los faros del coche de Estava mientras quitaba la cadena de la cerca que rodeaba el atracadero.

—¡No se detenga ahora! —exclamó Bob—. Que no sepa que le hemos visto. A menos que quiera que le atrapemos para obligarle a decir dónde está Pilcher.

—Será mejor que le sigamos —opinó Jupe.

Estava siguió adelante para dejar atrás a Ramón. Los muchachos miraron por la ventanilla posterior y vieron al hombre cómo saltaba desde lo alto de la cerca al suelo del atracadero. Luego echó a correr hacia la autovía.

Estava giró en redondo. Apagó las luces y utilizó únicamente las de situación al pasar de nuevo ante Ramón, que ahora iba a pie y levantaba el pulgar para que algún coche le recogiera.

—¿Le llevamos? —preguntó Estava.

—No, nos reconocería —replicó Jupe.

Estava entró en la autovía y se dirigió hacia el sur un par de manzanas y luego fue a detenerse en la zona de aparcamiento de un restaurante de pescadores. Los muchachos observaron por la ventanilla de atrás y vieron que una camioneta recogía a Ramón.

—Es una camioneta Chevy de color oscuro —dijo Jupe.

—Ya la veo —replicó Estava.

Dejaron pasar dos automóviles detrás de la camioneta durante todo el camino hasta Santa Mónica. En el Boulevard Lincoln, la camioneta subió por la rampa de salida y se detuvo. Ramón se apeó y el vehículo continuó su camino.

De nuevo Estava pasó al lavaplatos como si no le hubiese visto. Dobló una esquina y se detuvo. Los muchachos volvieron la cabeza para mirar.

Ramón caminaba con la cabeza gacha y los hombros hundidos.

Estava dio la vuelta para seguirle y luego le pasó, pero se detuvo para dejarle pasar de nuevo una y otra vez. Ramón no parecía sospechar que le seguían. No miró una sola vez hacia el coche gris.

Unas manzanas más abajo llegaron a una zona desértica donde el suelo estaba completamente desnudo, como si alguien hubiese pasado por él una navaja gigante.

—Aquí han estado derribando edificios antiguos —comentó Estava—. Probablemente levantarán una zona comercial. Aquí no se puede edificar viviendas. Está demasiado cerca de la autovía. Hay demasiado ruido.

Ramón era ahora tan sólo una sombra que se dirigía hacia unas

formas oscuras que había más allá de la zona rasa. Eran las siluetas de casas… vacías y en ruinas. Ramón desapareció entre dos de aquellos edificios al parecer desiertos.

—Será mejor que le sigamos a pie —dijo Jupe mientras abría la portezuela.

Todos se apearon y avanzaron en el mayor silencio posible hacia el lugar donde habían visto por última vez al lavaplatos.

—¿Adónde habrá ido? —susurró Pete cuando penetraron en la oscuridad que rodeaba las dos casas.

—¡Chisss! —le advirtió Jupe—. ¡Mira!

Había un ligero resplandor de luz… apenas una línea que asomaba por una de las casas abandonadas. Los jóvenes detectives se acercaron, un paso tras otro, con mucho cuidado, hasta estar lo bastante cerca para darse cuenta de que era una ventana. Tenía los postigos cerrados, pero la luz escapaba por entre los listones rotos.

La autovía discurría muy cerca de la casa y el claxon de un camión les sobresaltó.

Cuando el camión hubo pasado zumbando, Jupe acercó el ojo a una de las rendijas de los postigos. Vio una habitación con una cama y un escritorio. Una lámpara de petróleo ardía encima de éste. Ramón se hallaba de pie junto a la cama mirando al hombre allí tendido, y que parecía inconsciente. Estaba en parte de costado, con la cabeza vuelta hacia la ventana, la boca entreabierta y los ojos cerrados. Jupe vio una argolla en su tobillo desnudo, de la que partía una cadena. El otro extremo estaba sujeto a otra argolla de una losa de cemento del suelo.

Jupe se apartó de la ventana e hizo señas a sus amigos para que se acercaran.

—Hemos encontrado a Pilcher —susurró—. ¡Ahora tenemos que sacarle de aquí!

CAPÍTULO 15
¡LA TIERRA TIEMBLA!

Ray Estava y Los Tres Investigadores se retiraron por el terreno áspero hasta el otro edificio vacío para planear su próximo paso.

—Podemos entrar ahí por las buenas y llevarnos a Pilcher —dijo Estava—. Únicamente que tal vez no funcione el plan si ese individuo tiene una pistola. Si está armado y desesperado, podría ser el fin de Pilcher.

—Y de nosotros también —indicó Pete—. ¿Por qué no buscamos un teléfono y avisamos a la policía?

—De acuerdo —replicó Estava—. Yo iré a llamar. Cuando la policía llegue aquí y vea al viejo encadenado a la cama y al otro tipo a su lado, sabrá quién es el secuestrador y yo quedaré libre de sospechas.

»Mientras yo esté ausente, vosotros quedaos cerca de Pilcher, ¿eh? Por nada del mundo quisiera que le ocurriera algo ahora que lo hemos encontrado.

Y Estava se marchó sin aguardar la conformidad o el desacuerdo de los muchachos.

—Quizás uno de nosotros debiera haber ido con él —dijo Pete cuando se hubo apagado el ruido de sus pasos.

—¿Para qué? —dijo Bob—. Él ya sabe cómo avisar a la policía.

—Esperemos que les llame —deseó Pete—. Tiene muchísimas razones para odiar al señor Pilcher. Podría cambiar de opinión y dejarnos aquí tirados.

—¿Y de qué le serviría? —preguntó Jupe—. Sabe que no íbamos a quedarnos aquí para siempre. Avisará a la policía. Y tiene razón en lo de que no nos apartemos de Pilcher. No me gusta el aspecto

de Ramón. Puede estar a punto de hacer algo desesperado.

Los muchachos regresaron a la casa donde ardía la lámpara tras los postigos de la ventana. Jupe miró a través de la rendija. Ramón seguía junto a la cama mirando a su prisionero. A la luz escasa de la lámpara, se le veían las mejillas hundidas. Parecía haber pasado hambre demasiado a menudo durante su vida.

—Viejo, a mí no me engañas —decía a Pilcher a gritos como si el anciano estuviera sordo.

No había cristal en la ventana y su voz llegaba hasta los muchachos a pesar del ruido de la autovía.

—¡Estás fingiendo! —Ramón se inclinó para coger a Pilcher por el tobillo y sacudirlo—. ¡Puedes oírme! ¡Lo sé! ¡Así que no te hagas el enfermo conmigo!

En la ventana. Los Tres Investigadores estaban tensos. ¿Iba Ramón a lastimar a Pilcher? ¿Tendrían que intervenir antes de que Estava regresase con la policía?

—¡Quiero el libro! —gritaba Ramón cerca del oído de Pilcher—. Me lo he ganado. He pagado por él con años de mi vida… años de desgracia y de prisión. ¡Lo hubiera compartido contigo, pero eras tan avaricioso que lo querías todo! Fuiste tú quien lo dijo, ¿no? Fuiste a la policía cuando tuviste el libro en tus manos. Dijiste que sabías quien lo cogió. Me dijeron cuando vinieron a buscarme que tenían información. Me arrestaron. ¡A mí! ¡A Navarro! ¡Me metieron en una celda como a un delincuente común!

»¿Sabes lo que pasó cuando no pudieron encontrar el libro en mi habitación? Dijeron que lo había vendido. Dijeron que sólo había podido ser yo, de modo que me metieron en presidio.

»Y sé a dónde fuiste tú, Pilcher. ¡Al lugar donde podrías llenarte los bolsillos y convertirte en un hombre rico!

Ramón se apartó de la cama y, mientras se retorcía las manos, empezó a ir de un lado a otro de la habitación.

Pete miró en dirección al lugar por donde Estava había desaparecido. ¿Por qué no volvía? ¿Por qué tardaba tanto?

En el interior de la habitación iluminada, Ramón dejó de pasear para dirigirse de nuevo al hombre que estaba en la cama. Ahora habló en tono más bajo y los muchachos tuvieron que esforzarse para oír.

—Ahora juegas contrarreloj —le dijo—. Crees que tu hija

acudirá a la policía y te encontrará. Piensa que buscarán y buscarán hasta que al fin encuentren este lugar, y que te rescatarán como en las películas. No. Yo vigilo, y veo que ella no hace nada. Llama a esos jovencitos para no tener miedo en la oscuridad. O se va con su madre. La policía no hace nada. Y tú sigues aquí.

»¿Sabes dónde estás, Pilcher, mi viejo amigo? En un lugar donde nadie viene ni nadie oye. Tengo mucho tiempo. Puedo tenerte aquí hasta que me digas lo que debo saber. ¡Mira!



Se acercó a la ventana.

Pete contuvo la respiración y se apartó a un lado. Bob saltó en dirección contraria.

Jupe se echó hacia atrás y quiso esquivar, pero no fue lo bastante rápido. Ramón abrió los postigos que casi le dieron a Jupe en la cara.

Durante un segundo, Jupe y Ramón se miraron fijamente. Jupe no pudo moverse.

Luego Pete agarró a Jupe y tiró de él para apartarle de la ventana. El encanto se había roto. Los tres muchachos echaron a correr.

Oyeron gritar a Ramón. El postigo volvió a golpear contra la pared de la casa. Luego un portazo.

¡Ramón corría tras ellos!

Jupe se volvió a mirar. Ramón llevaba un arma en la mano. No era una pistola, sino una especie de garrote. A Jupe le pareció un bate de béisbol que en manos de Ramón sería un arma mortal.

Ramón no era joven, pero tampoco tan viejo como Pilcher, y muy fornido.

Jupe corrió todavía más deprisa, mientras Ramón gritaba amenazas en español y en inglés. Los muchachos no las entendían todas, pero sí que les llamaba hijos de perra, y también que les enterraría en cuanto les cogiera. Luego, dejó de gritar para correr más aprisa.

Pete exhaló un gemido ahogado y corrió a refugiarse al amparo de las sombras entre las dos casas abandonadas. Bob fue tras él, y Jupe literalmente se arrojó a la oscuridad.

No obstante, Ramón seguía corriendo. En pocos segundos iba a darles alcance y utilizaría el bate.

Pero ellos eran tres. Seguro que podrían forcejear hasta quitarle el palo y derribarle.

Pete decidió que era demasiado arriesgado. Incluso aunque al final ganasen, Ramón podría partirle la cabeza a uno de ellos antes de desarmarlo.

Pete agarró a Bob del brazo y tiró de él. Retrocedieron dando tumbos hacia la parte de atrás de la casa. Jupe trotaba tras ellos y se volvía de vez en cuando para ver lo cerca que estaba Ramón.

«Demasiado cerca», pensó.

De pronto Pete se puso a su lado señalando. ¡Una puerta! ¡Pete había encontrado una puerta! Podrían entrar en la casa vacía para esconderse.

Los tres muchachos caminaron a ciegas por el interior de la casa. Jupe andaba con las manos extendidas ya que la oscuridad era tan intensa que le daba la impresión de tener los ojos cerrados.

Una vez en el interior, se volvieron de cara a la puerta, y Jupe percibió la oscuridad ligeramente menos intensa del exterior. Oyó a Ramón que se detuvo junto a la casa. Su respiración era agitada. Jupe se lo imaginó apoyado cerca de la puerta, escuchando, en un intento de captar el menor susurro o sonido que pudiera indicarle dónde estaban los muchachos.

Al fin se movió. Jupe le oyó dar un paso y luego otro. Jupe retrocedió para apartarse de la entrada abierta.

Paso a paso, siguió retirándose hasta que encontró una pared a su espalda. Luego avanzó de lado. Pete estaba junto a él. ¿O era Bob? No importaba con tal de que estuvieran los tres juntos.

Al encontrar un vacío detrás de él, Jupe supo que se hallaban ante otra puerta. Había otra habitación contigua a la de la entrada. Jupe entró por ella caminando de espaldas. Sus compañeros le siguieron. De momento, estaban a salvo, pero sólo de momento. Ramón estaba ya en la puerta que daba al exterior, escuchando en espera de que sus presas se movieran.

Jupe miró a su alrededor con la esperanza de descubrir otra puerta o una ventana por donde salir de la casa. Sólo vio oscuridad.

¡Estava! ¿Dónde había ido? ¿Por qué no acudía con la policía?

Pete estaba en lo cierto, pensó Jupe con amargura. Estava había cambiado de opinión. Les había abandonado. Y ahora, a componérselas Como pudieran para salvarse. ¡Tenían que arremeter contra Ramón y arrebatarle el bate!

De pronto, la tierra bajo los pies de Jupe tembló. Fue una ligera sacudida, como si un camión pasara por la autovía.

¡Entonces la tierra rugió! El suelo se levantó. Bajó de nuevo para alzarse otra vez. El rugido era cada vez más fuerte, más fuerte. Lo llenaba todo como si no existiera nada más que aquel fragor y la casa se tambaleaba alrededor de Jupe. Las luces se encendían y apagaban con destellos semejantes a los relámpagos. ¡Los cables del tendido eléctrico exterior… chispeaban por los cortocircuitos!

Jupe cayó al suelo mientras oía el crujido de la casa vieja. Las vigas se salían de sitio y los clavos saltaban de la madera.

¡Un terremoto! ¡Era un terremoto! En cualquier instante, la vieja casa se vendría abajo. El tejado y las paredes caerían sobre ellos aplastándoles. ¡Tenían que salir!

Pero Jupe no podía salir. Ni siquiera levantarse. Permanecía tendido de bruces sobre el suelo agarrado con las uñas a la madera del suelo.

En cualquier momento la casa se desplomaría.

¡Jupe estaba atrapado!

CAPÍTULO 16
¡QUEJAS!

Las sacudidas continuaban. ¿No cesarían nunca? Jupe se agarraba al suelo obsesionado con la absurda idea de que iba a caerse si no se asía con fuerza a las tablas que había debajo de él.

Oía el crujido de las vigas y maderas a su alrededor. El tejado intentaba separarse de las paredes que lo sostenían. Se oyó el rumor prolongado de un derrumbamiento y Jupe pegó un respingo.

Una pared se había venido abajo. Una casa se desplomaba. ¿Era esto? ¿Jupe y sus amigos quedarían aplastados… y sepultados bajo los escombros?

El temblor cesó por fin. Jupe se incorporó muy asustado. Vio un rectángulo de luz en la oscuridad de la habitación y comprendió que era una ventana, y que, por consiguiente, la pared seguía allí. La casa no se había derrumbado. Jupe estaba a salvo. Lo mismo que Pete y Bob.

Pete habló en la oscuridad.

—¡No lo soporto! ¡Jamás me acostumbraré… jamás!

—Múdate a Illinois —replicó Bob en son de broma, pero estaba temblando.

Jupe se puso en pie. Cuando empezaron las sacudidas, Ramón estaba junto a la entrada con el bate en la mano. Ahora había desaparecido.

Jupe fue hasta la puerta y se asomó. Vio el aire denso por la polvareda, y se olía a humedad y a madera podrida de las casas viejas, pero no había ni rastro de Ramón.

Las luces de los coches brillaban en la autovía, pero el ruido había cesado. La corriente incesante del tráfico se había detenido.

La gente gritaba y sonaban las vocinas de los automóviles, pero nada se movía.

Sorprendido, Jupe se dio cuenta de que desde allí veía perfectamente la autovía. Minutos antes una casa se lo impedía. La casa había cambiado de forma. Ahora parecía más bien un cobertizo con el tejado inclinado. Tres de las paredes se habían desplomado y el techo se había venido a bajo, quedando tan solo apoyado en la pared restante como la tapadera inclinada de una tetera gigante.

¡Pero aquella era la casa donde Navarro tenía prisionero a Pilcher!

—¡Oh, no! —gimió Bob—. Está enterrado…

Una luz le interrumpió. Se acercaba un automóvil por el área despejada que rodeaba las casa siniestrada. Sus faros penetraron la oscuridad iluminando a Ramón, que contemplaba impotente los restos de la vieja casa. Se volvió hacia el coche. Sus luces le hicieron parpadear y no vio el segundo automóvil que iba detrás del primero. Era un coche de la policía.

Jupe sonrió. Había llegado la policía.

Ramón se volvió para mirar a los muchachos. Todavía llevaba el palo de béisbol en la mano. Los Tres Investigadores se pusieron en guardia. Si les atacaba tendrían que moverse deprisa.

Mas Ramón dejó caer el bate para echar a correr. Con la velocidad de un relámpago, desapareció detrás de la casa en ruinas.

El coche de la policía se detuvo. Las portezuelas se abrieron de golpe y dos oficiales saltaron para perseguir a Ramón gritándole para que se detuviera.

El otro automóvil también se detuvo y de él se apeó Ray Estava. Se movía casi tan rápido como los policías.

—¡Señor Pilcher! —gritó mientras corría hacia la casa derrumbada—. ¡Señor Pilcher! ¿Está bien?

Respondió una voz… aguda y cascada:

—¡Cómo voy a estar bien! ¡No sea estúpido! Acaba de caerme la casa encima. ¡No me diga que eso es estar bien!

Increíble, Jeremy Pilcher seguía con vida en aquellas ruinas… ¡vivo y quejándose!

Los policías reaparecieron. Alcanzaron a Ramón antes de que llegase a la autovía. Lo llevaban esposado y caminaba entre los dos agentes con la cabeza gacha.

—¡Ese es el secuestrador! —Bob se dirigió a los policías.

Ramón intentó librarse dando patadas y Bob se apartó.

Los agentes dejaron a Ramón en el asiento posterior del coche patrulla mientras Estava gritaba:

—¡No se preocupe, yo le sacaré, señor Pilcher!

—¡Pero no tarde toda la noche! —replicó el coleccionista cascarrabias.

En aquel momento Estava recordó quién era y por qué estaba allí. Pensó en su padre arruinado por el viejo avaro que yacía bajo los escombros.

—¡Señor Pilcher, por mí muérase! —exclamó. Se fue a su automóvil, se metió dentro y ya no hizo nada más por ayudar… ni siquiera cuando un tercer coche llegó a campo través con Marilyn Pilcher al volante.

—Estava debe haber telefoneado a Marilyn —supuso Pete—. No me extraña que haya tardado tanto en volver.

Marilyn venía con la señora Pilcher que ayudó a tranquilizar a la muchacha que quería entrar por la ventana de la única pared en pie para consolar a su padre.

—Déjelo en nuestros manos —dijo uno de los agentes—. Nosotros lo sacaremos.

—¡Parece que llevéis plomo en los pantalones! —gritó Pilcher—. ¡No os quedéis toda la noche charlando!

La casa crujía amenazando con venirse totalmente abajo.

Los dos agentes entraron por la ventana y los espectadores contuvieron el aliento. Por el momento Pilcher estaba a salvo. El tejado inclinado y la pared que permanecía en pie formaban una especie de tienda sobre el anciano coleccionista. Pero a menudo, los temblores de tierra se repiten después de un terremoto. Incluso el más leve temblor podía echar abajo el resto de la casa sepultando a Pilcher y sus salvadores.

No hubo más temblores de tierra, pero uno de los agentes se asomó por la ventana con el ceño fruncido.

—El viejo está encadenado al suelo —dijo—. Nadie nos lo ha advertido. —Y fue hasta su automóvil para pedir ayuda por radio.

Al fin llegaron los bomberos. Tardaron casi media hora, pero, en cuanto saltaron del coche, emprendieron la tarea de rescatar a Pilcher con la mayor eficacia. Dos de ellos entraron por la ventana

para supervisar la situación. Luego pidieron una sierra para metales y una palanca. Los muchachos oyeron lamentos y suspiros. A continuación entraron una camilla por la ventana. Poco después sacaban a Jeremy Pilcher.

Para entonces, ya había una ambulancia esperando.

—¡Con cuidado, torpes! —gritaba Pilcher mientras los enfermeros lo subían a la ambulancia.

—¡Oh papá! —Marilyn subió también para acompañar a su padre al hospital—. Papá… tómalo con calma por esta vez, ¿quieres?

En aquel instante hubo otro temblor de tierra y la vieja casa donde Pilcher había pasado su cautiverio se desplomó por completo levantando una densa polvareda.



CAPÍTULO 17
UN MISTERIO ANTIGUO

Los Tres Investigadores estaban ya esperando cuando el Dr. Gonzaga llegó a la chatarrería de los Jones, una semana más tarde. Mientras el profesor de Ruxton les conducía por la costa hacia Malibú, los muchachos le informaron sobre su próxima visita.

—El señor Sebastián le gustará —le prometió Pete—. Es un tipo fabuloso. Antes fue detective privado en Nueva York, y ahora escribe novelas de misterio aquí. Tiene una casa muy bonita que antes era restaurante.

—Y tiene un criado vietnamita —añadió Bob—. Hoang Van Don. Puede llamarle simplemente Don. Es simpático, pero es algo extravagante en lo referente a las comidas. ¡Algunas cosas que guisa son estupendas… pero otras… bleeee!

Siguiendo las instrucciones de Jupe, el Dr. Gonzaga abandonó pronto la autovía de la Costa para tomar una carretera secundaria que discurría por un cañón hasta llegar a una casa grande pintada de blanco.

—¡Eh, mirad! —señaló Pete. La puerta de la casa estaba abierta y en el porche había una niña muy pequeña. Lleva una cinta atada alrededor de su cabeza con una pluma.

—Ah —exclamó el Dr. Gonzaga—. Una niñita india. No me habéis hablado de ella.

—Es un nuevo miembro de la familia —contestó Jupe— y no creo que sea india.

El Dr. Gonzaga vio entonces que la pequeña era oriental. Ella le sonrió con timidez y les saludó con un gesto. Hoang Van Don salió al porche y la cogió de la mano.

—¡Plincesa chumasa! —exclamó señalando a la niña—. Aplende las costumbles de la gente plimitiva en Califolnia.

Mientras los recién llegados se dirigían al porche, otros niños pequeños salieron de la casa. Todos eran orientales y todos vestían trajes indios.

—Pequeños amigos sel plotegidos de la Flatelnidad Este-Oeste —explicó Don—. Nosotlos buscamos sistemas diveltidos para enseñal las costumbles amelicanas. Cuando estos niños vayan a la escuela, ya selán amelicanos. Selán mejol aceptados por sus condiscípulos.

—¿Una especie de Sociedad Protectora de Vietnamitas, eh? —dijo Bob.

—Más diveltido que una Sociedad Plotectola —repuso Don—. Hoy guisamos como indios chumasa, hacemos la comida con cosas que recogemos en las colinas. Pasteles de bellotas. Crema de dientes de león. Y también infusión de escalamujo, que es buena pala digestión.

—¡Oh, no! —gimió Pete.

Don hizo entrar a los pequeños en la casa cuando apareció Héctor Sebastián. Jupe le presentó al profesor, y apenas tuvo tiempo de estrechar la mano del Dr. Gonzaga antes de que Pete le preguntara:

—¿Qué hay de esa porquería de crema de dientes de león?

El escritor de novelas de misterio se echó a reír.

—No temas, Pete. He dado órdenes estrictas. Nosotros no somos indios chumasa y no vamos a comer nada que haya sido recogido en las colinas. Salí esta mañana y compré comida de verdad. Comeremos en cuanto me hayáis hablado de vuestro caso.

Los muchachos respiraron aliviados. Siempre sobrevivían a los experimentos culinarios de Don, pero no estaban dispuestos a masticar bellotas ni dientes de león.

El señor Sebastián les condujo a una estancia grande con una vista espectacular del océano. Allí había estado el comedor principal cuando la casa era restaurante. Ahora era una combinación de sala de estar, biblioteca y despacho. Cuando todos se hubieron acomodado alrededor de la mesa de tomar café, Bob entregó sus notas sobre el caso Pilcher.

—El Dr. Gonzaga tiene algunos detalles que añadir —le dijo al escritor de misterios.

El Dr. Gonzaga asintió.

—Primero lea las notas de Bob. Mi parte en la historia se refiere a un misterio muy antiguo. Ocurrió hace cuatrocientos años, de manera que no hay prisa en recordarlo.

El señor Sebastián empezó a leer con el alegre parloteo de los niños en la cocina como música de fondo. Cuando hubo terminado el informe de Bob acerca del secuestro del coleccionista, alzó la cabeza y se echó a reír.

—¡De manera que Jeremy Pilcher seguía gruñendo cuando los bomberos lo sacaron después del terremoto!

Jupe sonrió.

—¡Genio y figura hasta la sepultura! Y Navarro tampoco es ningún angelito.

—A Navarro le busca la policía de un par de países de Sudamérica. Es un delincuente de poca monta que ha pasado mucho tiempo en la cárcel. El Dr. Gonzaga tiene el periódico donde aparece publicada la noticia del robo del diario del capitán. Esa fue la primera vez que Navarro robó algo y lo cogieron, pero no la última. Y seguro que vuelve a presidio por secuestrar a Pilcher.

El Dr. Gonzaga abrió su cartera y sacó el libro encuadernado en piel que Jupe había encontrado a bordo del *Bonnie Betsy*.

—Se ha confirmado —anunció—. Este es el diario del capitán Alonso Jiménez que vivió en Bogotá hace mucho, muchísimo tiempo. Los indios que trabajaban en las minas de oro y esmeraldas eran explotados por los conquistadores españoles, y el capitán escribió que estaba asustado por los rumores que circulaban respecto a la brutalidad en las minas. Quiso investigar y emprendió viaje hacia uno de estos lugares… una mina de esmeraldas. Era una especie de cantera… los indios cavaban en la superficie, no abajo en un pozo. Eran tratados con suma dureza. El capitán regresó a Bogotá para presionar al gobernador español a fin de que efectuara los cambios pertinentes para proteger a los obreros indios. Antes de que el gobernador pudiera actuar, hubo un desprendimiento de tierras en las montañas. La mina que había visto el capitán quedó sepultada.

El Dr. Gonzaga empezó a leer el diario traduciéndolo.

Los hombres han estado cavando durante meses.

Tratan de quitar la tierra desprendida, pero es muy peligroso. Siempre hay más desprendimientos. He recibido noticias. Hay un motín. Los indios se niegan a cavar más. Ayer el gobernador dio la orden; la mina será abandonada. Es lo mejor. Las lágrimas de los dioses ya han ocasionado demasiado llanto entre los hombres.

—¡Ummmm! —exclamó Héctor Sebastián—. Ese capitán era un buen hombre.

—Llegó a ser mariscal —añadió Pete.

—Pero ¿y las páginas arrancadas del libro? —preguntó el señor Sebastián—. ¿Tienen algo que ver con el misterio?

—Tienen muchísimo que ver —replicó el Dr. Gonzaga—. La situación exacta de la mina se perdió después del desprendimiento de tierras. Sin embargo, por la posición que ocupaban esas páginas en el diario, sabemos que debían referirse al viaje del capitán desde Bogotá a la mina. Cualquier buscador de tesoros podría seguir la ruta del capitán e ir directamente hasta Sogamoso. En el lugar donde La Mujer Vieja proyecta su sombra encontraría la mina. La Mujer Vieja es una montaña de los Andes. Los nativos llaman así a uno de los picos.

»El diario del capitán ha permanecido durante años en una colección privada. Es posible que sus propietarios ignorasen lo que tenían. Un día, un tratante de libros raros adquirió el diario con la sospecha de que había hecho una buena adquisición. Antes de que el libro pudiera ser examinado por los expertos, fue robado. La policía recibió la información de que el libro lo tenía el auxiliar del tratante. Fueron a la habitación de aquel hombre y encontraron varios documentos raros que había cogido de la tienda, pero el diario no.

—¡Ajá! —exclamó el señor Sebastián—. ¿Ese auxiliar era nuestro amigo Navarro?

—Exacto —contestó Pete—. Al principio, Navarro lo negó todo. Luego dijo que un americano había entrado en la tienda y se había llevado el diario escondido debajo de la chaqueta. La policía no le creyó, así que Ramón Navarro fue a la cárcel.

—Tenemos que adivinar lo que ocurrió realmente —dijo Bob alzando la voz para hacerse oír por encima del aluvión de carcajadas que salía de la cocina de Don—. Ni Navarro ni Pilcher

quieren hablar. Sabemos por Marilyn que, cuando su padre era marino y viajaba por todo el mundo, nunca se quedaba en los puertos donde atracaba su barco. Viajaba al interior siempre que podía. Era ambicioso y buscaba afanosamente cualquier oportunidad de prosperar. Pilcher conoció a Navarro en Bogotá. De algún modo, Navarro se había enterado de lo que decía el diario… por lo menos respecto a la mina de esmeraldas de Sogamoso. Ambos planearon robar el libro, y luego parece ser que Pilcher delató a Navarro para que fuese arrestado, y él regresó a Estados Unidos con un montón de dinero.

—Lo cual significa que encontró la mina de esmeraldas —concluyó Héctor Sebastián.

—Parece probable —repuso Jupe—. Creemos que siguió la ruta que el capitán señalaba en su diario. El diario no era fácil de leer, pero Pilcher sabía algo de español y pudo descifrar algunas páginas con la ayuda de un diccionario.

El Dr. Gonzaga asintió.

—Tú mismo podrías leerlo, Jupiter, con tiempo y algunos libros de consulta. El español no ha cambiado tanto después de cuatrocientos años… no más que el inglés. Y todavía podemos leer a Shakespeare sin demasiados problemas.

—¿Y por qué el diario estaba a bordo del *Bonnie Betsy*? —preguntó el novelista.

—Nosotros creemos que Pilcher navegaba hasta Colombia siempre que necesitaba más esmeraldas —replicó Bob—. El diario era la guía hasta la mina. En un momento dado, dejó de viajar; quizá se sentía demasiado viejo. Arrancó las páginas importantes y se las llevó a casa para esconderlas. Imagino que dejaría el diario a bordo porque nunca le gustó tirar nada.

—De modo que el hombre amasó su fortuna con esmeraldas —comentó Héctor Sebastián— y luego su antiguo cómplice en el robo apareció en la fiesta de su hija. ¡Qué susto debió llevarse!

—Le produjo un ataque al corazón —dijo Jupe—. Navarro reconoció a Pilcher a pesar de los años transcurridos, y Pilcher lo supo.

Pete continuó el hilo de la historia.

—Suponemos que Pilcher fingió descansar cuando yo estaba a su lado, mientras su mente discurrí como loca. Sabía que Navarro iría

tras él y que querría el diario. Pilcher no estaba dispuesto a revelar su secreto, de modo que, en cuanto tuvo oportunidad, me encerró en el cuarto de baño y quemó las páginas.

»Luego puso ese mensaje en el ordenador para Marilyn. Quería que supiera lo de la mina, pero únicamente en caso de que a él le sucediera algo.

—Avaro hasta el fin —murmuró Héctor Sebastián.

Pete continuó.

—Navarro subió la escalera cuando nadie miraba y se abalanzó sobre Pilcher en el preciso momento en que el anciano iba a sacarme del cuarto de baño. Navarro le tapó la cara con una almohada… quizá su intención era la de asustarle únicamente. La almohada se desgarró de modo que cogió otra. Pilcher perdió el conocimiento. Suponemos que Navarro se asustaría creyendo que había matado al viejo y decidió llevárselo con la esperanza de que creyeran que Pilcher se había marchado por su cuenta.

—¿Cómo sacó a Pilcher de la casa? —preguntó Héctor Sebastián.

—En el carrito de la ropa sucia —explicó Jupe—, debajo de los manteles y servilletas.

—¡Bien sencillo! —exclamó el señor Sebastián riendo. Jupe continuó.

—Después de finalizada la fiesta, Navarro debía llevar la ropa sucia a la lavandería. Antes de llegar allí, descubrió que no transportaba un cadáver. Pilcher estaba vivo.

—De modo que aquella parecía ser la gran oportunidad de Navarro para hacer fortuna —explicó Bob—. La casa deshabitada cerca de la autovía era un lugar magnífico para ocultar a un prisionero. Nadie le oiría si gritaba. La policía cree que Navarro debió acampar un par de veces en aquella casa, antes de que Burnside lo contratase. El individuo que vivió antes allí tenía maquinaria muy pesada que había que sujetar al suelo; de ahí la argolla.

»Navarro no quería que Pilcher muriese por su culpa. Por eso procuraba que tuviera siempre agua y comida. Pilcher fingió entrar en coma para no tener que contestar a las preguntas de Navarro. Navarro sospechaba que fingía, pero le daba miedo presionarle demasiado. Si Pilcher sufría un ataque fatal, la mina se perdería

para siempre.

—¿Cómo está ahora el viejo coleccionista? —preguntó el señor Sebastián.

—Se está recuperando —contestó Pete—. Es milagroso, pero no sufrió ningún daño cuando se desplomó el tejado.

—Me cuesta creer que esa casa se viniera abajo —dijo el escritor de misterios—. No pudo ser un terremoto tan importante. Yo estuve la semana pasada en Nueva York, y los periódicos apenas mencionaron que aquí hubiera habido temblores de tierra.

—El epicentro estaba en la costa y nosotros en una casa en ruinas —le dijo Bob—. ¡Y fue muy fuerte, se lo aseguro!

Pete arrugó la nariz. Un olor extraño emanaba de la cocina y las voces de los «indios» chumasa eran más altas.

Afortunadamente como no tenía que hacer de indio, Pete continuó atando los cabos del caso.

—Pilcher estuvo uno días en el hospital —dijo Pete—, pero es un hueso duro de roer y ahora ya está en casa. Marilyn no va a casarse con ese tipo de Boston, pero, en cuanto su padre esté más fuerte, se irá a vivir a casa de su madre. Ella se imagina que él nunca cambiará y que, si continúa a su lado mimándole demasiado, volverá a ser tan mezquino como antes. Marilyn le dice cosas como ésta: «El dinero no lo es todo». Y el viejo cascarrabias se pone furioso.

—Y todo ese secreto respecto a las esmeraldas ha sido malgastar el tiempo. —A Bob le bailaban los ojos—. Resulta que alguien descubrió la mina hace varios años, y hoy ya funciona. Es tan secreto como la sucursal del Banco Americano en Rocky Beach.

Héctor Sebastián se echó a reír.

—¡Les está bien empleado a esos dos pillastres!

—Ray Estava ha encontrado un nuevo empleo en el banco de la ciudad —prosiguió Bob—, y Ariago trata de pasar desapercibido en los Almacenes Becket, tal vez con la esperanza de que Pilcher se olvide de él. Intentaba salir con la señora Pilcher, y no quería que él lo supiera, de manera que se escondió cuando Jupe llegó a su casa. La señora Pilcher se sentía tan violenta por todo aquello que no sabía qué hacer. Dice que ese individuo ni siquiera le gusta, pero parece que él no se desanima.

—Algunas personas no aceptan un «no» como respuesta —

bromeó el señor Sebastián—. Y ahora decidme: ¿qué hay del fantasma de la buhardilla del señor Pilcher? ¿Habéis encontrado alguna explicación de los pasos que oísteis?

—Yo no —replicó Jupe—, pero la asistenta, la señora McCarthy, sí. Dice que el fantasma pertenece a una niña pequeña que vivió allí con una tía rica: la niña fue acusada de la desaparición de un broche de su tía.

»La muchacha lo pasó muy mal a partir de entonces, porque su familia la consideraba una ladrona. Después de marcharnos, la señora McCarthy subió a la buhardilla para realizar un registro por su cuenta. Encontró esto entre los pliegues de una falda vieja que había dentro de un baúl.

Jupe puso un broche encima de la mesa… un broche de oro con piedras rojas.

—La señora McCarthy cree que éste es el broche que desapareció y de cuyo robo acusaron a la muchacha. Ella cree que la tía debió perderlo mientras guardaba cosas en el baúl. Después de su muerte, el baúl fue a parar a manos del señor Pilcher, junto con las cosas que quedaron en la casa.

»Nosotros pensamos que el primer intruso de la buhardilla fue Navarro. Estaba contrariado porque Marilyn no encontraba el libro del capitán y vino a buscarlo… y me asaltó. ¿Pero y después? Bien, la señora McCarthy se enteró de que la niña… ahora ya una mujer… murió en un accidente de automóvil el día de la fiesta del compromiso de Marilyn. La asistenta insiste en que su espíritu volvió para buscar el broche y demostrar así a la gente que ella no lo robó.

—Que volvió para recuperar su buen nombre.

Jupe asintió.

—Pero debe de haber otra explicación. Nadie regresa de la tumba. Los fantasmas no existen.

—Naturalmente que no —dijo Héctor Sebastián.

De pronto, las voces en la cocina se elevaron en protestas, y un momento después apareció Don para anunciar que la comida del señor Sebastián estaba a punto. El extraño aroma que había llegado hasta la sala de estar, ahora llenó las narices de todos. A Pete le recordó el del serrín caliente.

—Los niños no se comielon los pasteles de bellotas —dijo Don

con pesar—. No quielen sel indios chumasa.

—¡Oh! —exclamó Héctor Sebastián.

—No se pleocupe —Don sonrió—. Llevalé niños a la Choza de la Pizza de la autovía. ¡La *pizza* es el glan alimento amelicano! ¡Incluso mejol que las bellotas!

El señor Sebastián rió. Entre los guisos de Don y los casos de Los Tres Investigadores, nunca sabía a qué atenerse. ¿Con qué le vendrían a continuación?

FIN